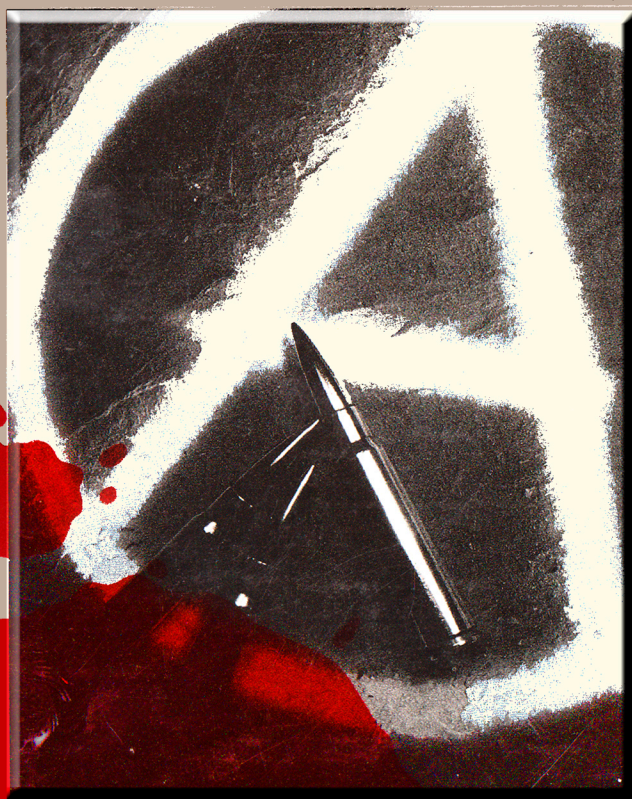


J.P. Manchette

Nada



Nada cuenta la aventura de un grupo de jóvenes anarquistas, en su mayoría franceses, que deciden secuestrar al embajador de los Estados Unidos durante la visita de éste a un burdel parisiense. La operación se complica y al secuestro sucederán horas de angustia, en el transcurso de las cuales cada uno de los personajes tiene que dar lo mejor de sí mismo para afrontar las situaciones límite a que se ve sometido. Considerada por la mayor parte de la crítica como una de las obras más importantes de Jean Patrick Manchette, *Nada* rompió con la blandenguería que amenazaba al género y le proporcionó una nueva e inquietante dimensión.

Esta novela, entre la crítica social y la denuncia, confirma a J. P. Manchette como una de las figuras capitales del género negro. Tratamiento original, enfoques nuevos, incorporación de ideologías violentas... *Nada* no sólo atrapa al lector, sino que deposita en él la semilla subliminal del inconformismo.

Jean Patrick Manchette

NADA

Traducción: Pepe Manuel Aurrecoechea

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho /biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

Nota

J. P., veterano de las batallas para cambiar un mundo que apenas si cambió de piel, nacido en 1942, ha sido a pesar de su juventud, uno de los grandes transformadores de la novela negra en el mundo. Su impulso y el de una generación entera de colegas separados por culturas y océanos aún no termina, pero se extiende. La literatura policiaca en Francia post Manchette, lleva ya un sello y un tono, se vuelve una reincursión en lo cotidiano, un raid bélico contra las apariencias, una incursión violenta en un género que pecaba de apacible y se vuelve sorprendentemente inquietante.

Nada es su obra mayor, ¿para qué seguir hablando del asunto? Editada por vez primera en 1972 completa el ciclo creador del autor, y lo completa de la manera más dura, más a tambor batiente.

Taibo II

«Nuestros latidos por el bienestar de la humanidad pasan por el desencanto de una presunción demente, por el furor de la conciencia para evitar su propia destrucción, y esto es así porque la conciencia proyecta fuera de sí la perversión que es ella misma».

HEGEL

«Está bien así, y ya que a veces hay que tirar, vale más hacerlo correctamente, sin buscar la desventaja de los gruesos calibres, de amplia consecuencia. Hacerlo adecuadamente... En efecto, una puesta a punto de la muerte, una muerte impecable de la pieza, ha de ser la preocupación esencial del buen cazador: éste es el centro del tema que estamos tratando. Ya veremos en el capítulo destinado al tiro, los imperativos que a nuestro parecer, condicionan esta ley. De momento contentémonos con escoger un calibre más que suficiente».

EL CAZADOR FRANCÉS

I

Mi querida mamá:

Esta semana no aguardo hasta el sábado para escribirte, ya que tengo cosas que contarte. Así es, fuimos nosotros, es decir, nuestro escuadrón, quien dio con los anarquistas que secuestraron al embajador de Estados Unidos. Me adelanto a decirte que yo, personalmente, no maté a ninguno. Especifico esto, querida mamá, porque sé que te desagradaría lo contrario. Sin embargo, hago hincapié en que esto es algo que hay que contemplar sin debilidad cuando llega el día en que hemos de recurrir a la fuerza para defender al Estado. Queda muy bien eso de ofrecer la otra mejilla; pero, dime, a ver ¿qué puedes hacer tú cuando te las has de ver con gente que desea arrasarlo todo? Respóndeme... El bueno del padre Castagnac piensa, más o menos, lo mismo que yo (así es, los dos estuvimos discutiendo sobre este asunto después de la misa, cuando estuve ahí el otro domingo). Su opinión es que si los policías no están dispuestos a todo como yo, ciertas personas no encontrarán ningún inconveniente a la hora de hacer lo que se les apetezca. De igual manera pienso yo... De verdad, mamá, ¿desearías tú vivir en un país sin policía? ¿Te agradaría ver al hijo de Barquignai (lo nombro sólo como ejemplo) con suficiente libertad para poner sus lascivas manos sobre tu hija, que es además mi hermana? ¿No es cierto que te disgustaría que, en una vandálica orgía, los individuos partidarios del reparto se lanzaran sobre lo que penosamente hemos conseguido? No quiero decir que no exista en el pueblo una mayoría de buenas personas... No obstante, nuestra comunidad rural no sería tan

pacífica si no supieran de la existencia de una policía capacitada, y pronta a disparar, en caso necesario, sobre los que incumplan la ley. Me consta que nadie duda de enjuiciar esto con respecto a sus paisanos, y menos cuando se piensa en los ocasionales gitanos de siempre.

De todos modos, lo que ayer hice fue estar en mi lugar. Estaba con Françoise, de quien ya te he hablado, y disparamos, pero sin éxito. Fueron otros los agentes de la fuerza pública los que finalmente, desde el otro lado del edificio, entraron en el mismo, y lograron reducir a los secuestradores. No deseo volver a referirme a esta carnicería, cuyo solo recuerdo pone el corazón en un puño. Françoise sentía no haber cogido entre sus manos a uno de esos anarquistas, para que se hubiera enterado de lo que es bueno. Aunque personalmente, no llego a esos extremos, respeto su parecer.

Esta carta me ha salido muy larga. Ya no sé qué más decirte. Lo dejo por hoy.

Besos para papá y Nadége. Fuertemente te abraza tu hijo que te quiere:

GEORGE POUSTACROUILLE

P. D.: Si no te supone mucho inconveniente, ¿podrías mandarme el tocadiscos? Voy a necesitarlo ya que vamos a preparar una fiesta sorpresa para celebrar el ascenso del sargento Sánchez. Gracias por anticipado.

II

Epaulard dejó aparcado su Cadillac montado sobre el bordillo de la acera, y subió luego por la calle, hasta el rincón de la Mezquita y del Jardín Botánico, donde meó. Al instante, volvió sobre sus pasos, mientras encendía un Française con filtro sin pararse. Era un hombre de buena planta y delgado, con cara de médico militar. Tenía el cabello gris, llevaba un corte a cepillo, y se abrigaba con un impermeable de plástico con trabillas en los hombros. Entró en el establecimiento de un comerciante de vinos con parte de bar, y pidió un sancerre, que paladeó lentamente. Esto a pesar de que no hay nadie que pueda mantener su paladar en buenas condiciones cuando es capaz de fumar sesenta cigarrillos al día.

Eran las doce y cinco minutos. D'Arcy llegaba con retraso. Justo en aquel momento, el joven entró en la taberna. Tocó una de las trabillas del impermeable del otro con la palma de una mano.

—Ciao.

—Salud.

—Tengo una cita para las dos y no he comido nada. ¿Está muy lejos de aquí tu coche?

—Enfrente —dijo Epaulard, pagando.

Atravesaron la calle. Epaulard vio la hoja de una multa cogida a uno de los limpiaparabrisas del Cadillac. La arrancó y la tiró al suelo. Los dos hombres se acomodaron en el coche blanco, salpicado de barro.

—¿Hace mucho que estás en Francia? —preguntó D’Arcy.

—Tres semanas.

—¿Has vuelto a ver a tus amigos?

—No he visto a nadie.

—¿A qué te dedicas ahora?

Sin dejar de hablar, D’Arcy abrió la guantera y buscó y rebuscó en su interior.

—En el bolsillo lateral —indicó Epaulard.

D’Arcy sacó del bolsillo lateral un frasco plano, de plata. El hombre tenía la cara enrojecida. Sudaba. «Un borracho empedernido, como siempre», pensó Epaulard. Después de echar su trago D’Arcy, el cincuentón volvió el frasco a su sitio. En una de sus caras, grabadas, había unas palabras con muchos adornos y en forma de eslogan, junto con una serpiente en trance de devorar a un pájaro: «Salud y pesetas, y tiempo para gastarlas».

—Estuviste en Méjico —señaló D’Arcy.

—Estuve en casi todas partes: Argelia, Guinea, Méjico...

—Y en Cuba.

—En Cuba, sí.

—Esa gente te ha hecho cambiar —dijo D’Arcy.

Epaulard meneó la cabeza.

—¿Y ahora a qué te dedicas? —reiteró D’Arcy.

—Estás empezando a fastidiarme —contestó Epaulard—. Concretamente, ¿qué es lo que quieres?

—Unos camaradas y yo —replicó D’Arcy—, necesitamos disponer de un experto.

—De un experto... ¿en qué? Yo soy experto en muchas cosas.

—Mis camaradas y yo —declaró D’Arcy— pensamos secuestrar al embajador de Estados Unidos en Francia.

Epaulard salió del coche, cerrando violentamente la puerta. Luego, volvió a cruzar la calzada. D’Arcy echó a correr tras él. Comenzaba a caer una lluvia fina y fría.

—No te vayas aún —dijo el alcoholico—. No he terminado de explicarme...

—No quiero saber nada más. Vete a hacer puñetas.

Epaulard entró en la taberna nuevamente y pidió otro sancerre. D’Arcy se quedó en la puerta, mostrando un aire abatido.

—¡Bah!, a la mierda —dijo por fin, alejándose de allí.

III

Es por eso —concluyó Treuffais— que podemos decir con Schopenhauer que «el solipsista es un loco encerrado en una fortaleza inexpugnable». ¿Alguien desea hacer alguna pregunta?

Nadie dijo nada. Sonó una campanilla. Con el gesto, Treuffais quiso oponerse inútilmente al estruendo que se produjo inmediatamente en la clase.

—La próxima vez —dijo, alzando la voz— estudiaremos el racionalismo contemporáneo y sus variantes. Deseo tener un voluntario para redactar un informe acerca de Gabriel Marcel.

Dos manos se alzaron.

—¡Me agradaría mucho que no siempre fueran los mismos! —manifestó Treuffais con voz sarcástica—. Dígame, señor Ducatel: ¿Quizá va a estar usted muy ocupado este fin de semana?

—Pues sí —respondió sin malicia el alumno Ducatel—. Voy a ir de caza.

—Va a practicar la caza a caballo, tal vez, ¿eh? —señaló Treuffais, irónico.

—Sí, señor.

—Aun así, será usted el que redacte el trabajo sobre Gabriel Marcel. Ha de estar para el lunes. Ya pueden salir de clase. Háganlo sin alborotar.

La turba de estudiantes salió en medio de un gran escándalo. Treuffais cerró su portafolios escuchando el pataleo cada vez más distante de aquellos costosos majaderos. Salió de la Academia Saint—Ange por una pequeña puerta. En este instante, el Ford Mustang del alumno Ducatel pasó rugiendo, y Treuffais recibió en sus pantalones un salpicón de agua fangosa. Ducatel frenó en seco, saliendo a medias de su vehículo.

—Me siento desolado, señor —declaró.

Apenas podía contener la risa.

—Es usted un pijo —contestó Treuffais.

—Ésa no es manera de hablar —observó Ducatel, en tono venenoso.

Treuffais ya le había dado la espalda, para dirigirse a su 2 caballos, aparcado en el otro lado de la calle. El joven profesor de filosofía abandonó rápidamente Bagneux, para alcanzar la Puerta de Orléans, enfilando los bulevares exteriores en dirección oeste. Su puesto peligraba. El alumno Ducatel se quejaría a su padre, diciéndole que había sido insultado. Ducatel padre se dirigiría al señor Lamour, director del curso, un tipo con cara de feto abortado (dicho sea de paso).

—Sería más propio que se hiciera usted llamar, por ejemplo, señor Caldo de Cultivo —dijo Treuffais, dirigiéndose a la palanca de cambio de velocidades— Y entonces podría dar este apellido a su institución: Academia Caldo de Cultivo.

En el semáforo se apagó la luz roja, encendiéndose la verde.

—Todo esto ya me tiene harto —añadió Treuffais.

Sintió un claxon tras de sí. El joven se asomó por la ventanilla.

—¡Cabrones! —gritó—, ¡Os han estado dando hasta ahora y yo me voy a encargar de que os sigan dando más!

Un tipo montado en un ciclomotor, vestido con un chaquetón de cuero, abandonó su máquina para dirigirse hacia el 2 caballos. Treuffais palpó temeroso el cristal de la ventanilla de su coche. El otro propinó unos puñetazos a la portezuela. Se parecía a Raymond Bussiéres.

—¡Sal de ahí dentro, estúpido! —exclamó.

Treuffais hizo salir la hoja de su navaja de muelle, y abrió la portezuela. Después señaló con aquélla al intruso.

—Me kill you! —gruñó con acento de negro de Hollywood—. Me make tirantes with your intestinos!

El del ciclomotor, que comprendió enseguida de qué iba el asunto, dio un salto hacia atrás para volver a montar en su máquina y se tapó la cara. Treuffais arrancó, riendo, sin hacer caso del semáforo, que estaba en ámbar. Avanzó en solitario por el bulevar Lefebvre.

—Sonó esquizo —manifestó— Y políglota. *Primoque in limine Pyrrhus exultat!*

Logró aparcar en la calle Olivier de Serres, a dos pasos de su alojamiento. Mientras estaba en el ascensor, oyó el timbre de su teléfono, dentro de su apartamento. Se apresuró a entrar en el mismo, descolgando el auricular. D'Arcy se hallaba en el otro extremo del hilo.

—¿Qué hay de tu experto? —inquirió Treuffais.

—Se niega.

—Lo haremos sin él.

—Una complicación, ¿eh?

—Sabremos desenvolvernos bien. Discúlpame. Están llamando a la puerta.

—Bueno, pues cuelgo. Ya te llamaré.

—No vale la pena. Vamos a vernos esta noche.

—Justamente. Esta noche.

—Hasta entonces, pues.

Colgó el auricular y fue a abrir la puerta. Un tipo pequeño, pero de fuerte complexión, con los cabellos rizados, de unos veinticinco años, la edad de Treuffais, le alargó un folleto ilustrado.

—Todos los años pasamos por aquí —expuso el joven—. Se trata de la federación bretona de estudiantes de medicina becarios.

—¿Por qué no os vais a hacer puñetas? —sugirió Treuffais, rechazando al recién llegado con la palma de la mano.

—Dígame usted, amigo...

—¡Yo no soy su amigo! —gritó Treuffais, ferozmente, empujando con furia al becario bretón.

Éste utilizó los folletos que llevaba para pegarle. Treuffais le pegó con el puño izquierdo en el hígado. Al joven se le cayeron los folletos. De un puntapié, Treuffais los desparramó por la escalera.

—¡Tío cerdo! —exclamó el estudiante—. De alguna manera tengo que ganarme la vida.

—¡Qué equivocación tan grande la tuya, estúpido!

Treuffais dejó caer ambas manos sobre el becario bretón, quien cayó de espaldas sobre los peldaños profiriendo un grito de auténtico dolor.

Treuffais entró en su apartamento dando un portazo. Sonó el timbre del teléfono nuevamente. El joven se apresuró a abrir una botella de Kronenbourg, encendiendo a continuación un «Gauloise». Seguidamente, descolgó el auricular.

—Marcel Treuffais al aparato.

—Soy Buenaventura Díaz.

—¿Te has despertado ya?

—D'Arcy, ese tío, acaba de llamarme. Su experto de mierda se ha negado a colaborar.

—Bueno, ¿y qué? ¡Da igual!

—No estamos de acuerdo —dijo Buenaventura Díaz—. No da igual. Ahora ese tipo se encuentra al corriente de todo. Habrá que ver qué proyectos tiene.

—¡Oh! Déjalo.

—Esta tarde me ocuparé de eso, ¿comprendes?

—¿Qué vas a decirle?

—Que cierre bien el pico.

—¡Déjalo! —aconsejó de nuevo Treuffais.

—No quiero.

—Lo que tú desees. ¿Y qué hay de la reunión?

—Quizá llegue tarde.

—Bueno.

—¿Hay algo aparte de todo esto? —inquirió el catalán.

—No, nada. ¿Y tú? ¿Tienes algo que comunicarme?

—Nada.

—Muy bien. Salud, entonces.

—Salud.

Treuffais colgó y después se puso a abrir su correo. Marie—Paule Schmoulou y Nicaise Hourgnon tienen el el placer de anunciarle... ¡Vaya una mierda! La pobre, finalmente ha acabado casándose. La carta siguiente. La casa Radieuse, ofreciendo unos precios impresionantes. Treuffais desplegó el folleto, estudiando las Estanterías rústicas y de estilo. Después lo arrojó a la papelería. Procedió a abrir una segunda botella de cerveza. Temblaba de pura rabia. Volvió sobre sus pasos para sentarse en el sillón grande. Por los agujeros del cuero asomaba la estopa; el culo del padre lo había desgastado. Frente al sillón, la moqueta dejaba ver su trama interna: había sido desgastada por los pies del padre. Treuffais abrió otro sobre sellado con treinta céntimos. La cena anual de la asociación libertaria del distrito XV (Grupo Errico Malatesta). La cena iría seguida de una conferencia: Los libertarios y el conflicto judeo—árabe; algunas propuestas dictadas por el buen sentido, por el compañero Parvulus. Una estupidez. Treuffais hizo con aquel papel una bola que lanzó hacia el otro extremo de la estancia. Por fin, una postal. Cara principal: el cultivo del arroz cerca de Abidjan; al dorso: 5/12. Querido: tampoco volveré este año. Probablemente, no regresaré nunca más. Deberías unirme a mí. He cogido la viruela con

la hija de un jefe. Te la pasaré cuando quieras. Deseo fastidiarte cordialmente. Popaul. Treuffais guardó la tarjeta en el cajón del aparador, apuró su cerveza y salió de la casa para comer en el chiringuito de la esquina de aquella calle.

IV

Después de la comida, Meyer tuvo una riña con su esposa, que terminó como era habitual: Annie intentó estrangularlo.

—¡En nombre de Dios: basta! —exclamó el hombre, cuando ya ella estaba a punto de aplastarle la faringe.

Deslizó una mano, a tientas, sobre la mesa, que se hallaba al alcance de sus dedos, y consiguió agarrar una botella de vino llena en sus tres cuartas partes, y dio con ella un ligero golpe en la cabeza de la joven, a modo de aviso. Annie estaba en plena crisis. No reaccionó. Y clavó sus uñas en el cuello de Meyer. Éste respiró desesperadamente, agitando el brazo. Al tercer golpe, Annie soltó su presa, llevándose las manos a la cabeza. Cayó al suelo, rodando por él y profiriendo aullidos.

—Veamos, cariño —dijo Meyer—. Déjame ver qué te he hecho.

Annie gritaba. Él se tapó los oídos.

—¡A la mierda! —chilló Meyer.

Se lanzó a la carrera hacia el cuarto de baño, y se empapó el rostro con agua. Al levantar la cabeza, descubrió que Annie le había hecho dos profundas llagas a ambos lados del cuello. Sangraba por ellas. Aplicó allí un poco de alcohol y los ojos se le llenaron de lágrimas. Continuaba saliendo sangre. Rápido... Meyer se despojó de su camisa blanca. Era ya tarde. El cuello estaba manchado. Se miró de nuevo en el espejo. Vio reflejado a un individuo de veintitrés años, rubio, blando, con unos ojos pequeños, del color de una ostra

muerta. Se le había puesto la carne de gallina. Se echó polvos de talco en el cuello para absorber la sangre. Oyó unos ruidos sordos provenientes de la habitación de al lado: Annie se estaba golpeando la cabeza contra la pared. Fue a buscarla.

—Vamos, vamos, cariño. Para ya... Te amo.

—¡Qué lástima no reventaras, basura! —le respondió Annie—. Sucio judío... —añadió—. Te aborrezco. Me voy a ir a Belleville, para acostarme con los africanos. Voy a hacer que me besen... —insistió la joven, violentamente.

Se golpeó la cabeza y se echó a llorar por efecto del dolor que sentía. Tenía unos cabellos bonitos, muy finos. Meyer sentía deseos de pegarse dos tiros, o de irse a trabajar. No sabía, concretamente, a qué atenerse. Consultó el reloj. Las dos y cuarto. Tenía que irse en aquel momento si quería llegar a tiempo...

De repente, Annie dejó de llorar, y se puso de pie.

—Esta mañana he hecho un bonito dibujo.

—¿Quieres enseñármelo?

—No. Te odio. Eres un montón de estiércol.

—Bueno, si eso te agrada, cariño —dijo Meyer.

—Está bien, está bien —respondió Annie con voz enronquecida—. Voy a buscarlo.

Durante el tiempo que ella permaneció en la otra habitación, Meyer se dedicó a secarse el cuello, una vez más. Después, se puso una camisa limpia y una pajarita; a continuación, una chaqueta de pana deteriorada. La chaqueta blanca se la pondría cuando llegara a la cervecería en que trabajaba.

Annie regresó con una acuarela de grandes dimensiones en la que se veía un castillo en forma de fuerte ubicado en el desierto. Unos hombrecillos tocados con cascos coloniales de tamaños desmesurados parecían intentar lanzarse al asalto de la fortaleza, sin éxito, por lo que se veía. Annie había indicado con el pincel una serie de oscuras masas que caían encima de aquéllos.

—Estos que ves aquí son los bestias africanos —explicó la joven—. Ésa es mi casa.

—Me gusta mucho —dijo Meyer.

Annie despertó ahora de su sueño.

—¡Querido! —exclamó—, será mejor que te marches cuanto antes. Vas a llegar tarde...

—Sí, sí —dijo Meyer—. Me voy.

—Perdóname por todo. Esto estará mejor por la tarde. Me voy a tomar un tranquilizante.

—No abuses —aconsejó Meyer.

Ya en la puerta, se volvió.

—Hoy volveré tarde. He de asistir a mi reunión.

—Ya me contarás.

—Sí —mintió Meyer.

—Lamento haberme enfadado. No sé qué me ha pasado, querido. Es el nerviosismo, quizá.

—Nada, nada. Olvídalo. Perdóname por los golpes con la botella.

—Te amo.

—También yo te amo, Annie —replicó Meyer.

Y se fue.

Llegó a su trabajo con cinco minutos de retraso. La cervecería, en los alrededores de la estación de Montparnasse, estaba llena de gente. Meyer se puso la chaqueta blanca y empezó a moverse, muy activo.

—¿Se ha cortado usted al afeitarse? —le preguntó irónicamente la señorita Labeuve, la cajera.

—No —replicó Meyer—. Esta vez se trata de un eccema. Cuando tengo alguno, no puedo evitarlo, es algo más fuerte que yo: he de rascarme.

La señorita Labeuve consideró su cuello con repugnancia. Meyer continuó su trabajo. Estaba pensando en la reunión de la tarde, y eso le producía cierto alivio.

V

Después de su charla por teléfono con Treuffais, Buenaventura se había acostado para dormir un rato. A las tres de la tarde, el timbre del despertador lo sacó de su sueño. Se sentó en la cama, en calzoncillos. Tenía la boca seca. Había estado jugando al póker, bebiendo y fumando hasta las cinco de la madrugada. Se rascó los párpados con los puños. Después de desnudarse, fue y se lavó los pies, las axilas y la ingle; se cepilló los dientes y se afeitó. Después, se puso un pantalón de pana y un jersey de cuello cisne, arremangado por los codos.

Volvió al dormitorio y lo ordenó un poco, hizo la cama, llevó los vasos sucios al lavabo y colocó los envases vacíos junto a una pared, cerca de la puerta. Quedaba un poco de Margnat en un envase de plástico. Buenaventura se lo tragó, tuvo una fuerte convulsión y casi vomitó.

Abrió los postigos y se dedicó a observar la calle de Buci. Unos estudiantes melenudos charlaban, diciendo tonterías, probablemente, en las terrazas cubiertas de los bares. Buenaventura cerró la ventana, recogió los naipes manchados de vino, desparramados sobre la mesita plegable, y los arrojó al cesto de los papeles. Tenía que acordarse de comprar una docena de juegos convenientemente lacrados.

Se sentó en la cama e hizo sus cuentas en la agenda. Aquella noche había ganado 573 francos. Muy bien. La racha de mala suerte parecía estar llegando a su fin. Buenaventura necesitaba comprarse

un abrigo, o al menos una gabardina o impermeable. Empezaba a hacer frío.

Se guardó el dinero, repartíendolo entre los diferentes bolsillos del pantalón y de la cazadora de cuero, algo mohosa y con agujeros en algunas partes. Se puso unos calcetines sucios, y se calzó unas botas de goma. Después de ponerse la cazadora, se enrolló un pañuelo negro en torno al cuello, y se cubrió la cabeza con un sombrero de fieltro, también negro, cuya fabricación databa de antes de la guerra, procediendo de Harrisburg, en Pensilvania. Con su rostro delgado y pálido y sus gruesas patillas, tenía el aire de un bandido en una versión neorrealista de Carmen.

Salió del Hotel Longuevache y se dirigió a pie a la casa de D'Arcy, quien habitaba un minúsculo estudio—cocina en un inmueble de fachada sin revocar situado en la calle Rollin, junto a la Contrescarpe. Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el alcohólico—. ¡La puerta no está cerrada con llave!

—Soy yo —anunció Buenaventura, prudentemente, al tiempo que empujaba la puerta.

D'Arcy hubiera podido encontrarse en uno de sus días peculiares, oculto tras el batiente, con un martillo en la mano, listo para asestar un golpe al que llegara. Buenaventura avanzó, sintiéndose aliviado al distinguir al alcohólico al fondo de la estancia, tumbado sobre el diván, y con una botella de Mogana encima del vientre.

El suelo se perdía bajo una espesa capa de desperdicios de alimentos aplastados, y de colillas. En la cocina, situada en un rincón, Buenaventura vio el café, hirviendo en una cacerola. Se sirvió un

vaso, mató una hormiga que se paseaba por el borde del azucarero, y se encaminó al teléfono.

—Estaba soñando ahora que me hacía tallar una pipa —dijo D'Arcy, distraídamente.

Buenaventura no contestó nada. Hojeó la guía, al lado del teléfono, y encontró la dirección del individuo llamado Epaulard. D'Arcy permanecía con los ojos fijos en el techo.

—No tengo más remedio que escribir a mi madre para que me envíe dinero —comentó— ¿Me podrías prestar tú dos o tres billetes?

Buenaventura dejó oír una risita burlona y bebió el café que le quedaba en el vaso.

—Gracias por el café. Hasta luego.

—¿Te vas? —preguntó D'Arcy con aire de extrañeza.

Pero el catalán se encontraba ya en la calle. Echó a andar en dirección al Noroeste.

En el bulevar Saint—Michel lo abordó un hombre vestido con un abrigo azul.

—Policía. Su documentación.

El hombre le estaba enseñando su placa. De buena gana, el catalán le hubiera asestado un puñetazo en la cara, pero acababa de ver un grupo de sesenta C. R. S., con cascos y armados con fusiles, quienes se habían estacionado no muy lejos, cerca de la fuente. El catalán sacó su documentación de extranjero.

—¿Profesión?

—Músico.

—Aquí dice «estudiante» —observó el policía, señalando con uno de sus gruesos dedos el punto preciso del escrito.

—Vea la fecha. Por entonces, yo era estudiante.

—Habrá que poner esto al día, ¿eh?

—Sí, señor.

El policía devolvió a Buenaventura sus papeles.

—Está bien.

El catalán prosiguió su camino, siempre a pie. Ya estaba lejos la época de los sellos borrables, cuando se podía viajar gratuitamente utilizando billetes de autobús convenientemente limpiados. Avanzando a buen paso, el catalán alcanzó rápidamente la calle Rouget—de—Lisle, junto al Jardín de las Tullerías. Entró en el inmueble en que se alojaba Epaulard y consultó la lista de inquilinos, fijada tras un vidrio de la portería. Subió dos pisos. En la puerta, en una placa de cobre nueva, se leía: André Epaulard, consejero jurídico. El batiente estaba provisto de mirilla. Buenaventura tapó la mirilla con un dedo y presionó el botón del timbre. Notó un movimiento tras la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

—Adivínelo —contestó Buenaventura, en tono jovial.

La cerradura chirrió, entreabriéndose la puerta. Buenaventura le dio una patada. Ésta se abrió del todo, golpeando al cincuentón en el pecho y haciendo que cayera de espalda. Buenaventura entró rápidamente en el apartamento, dando un portazo. Su víctima reaccionó con más celeridad de la prevista, cogiendo al recién

llegado por el tobillo y derrumbándolo. El catalán, sorprendido, asestó al otro un puntapié que no dio en el objetivo previsto. Sintió que lo agarraban por las orejas y que le golpeaban la cabeza contra la pared.

—¿Has terminado, miserable?

Buenaventura fijó los ojos en el cincuentón. Después, tanto en los de éste como en los de su contrincante, apareció una mirada de estupefacción.

—¡Tomás! —exclamó el catalán.

—¡Carlos!

—Ya no me llamo Carlos —declaró Buenaventura, mientras se levantaba.

—Ni yo Tomás —respondió Epaulard—. Mi nombre, ahora, es André Epaulard. Además, se trata del mío, del verdadero.

—Yo soy Buenaventura Díaz —indicó el catalán—. También es mi nombre real.

—Es de los que no se inventan —observó Epaulard—. ¿Cómo diablos se te ha ocurrido entrar aquí así, atacándome?

—Ignoraba que fueses tú...

—No lo entiendo. Vamos a tomar una copa. Ya me explicarás.

Los dos hombres cruzaron un pasillo y pasaron a un despacho amueblado con una pesada mesa y dos sillones de cuero. Adosado a una de las paredes, se veía un armario metálico color aceituna. Epaulard lo abrió y sacó una botella de vodka polaco y dos vasos. Se

sentó frente a la mesa. Buenaventura se dejó caer en uno de los sillones.

—Parece que las cosas te van bien —señaló el último.

—Así estoy desde el 62.

—¿Pues qué demonios hiciste?

—Fue todo cuando lo de Argel. Tuve que ver con el plan de los pablistas.

—¡Vaya un tío!

—¿Y tú qué? ¿Sigues siendo anarquista?

—Como puedes ver...

—¡Oh! ¡Válgame Dios! —exclamó Epaulard, de pronto—. ¿Tienes tú, acaso, algo que ver con un tal D’Arcy?

—Algo sí.

—¿Con motivo del asunto del embajador?

—Tú lo has dicho.

—Estáis locos —dijo Epaulard— En cuanto a D’Arcy... Ése es un alcohólico. Apártate de él.

—Eso es discutible.

—Yo, al menos, no quiero nada con él. Pero, bueno, explícame qué es lo que has venido a hacer aquí y por qué me has atacado sin más... La impaciencia por saberlo me corroe.

—Es muy sencillo. D’Arcy tenía que proporcionarnos un experto: un tipo llamado André Epaulard. Yo no sabía, claro, que se trataba de

ti. Al comunicarme D'Arcy que su experto no «funcionaba», decidí hacerle una breve visita. Con el fin de evitar que se le pasara por la cabeza la idea de hablar de nuestros proyectos con alguien.

—Es absurdo —comentó Epaulard—. Cuando se suelta una información, suelta está.

—Bueno, de todos modos, tal como están ahora las cosas no hay por qué temer nada —declaró Buenaventura.

—¿De veras que seguís con la idea de llevar a cabo ese arriesgado golpe?

—Sí.

Epaulard vació su vaso, moviendo la cabeza con aire apesadumbrado.

—Creo que componéis una curiosa banda de tipos raros.

—Nuestra banda ya era así en 1960 —puntualizó Buenaventura—. Y tú, entonces, formabas parte de ella.

—Aquella organizaba tareas más prácticas.

—Me desconciertas, créeme —confesó el catalán—. Sinceramente: ¿te agrada lo que hay? ¿Es de tu gusto el marxismo mahometano?

—¡Mierda! —exclamó Epaulard—. ¿Es que vamos a comenzar ahora con las discusiones teóricas?

—Conforme. Haz lo que te parezca. Esta tarde tenemos una reunión. En casa de un tal Treuffais. Te daré su dirección.

—Te aseguro que es inútil.

—A pesar de todo, te la dejaré.

Buenaventura cogió de encima de la mesa un bloc y un lápiz, trazando unos garabatos sobre el papel.

—Bueno, y este asunto de tu consejería jurídica, ¿en qué consiste?

—Esto es un golpe que ha fallado ahora —contestó Epaulard—. Había conseguido hacerme con un ingenuo palomo valiéndome de la historia clásica del tesoro de guerra del F. L. N., de la pasta que Khider ocultó. Yo necesitaba cierta información. Total, que mi socio, hace una semana, fue localizado en Alemania por unos turcos, y el pichón tuvo que hacer rápidamente las maletas. Yo me encuentro actualmente con el alquiler de este despacho pagado hasta el fin de mes, y un Cadillac del año 1956...

Buenaventura rió socarronamente, mientras se servía otro vodka.

—En tanto que experto —comentó—, podrías ser designado tú, muy justamente, por supuesto.

—A cambio del rescate del embajador, me imagino.

—Exactamente.

—No os haréis con ese dinero jamás.

—¿Y tú qué sabes? Ven a la reunión.

—No.

VI

Epaulard comenzó a dar paseos de un lado a otro de su despacho a grandes pasos cuando se quedó solo. El cuarto estaba al final del pasillo; en el extremo opuesto se encontraba el dormitorio que tenía una cama, una silla, una mesita y un armario grande. Sobre la mesa se veía un voluminoso diccionario jurídico destinado a los padres de familia, los Escritos íntimos de Roger Vailland, y algunas novelas policiacas de segunda mano, todas muy manoseadas. El armario guardaba un par de calzoncillos, dos sábanas, seis pares de calcetines de hilo, dos corbatas lisas, dos camisas de nailon y un abrigo de pelo de camello comprado diez años atrás. Los bolsillos del abrigo contenían una caja de municiones Mauser calibre 30, una pistola automática china tipo 31. Encima de la silla había un impermeable de plástico.

Epaulard fue al cuarto de baño, examinando su rostro, contra el cual había ido a dar la puerta violentamente al irrumpir Buenaventura en el apartamento. El cincuentón tenía un rosado hematoma en la comisura izquierda de la boca. Sus labios estaban hinchándose. Inclina la cabeza. Se mira atentamente en el espejo. Tiene la impresión de haber fracasado en la vida. Hace memoria... Había nacido en las Antillas, en los años veinte. Al principio de la segunda guerra mundial se encontraba huérfano y sin dinero. Pero poseía una embarcación, con la cual pasó a América del Sur. El bloqueo de Noruega originó una gran escasez de aceite de hígado de bacalao en todo el mundo. Epaulard se dedica a la pesca del tiburón y hace fortuna gracias a la venta del aceite de hígado de bacalao.

Unos meses más tarde, se encuentra en Francia, donde se enamora. El amor, precisamente, lo lleva a la Resistencia. En el curso de un violento combate en el Delfinado, en la primavera de 1944, Epaulard pierde su unidad. En estos momentos, ya no se encuentra enamorado. Al quedarse sin contactos, establece otros, con elementos degaullistas, integrándose en el Vercors.

Tras la destrucción del Vercors, Epaulard, que se ha escapado de una matanza, siente un gran odio por la burguesía y los degaullistas. Es un hombre que actúa en solitario. Se convierte en un asesino. En el curso de los años 45 al 47, da muerte a cinco o seis personas, por convicción y mediando dinero. Habiendo logrado, por su buena suerte y también por su astucia, seguir siendo tan desconocido para sus clientes como para la policía, llega a pertenecer al P. C. F. Huelgas en el norte. Epaulard sabotea las vías férreas, por las que llegan los vehículos blindados y las tropas de la represión. Tiene un fuerte sabor a ceniza en la boca. Decide matar a Jules Moch. Renuncia. Se siente desorientado. Obtiene beneficios con una pequeña imprenta en la periferia de París. Deja de pagar sus cotizaciones al partido.

A partir de 1957, imprime toda clase de boletines clandestinos, redactados por elementos pertenecientes a facciones opuestas al P. C. F. Pronto trabajará para la federación en Francia del F. L. N. argelino. Conoce a Buenaventura, que se hace llamar Carlos. Conoce a D'Arcy, quien ya es un alcohólico. Deja Francia en 1962, trabajando en Argelia con los pablistas. Sale de Argelia después de la caída de Ben Bella. Permanece una corta temporada en Guinea. Reaparece en Cuba, actuando a las órdenes de Enrique Lister. Epaulard, en estas fechas, es un hombre corrompido. Ya en Argelia, había hecho dinero con el tráfico de determinados bienes. En Cuba, se dedica a explotar

el mercado negro. Se mueve por América del Sur. Ya lo tenemos luego de regreso a Francia.

Acababa de sacar la pistola china del bolsillo de su abrigo, para apoyar el cañón en su cuello. Colocó el dedo índice en el gatillo...

—¿Y qué más da? Me quito ahora mismo de en medio y ya está — declaró, sin apartar la mirada de su cara, reflejada en el espejo.

Suspiró... y no se quitó de en medio, desde luego. Guardó el arma, una reproducción del Tokarev ruso, en su bolsillo nuevamente. Consultó el reloj. Eran las cinco de la tarde, exactamente. Epaulard decidió que iría a aquella reunión.

—¡A la mierda todo! —dijo a su espejo.

VII

Buenaventura declaró:

—El embajador de Estados Unidos distribuye su tiempo de una manera bastante irregular.

Después, desplegó un plano de París sobre la mesa. Para hacerle sitio, Meyer, Treuffais y D'Arcy apartaron los botellines de cerveza que acababan de abrir. Epaulard continuó de pie, con su Kronenbourg en la mano, la otra a la espalda, el mentón hundido en el cuello, y el filtro de su Française casi aplastado entre sus labios planos. De vez en cuando, uno u otro de los asistentes a la reunión le echaba una mirada furtiva.

—Poindexter es episcopaliano —matizó el informador—, y asiste al servicio de las ocho, todos los domingos, en la catedral de la avenida de Jorge V. Jamás duerme en sus apartamentos de funcionario en la embajada, se dirige a su residencia, no lejos de la cinemateca Chaillot, todas las noches, pero a horas variables. Esto puede ocurrir entre las once y las cuatro de la madrugada. Visita con alguna irregularidad el hospital americano de Neuilly. Ha estado en él tres veces en el curso de los dos meses que llevamos observándole.

Mientras hablaba, el catalán iba señalando sobre el plano los puntos frecuentados por el diplomático. Citó otros visitados por el embajador más ocasionalmente.

—No obstante —continuó Buenaventura—, hay una cosa para la cual parece regulado como si estuviese dotado de un mecanismo de relojería, como una bomba. Cada semana, el viernes, pasa la velada en un club situado en la esquina de la avenida Kleber y la calle Robert—Soulat.

—¿Quiere usted hacer el favor de repetir eso? —preguntó Epaulard, inmovilizándose.

Buenaventura se preguntó por qué razón ahora el ex miembro de la Resistencia le hablaba de usted. Puntualizó:

—El embajador Poindexter pasa las veladas de todos los viernes en un club privado situado en la esquina de la avenida Kleber y la calle Robert—Soulat.

—Se trata de un burdel —aseguró Epaulard.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Es una casa de citas, una de las mejores de París si nos atenemos a la clase y los precios.

—¡Cáscaras! —exclamó D’Arcy, irónicamente—. He aquí una brecha más entre las conquistas del Frente Popular.

—Es el burdel que queda más próximo a la presidencia de la República —precisó Epaulard— Está protegido por la policía, la cual establece una vigilancia a fondo siempre que uno de los jefes de los Estados africanos se traslada a París.

—Maravilloso —comentó Buenaventura.

Los otros lo miraron.

—El escándalo —especificó el catalán—. Su Excelencia secuestrado por unos izquierdistas cuando se hallaba en un burdel. Los de *Le Canard enchainé* se van a frotar las manos de gusto.

La hilaridad se generalizó. Incluso Epaulard esbozó una sonrisa. El hombre se movió, inquieto.

—Todo eso es estupendo —admitió—, pero hay que examinar todas las posibilidades restantes.

—Empleo irregular del tiempo —reiteró Buenaventura.

—Podría ser secuestrado durante el servicio religioso.

—O cuando se encontrara en su casa —sugirió Meyer—. De noche.

—En su casa —comentó Epaulard— cualquiera podría tropezar con cosas imprevistas: con los tipos del FBI, por ejemplo, o yo qué sé... A priori, eso debe descartarse. En cuanto al servicio protestante, debe pensarse que se hallarán presentes cien personas, por lo menos. Para mantenerlas a todas quietas haría falta un ejército de hombres armados de metralletas.

—Se impone el burdel, entonces —sentenció Buenaventura.

—Habrá que estudiarlo —dijo Epaulard.

Todos lo miraron, con la excepción de Treuffais, quien observaba detenidamente sus uñas. El ex miembro de la Resistencia se dejó caer en un sillón.

—¿Cómo se las han arreglado para hacerse con el itinerario cotidiano de este hombre?

—Fue establecido un servicio discreto de vigilancia —contestó D'Arcy.

—¿Discreto? Ese tipo debe de estar custodiado la mayor parte del tiempo por los servicios franceses, y permanentemente por sus guardaespaldas personales. ¿Cómo pueden estar seguros ustedes de haber sido suficientemente discretos?

—En cuanto a eso, no hay seguridad posible. Hemos tomado, simplemente, muchas precauciones. Ha sido utilizado el 2 caballos de Treuffais, que no se destaca de otros vehículos, moviéndose siempre a prudente distancia. Y no ha habido ningún R. G. que se nos haya acercado para preguntarnos la hora.

Epaulard se volvió hacia Treuffais.

—¿No se las han tenido que ver nunca con empleados de la compañía del gas cuya visita les pareciera inesperada? ¿No han sido abordados nunca por insistentes vendedores callejeros?

—No, no ha habido nada de eso.

Epaulard se frotó la nariz. Paseó la mirada por los rostros de los presentes en la reunión.

—Me gustaría conocer el historial personal de todos: si alguno se ha hecho fichar, cuándo, por qué... —Ahora se fijó detenidamente en Buenaventura— D’Arcy y tú: ambos fuisteis localizados en la época de las organizaciones clandestinas. ¿Habéis tenido problemas después?

Buenaventura se encogió de hombros.

—Hubo dos interrogatorios en el 68. En París y en Flins. Beaujon intervino en los dos casos.

—Por mi parte, no ha habido nada —dijo el alcoholico.

Epaulard pasó revista a los otros. Treuffais no había tenido jamás contactos con la policía. A Meyer le ocurría lo mismo.

—Lo encuentro todo bastante limpio —comentó Epaulard.

VIII

El estúpido de Ducatel apareció el lunes por la mañana sin haber hecho el trabajo que le había encargado para aquel fin de semana Treuffais.

—No tuve tiempo para eso, señor —declaró el joven.

Se rió burlona y silenciosamente, dejando ver sus dientes irregulares y amarillos, semejantes a colmillos de perro. Treuffais consideró atentamente el asunto. Toda resistencia era inútil. En la Academia Saint—Ange se prodigaban aquellos lamentables «fines de raza», aceptándose con agrado, incluso. El idiota en cuestión resultaba invulnerable.

—Entonces dejémoslo para el viernes, mi joven amigo —dijo Treuffais.

Seguidamente, abandonó su sillón para reanudar su curso sobre el racionalismo contemporáneo y sus variantes. En varias ocasiones, estuvo a punto de dormirse durante la clase. Sonó, por fin, la campana de las diez. Afuera llovía con furia. Treuffais fue a la sala de profesores para coger su impermeable, que estaba allí desde el jueves de la semana anterior. La señorita Kugalmann estaba haciendo ya sus correcciones. El señor Duveau se hallaba cerca de la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, con dibujo de finas rayas, luciendo su pulida calva, mostrando un pantalón sin planchar, y dejando percibir un aliento cargado de vino. Se balanceaba sobre los talones. Fijó la vista en los cristales de la

ventana, cubiertos de agua, en las gotitas que descendían por ellos, raudas.

—¡Asqueroso tiempo! —exclamó, dirigiéndose a Treuffais. Este se puso su impermeable, una prenda grande, de color caqui, en tela tratada, antigua, crujiente, que olía de una manera especial.

—Un tiempo asqueroso, sí —reiteró Duveau—. ¿Se viene a tomar un café?

Treuffais consultó maquinalmente su Kelton, denegando inmediatamente con un movimiento de cabeza.

—Me voy a casa —le pareció precisar— Sólo tomo café a las dos.

—Sería mejor que se viniera a tomar un café. Charlaríamos. ¡Todo un profesor de Filosofía! —Duveau pronunció estas palabras refunfuñando, con tono enojado—. Y ahora le pregunto yo: ¿qué es lo que sabe acerca de la vida? ¿Qué es lo que ha aprendido a su edad?

Alargó la mano, cogiendo a Treuffais por el revés de su impermeable.

—¡Suélteme! —ordenó Treuffais, conminativo, asestándole un puñetazo en el cuello.

Duveau mientras caía pegó un grito, derrumbándose. La señorita Kugelman se puso en pie de un salto, electrizada, gritando también. Se precipitó sobre Duveau y le ayudó a sentarse en el suelo. Treuffais se mostró extrañado. Se restregó el puño ausente.

—Lo siento. No pretendía... No tenía intención de...

Treuffais se sintió sacudido por la risa.

—¡Bandido! ¡Criminal! —murmuró Duveau, débilmente.

—¡En nombre del cielo! —exclamó la señorita Kugelman—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué es lo que le ha empujado a proceder de este modo? ¡Un mutilado de guerra! El señor Lamour lo sabrá todo.

—El señor Lamour no ha sabido ni sabrá nunca nada de nada —declaró Treuffais—. Su cerebro no existe. Tiene la cabeza llena de mierda.

—Le he oído perfectamente, Treuffais —dijo el señor Lamour, que acababa de llegar silenciosamente.

—Por mí, señor Lamour, ya le pueden ir dando por donde usted se imagina.

—¡Usted es un enfermo!

—Le voy a aplastar la jeta.

El señor Lamour, muy colorado, hinchó el pecho. Era un tipo pequeño. Treuffais hubiera podido hacerlo papilla... ¡Qué perspectiva tan atrayente! El joven profesor de Filosofía se acercó más a su superior jerárquico, preguntándose en qué parte del cuerpo golpearía primero. El director permanecía rígido y solemne. No quería batirse en retirada bajo la mirada asombrada de la señorita Kugelman. Duveau había optado por mantenerse estirado en el suelo, a fin de no verse mezclado en la riña. Fingía estar respirando con dificultad. Treuffais dio al director un suave sopapo en la sonrosada mejilla, lo rodeó y salió dando un portazo.

—Siempre he sabido a qué atenerme respecto a él, pero quise darle una oportunidad —afirmó el señor Lamour, mientras secaba los cristales de sus gafas, que el terror experimentado por él había

humedecido—. Este joven no vale un comino —concluyó— Es un cero a la izquierda.

Una vez fuera del edificio, Treuffais se acomodó en su 2 caballos. Por centésima vez, el cristal de la ventanilla, al caer, por haber cerrado con brusquedad la portezuela, le pilló los dedos, lo cual le hizo proferir una blasfemia. Miró el reloj. Las diez y ocho minutos. Arrancó. El 2 caballos enfiló el camino de la puerta de Orléans. Una vez en París, viró hacia el este, rumbo a Denfert—Rochereau; franqueó la plaza de los Gobelinos y halló un sitio donde aparcar no lejos de la facultad, pero no a la vista de los numerosos gendarmes que se encontraban alrededor de los edificios, con el mosquetón en bandolera, y el casco antidisturbios colgando sobre las piernas.

En una cervecería del bulevar Saint—Marcel, Buenaventura y Epaulard se encontraban frente al mostrador, saboreando dos moscateles. Treuffais se unió a ellos. Ya había dejado de llover.

—Yo lo mismo —dijo el profesor de Filosofía al camarero.

—Las diez y cuarenta minutos —manifestó Epaulard—. Viene llegando toda una hornada a las horas en punto y a las medias. Será mejor esperar la de las once. ¿Te has traído las batas?

—Sí.

—¿Y los lingotes de plomo?

—También. Están en el portaequipajes del 2 caballos, con las batas.

—¿Has aparcado muy lejos?

—A unos cien metros de aquí.

—Muy bien.

Los tres hombres apuraron el contenido de sus vasos.

—Llénalos otra vez —ordenó Epaulard al camarero.

—Me sorprende verte aquí —dijo Treuffais al antiguo resistente.

—¿Por qué?

Treuffais se encogió de hombros. Los vasos habían sido llenados de nuevo.

—La diferencia estriba —declaró Buenaventura— en que Epaulard se encuentra aquí, con nosotros, porque ya no cree en la revolución, en tanto que nosotros estamos aquí, con él, porque creemos en ella. Epaulard actúa impulsado por la desesperación.

—Supongo que te decidirás alguna vez a cerrar tu sucio pico, ¿eh?
—interrogó el antiguo resistente, agresivo.

Sin embargo, la cosa no fue a más.

—Las diez y cuarenta y cinco minutos —señaló Treuffais.

Volvieron a vaciar sus vasos. Epaulard pagó la consumición. Abandonaron el establecimiento, dirigiéndose hacia el sitio en que estaba el 2 caballos por unas callejuelas. Después, subieron en el coche. Inclinandose por encima del respaldo del asiento trasero, Treuffais sacó del portaequipajes tres batas blancas. Se despojaron de sus impermeables y de la cazadora de cuero, y se pusieron las batas, tras lo cual se apearon. Treuffais llevaba un maletín de cuero negro, de lujoso aspecto, que contenía cuatro lingotes de plomo. Los tres hombres se deslizaron por unas cuantas calles de segundo o tercer orden, desembocando de nuevo en el bulevar Saint—Marcel, enfrente, poco más o menos, del Centro de la lucha antituberculosa.

En la otra acera, un grupo de policías de uniforme acababa de entrar en el edificio. Otros estaban saliendo de él.

—Las once en punto —dijo Epaulard—. No os deis prisa. Démosles tiempo para subir y acomodarse.

Nadie dio el alto a los tres hombres en la entrada del dispensario, ni tampoco en el vestíbulo. Daban la impresión de saber adónde se encaminaban. Por supuesto que lo sabían, y además adoptaban un aire profesional. Parecían estar concentrados en una conversación de carácter técnico muy interesante.

—... velocidad de sedimentación —remató Epaulard, en determinado momento—. Y jamás podrán ustedes adivinar qué es lo que hemos descubierto...

Se cruzaron con otras dos personas vistiendo también batas blancas: una mujer pelirroja de pequeña estatura y un tipo moreno, quienes no les prestaron la menor atención.

Los tres hombres llegaron a un descansillo, torciendo entonces a un lado sin vacilar, para franquear una doble puerta. Ante ellos vieron un recinto alargado, parecido a la nave de un garaje, tenía ventanas a la izquierda, y a la derecha las puertas de las cabinas de los vestuarios. Los policías se habían metido allí dentro. Se habían desnudado en las cabinas, o bien estaban acabando de desnudarse; aún se oían rumores de ropas removidas, de hebillas de cinturón chocando con elementos metálicos, jadeos característicos en los hombres gordos... y algún que otro pedo.

Una vez en calzoncillos, el ocupante de la cabina salía de ésta por una puerta opuesta a la de entrada, sometiéndose a la revista de higiene. Durante el tiempo que duraba la misma, la cabina

permanecía vacía, quedando cerrada por el lado del vestíbulo mediante un pestillo basculante. Las ropas del policía, su cinturón, su arma, eran colocados encima del taburete, en la penumbra, o bien colgaban de una percha.

Se produjeron unos ruidos dentro de la primera cabina; se oyó un portazo. Epaulard sacó de uno de sus bolsillos interiores una pequeña lámina, una rígida hoja de sierra, que procedió a insertar entre la puerta exterior de la cabina y el marco para levantar el pestillo. Logró abrir. En el interior descubrió inmediatamente las prendas de uniforme de quien la había ocupado, su cinturón, su arma. Treuffais abrió el maletín, tendiendo un lingote de plomo a Epaulard. Éste cerró la puerta. Treuffais y Buenaventura se dirigieron a las cabinas siguientes.

En el interior de la primera cabina, Epaulard abrió la funda que contenía la pistola automática del policía. Retiró la Manurhin (licencia Walther), que se metió en un bolsillo; colocó el lingote de plomo en la funda, y cerró ésta con la hebilla. Con aquel peso familiar en su cintura, el policía, probablemente, no se daría cuenta enseguida de la desaparición del arma. Podía ser, incluso, que lo advirtiera al finalizar sus horas de servicio. Epaulard salió de la cabina, poniendo mucho cuidado en la tarea de mantener el pestillo en su posición, para que al retirar la pequeña hoja de sierra aquél volviera a caer, quedando en su posición inicial.

En la cabina siguiente, Buenaventura operaba de una manera exactamente igual.

Al ir a abrir la tercera cabina, Treuffais se encontró frente a un policía de rostro muy colorado. Por todo atuendo llevaba sus

calzoncillos, acababa de ponerse un calcetín, y tenía el otro en las manos. El hombre se le quedó mirando, inquisitivo.

—Perdone. Estoy buscando al doctor Moreau —declaró Treuffais, sonriendo.

Inmediatamente, cerró la puerta, alejándose de allí y rebasando cuatro cabinas. Pudo ver a Epaulard al extremo de la hilera, entrando en otra cabina. Gruesas gotas de sudor perlaban el rostro de Treuffais.

Probó suerte con una nueva puerta. No vio a nadie detrás de ella. El joven se apoderó de una pistola y salió de allí. Epaulard volvía sobre sus pasos rápidamente. Buenaventura estaba también a la vista. Los tres hombres se reagruparon.

—Yo he podido hacerme con una... —cuchicheó Treuffais.

—También yo —declaró el catalán.

—Cuatro, en total —indicó Epaulard—. La cosa va bien.

Se dirigió hacia la salida. Luego, se encontraron en la calle, juntos otra vez. Treuffais se sentía empapado en sudor. Miró su reloj. Eran las once y seis minutos.

—¡Bien por todos! —exclamó.

—¡Al coche! ¡Rápido, rápido! —ordenó Epaulard.

Unos gendarmes caminaban por la acera del bulevar: los dos anarquistas y Epaulard cruzaron la calzada.

—¡Qué lástima! —dijo Buenaventura—. Ya que estábamos en eso podíamos haber intentado hacernos con las municiones.

—Las municiones no van a ser un problema para nosotros —contestó Epaulard.

Se desplazaron al mismo ritmo hasta la calle de las Plantas, donde se encontraba aparcado el Cadillac. Por el camino, se despojaron de las batas, doblándolas cuidadosamente. Subieron en el automóvil blanco, guardando las batas, que contenían las armas, bajo los asientos delanteros.

—Quédate con tu 2 caballos —dijo Buenaventura a su camarada—. Nosotros nos vamos a ir a comer a Couzy. Epaulard va a inspeccionar el escondite. No dispondremos de tiempo para recogerte, a la vista de tu horario particular.

—Eso ya no cuenta —comunicó Treuffais—. Acabo de perder mi empleo. No pienso volver por la academia.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada que valga la pena recordar. Lo malo es que de aquí en adelante voy a andar escaso de dinero.

—Es una pena.

—¡Qué más da! —exclamó Treuffais, con voz fría—. Tras esta operación todos seremos ricos, ¿no?

El catalán dirigió a su compañero una mirada que delataba sorpresa.

—Más adelante cuidaremos de ese detalle —dijo Epaulard, que estaba impacientándose.

Inmediatamente, arrancó.

—Bueno —intervino Buenaventura—. ¿Piensas, de momento, venirte con nosotros a Couzy?

—Me lo he pensado mejor: no. Dejadme donde está mi 2 caballos.

El Cadillac enfiló sucesivamente varias calles estrechas, desplazándose por ellas con más o menos facilidad. Finalmente se paró unos instantes cerca del coche de Treuffais. El profesor de Filosofía se apeó, cerrando la portezuela del Cadillac. Hizo un ademán de adiós dirigido a sus amigos, y el vehículo se alejó.

—Extraño tipo, tu amigo —comentó Epaulard.

—Es hombre de espíritu muy inquieto —repuso Buenaventura—. No cesa de plantearse preguntas y más preguntas.

El catalán subrayó estas palabras con una risita irónica.

Una vez al volante de su 2 caballos, Treuffais arrancó, dirigiéndose a su casa. En el momento en que la luz roja de un semáforo, en la calle de Alésia, pasaba al verde, el joven aceleró brutalmente el coche, rompiendo el muelle de recuperación del pedal correspondiente. Éste se hundió por completo bajo el pie de Treuffais. El 2 caballos franqueó el cruce en primera, rugiendo. Treuffais desembragó. El motor giraba a toda velocidad; el acelerador seguía hundido.

El joven dirigió el coche hacia un pasaje claveteado. Cortó el contacto, y el vehículo se detuvo tocando ligeramente la acera. Treuffais se apeó para abrir el capó, comprobando entonces el estropicio causado. A cincuenta metros de allí había una librería—papelería. Treuffais se encaminó a ella. En un cartel de madera se aconsejaba: Lea «France—Soir». Haga lo que todo el mundo. Treuffais se restregó el cuello y acogió el letrero con una

exclamación despectiva. Entró en el establecimiento y compró un anillo de goma para legajos. De vuelta al coche, se sirvió de este elemento elástico para sustituir el muelle roto. Reanudó su viaje. El 2 caballos marchaba tan bien como antes; sólo que su acelerador se notaba ahora excesivamente blando. Treuffais llegó así a su distrito, empezando a dar vueltas por él, sin encontrar sitio para aparcar en sus calles, llenas de coches. Por fin, pudo estacionar el vehículo en la de Morillons.

Subió a su casa. Las doce y cinco minutos. No habían dejado ninguna carta para él. Treuffais abrió su Kronenbourg y se sentó en el sillón de su padre. Alcanzó su radio transistor, y oprimió una tecla.

—... se ha vuelto a reanudar el trabajo tras una votación secreta — estaba diciendo Europa n.º 1—. En cambio, en los Establecimientos Gouraud el conflicto se alarga. Esta mañana ha sido recibida en el Ministerio de Trabajo una delegación de sindicalistas, quienes han expuesto sus puntos de vista al señor Lhareng. Apuestas en el hipódromo: en la carrera de Longchamp de esta tarde habrá dieciocho caballos participantes...

Treuffais apagó el transistor. Se encontraba realmente mal. Se preguntó por qué... El hígado, quizá. Apuró, sin embargo, su cerveza, y después abandonó el apartamento para ir a comer a un bar de los alrededores. Después de la comida, no se encontraba mejor. Su malestar, pensó, debía de ser de tipo intelectual. Furioso, una vez en su casa, se acostó, intentando conciliar el sueño.

IX

El Cadillac daba grandes tumbos por el camino de tierra, y levantaba trozos de frío barro que ensuciaban sus laterales. El coche se abrió paso a través del piso mal cuidado de una angosta vía clasificada como «camino vecinal», y finalmente se paró con el morro próximo a una valla. Era una valla muy basta, formada por postes unidos entre sí mediante alambres de espino. Buenaventura descendió del coche y abrió la puerta que les permitiría bordear el obstáculo, haciéndola girar y depositándola contra uno de los postes. El Cadillac se aventuró por el terreno cubierto por una hierba gris y amarilla que envolvía la casa.

El espacio en cuestión era ondulado y silvestre. El arcilloso suelo estaba encharcado. En las cimas, como en las cañadas de aquel paisaje, se veían árboles sin hojas, negros sobre el verde negruzco de los matorrales, grises contra el cielo gris.

La finca tenía la forma de una U aplastada y angulosa. Había allí dos alas cortas perpendiculares a un cuerpo principal de ancha construcción, de piedra, con las paredes enjalbegadas, siendo la cubierta de tejas oscuras. Había un piso abuhardillado. El ala izquierda no era más que un garaje; la derecha, un antiguo establo sin restaurar. El conjunto resultaba bastante pequeño. Esta solitaria construcción sorprendía en aquella región, llena de caseríos y aldeas. Por su vejez, hubiera podido interesar a un etnólogo o al geógrafo especialista en la ocupación de espacios. Buenaventura y Epaulard se reían de esto. Una vez el Cadillac se hubo detenido entre las alas de la vivienda, Buenaventura cerró la valla, y los dos hombres

avanzaron en dirección a aquélla, en dirección a la puerta con cristales. El catalán dio unos golpecitos en los cristales. Nadie respondió a su llamada. Manipuló el tirador, y la puerta quedó abierta. Los dos camaradas se adentraron en una sala común pavimentada convenientemente, provista de una mesa gigantesca, de una enorme chimenea con campana metálica, y de una escalera que se elevaba hacia las buhardillas.

—¡Cash! —llamó Buenaventura.

Nadie contestó a su llamada. Epaulard, con las manos en los bolsillos de su humedecido impermeable, daba vueltas por la estancia, que no mediría menos de cincuenta metros cuadrados. Contaba con tres ventanas grandes dotadas de cristales pequeños y postigos de madera, un banco, cuatro sillas, dos sillones tapizados y desfondados, situados cerca del hogar.

Bajo la escalera, que trepaba oblicuamente contra el muro del fondo, dos puertas: una que daba a una cocina, abriéndose la otra sobre las partes posteriores de la pequeña granja.

La última se abrió en aquel justo momento, produciéndose entonces una aparición. Epaulard enarcó las cejas, ya que lo que estaba viendo no cuadraba en aquel lugar... ¿Qué hacía una joven como la que contemplaba allí, en aquel desgraciado paraje? La mujer era bella. Pero no solamente había eso en su persona. Iba bien arreglada: sus cabellos, de un rubio claro, le caían sobre los hombros; la nariz parecía la de Heddy Lamarr, el color de sus ojos era verde oscuro, junto a unos acentuados pómulos. El maquillaje era de inspiración británica (Epaulard, contemplando a la chica sonrió mecánicamente); sus mejillas se habían enrojecido levemente antes de quedar cubiertas por una finísima capa de polvos; la boca era

roja; su estructura podía considerarse más bien menuda. La aparición vestía un pantalón de algodón negro, y una rutilante camisa de pronunciadas rayas verticales en blanco, y también en tonos rojo, rosa y naranja.

Buenaventura se separó de Epaulard para besar a la muchacha en las dos mejillas.

—Hola, Cash.

—¿Señor...? —inquirió Cash, mirando a Epaulard.

El cincuentón se llevó a la boca un cigarrillo, y sus labios aplastaron el filtro. Palpó sus bolsillos, en busca de cerillas.

—André Epaulard —contestó Buenaventura.

—Hola —dijo Cash.

Estrechó la mano que Epaulard le tendió. La de la chica era menuda y fuerte.

—Está con nosotros en lo del golpe —explicó el catalán.

—¿El golpe?

—El asunto del embajador.

Cash enarcó sus redibujadas cejas.

—No os esperaba. Por eso no tengo nada de comer.

—Nos detuvimos en Couzy. En el coche hay algunas patatas y un poco de carne. ¿Podríamos meter el coche en el garaje?

—Claro.

El catalán miró a Epaulard con aire interrogativo. Éste sacó de uno de los bolsillos del impermeable las llaves del coche, que tendió a su compañero.

—Bueno, yo me encargaré de traer la comida —anunció Buenaventura, cogiendo las llaves y saliendo por la puerta con cristales.

Epaulard encendió su cigarrillo. Cash lo observaba a través de la nubecilla de humo.

—¿Quieres beber algo? ¿Un whisky?

—Sí. Lo necesito.

El antiguo resistente se sentó en el banco, frente a la mesa, de enorme tamaño. Cash abrió un aparador de madera oscura, del que sacó tres vasos y una botella llena en sus tres cuartas partes. Era de whisky Johnny Walker, etiqueta roja, y llevaba un pequeño sello de Prisunic pegado al tapón, de rosca, de metal blando.

—Voy a buscar un poco de hielo.

Salió por la puerta de comunicación con otro recinto, que dejó abierta. Desde su sitio, Epaulard vio una cocina dotada de armarios recubiertos de fórmica. La joven hurgó en el interior de una nevera de gran capacidad, regresando con los cubitos de hielo en un recipiente a propósito y una botella de dos litros de Perrier. Echó licor en los tres vasos, depositando en cada uno dos cubitos. Luego, se acomodó en una silla, delante de Epaulard. Éste la contemplaba, encontrándola excitante. Se sentía excitado, realmente.

—Tú te pareces a Roger Vailland —declaró Cash, de pronto.

Una ducha fría sobre el espíritu de Epaulard... «Yo soy una persona no analizable; yo no soy un personaje», afirmaba silenciosamente su ego, para negarlo casi al mismo tiempo. «No es fácil hacer una afirmación como ésta, con la cara que tengo, con mi carrera, la de un militante convertido en granuja, antiguamente un asesino. Llevo vividos ya cincuenta años largos...»

No había puesto sus manos sobre una mujer desde hacía dieciocho meses, y lo peor era que no había sentido la necesidad hasta aquel instante. Se le vino a la memoria el recuerdo de una prostituta cubana y, muy estúpidamente, se ruborizó. Aplastó su cigarrillo mediante pequeños golpes, restregándolo por el fondo del cenicero Martini, en blanco y oro. Sacó otro y lo encendió inmediatamente.

—Por favor, nada de literatura —dijo Epaulard.

—¿Es que no te gusta Roger Vailland?

—Sí que me gusta. Un poco.

—¿Has tenido ocasión de conocerlo?

—No. Hablemos de otra cosa, por favor. La literatura carece de interés.

—Yo soy un personaje como la joven burguesa de *Drôle de Jeu* —insistió Cash.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa? Tal vez prefiera que me aplique a espabilarla un poco, ¿eh? —dijo Epaulard en el colmo de la grosería—. Usted sabe que empiezo a inquietarme —añadió—. No tengo el menor deseo de trabajar con cierta clase de personas en un asunto como... como el que ha suscitado la cuestión.

—Está bien, está bien.

—Es mejor que me enseñe este lugar —dijo Epaulard, levantándose, con el vaso en una mano y el cigarrillo colgando de los labios.

La puertecita de debajo de la escalera, por donde ella había entrado, conducía al exterior, a un terreno cubierto de hierbas. Se veían alineadas unas conejeras contra el muro posterior de la estructura. Varios animales dentro de ellas, comían en aquellos momentos.

—Estaba echándoles hierba cuando llegaron ustedes —señaló Cash—, No debe temer nada. Lo que a mí me gusta no son los trabajos enojosos y fáciles... La verdad es que no sé cuáles me agradan realmente. Yo no soy mucho más que una putita.

«No para de hablar», pensó Epaulard. El antiguo resistente estaba examinando el terreno. Los numerosos árboles proporcionaban una eventual protección contra los disparos por armas de fuego. «¿Qué idea se me ha pasado por la cabeza?», se preguntó ahora Epaulard. «Si llegamos a eso, más valdrá rendirse enseguida. Todo se habrá ido a hacer puñetas ya.»

Volvió a la sala. Buenaventura, después de guardar el Cadillac en el garaje, entró, llevando dos bolsas de red que contenían la carne y las patatas a las que antes había aludido, sus provisiones.

—Estoy inspeccionando esto —explicó Epaulard.

—Tú sigue. Yo voy a encender el fuego.

El catalán sorbió un poco de whisky, dirigiéndose hacia la chimenea. Comenzó a utilizar como combustible unos viejos periódicos, que apelotonó contra los morillos del hogar, y luego partió unas cuantas ramitas. Cash estaba enseñando la cocina a

Epaulard. Ésta tenía una ventana que daba a la parte posterior de la vivienda, y una puerta que la comunicaba con un recinto habilitado para pequeño taller, el cual se hallaba lleno de telas de araña.

La joven cerró la puerta, volvió a la sala, y se encaminó a la escalera. Epaulard la siguió. Mientras subían los peldaños, el hombre admiró sus nalgas, espléndidamente pequeñas, pero musculadas como el cuerpo de un perro boxer de pocos años. En lo alto de la escalera había un descansillo, apareciendo un corredor dotado de estrechos tragaluces, angostos como aspilleras, que daban a la parte trasera de la vivienda, además de cuatro puertas.

—Aquí hay un gran cuarto de baño y tres habitaciones —dijo Cash.

Epaulard echó un vistazo al cuarto de baño, que recibía la luz de fuera a través de una abertura cubierta con cristal despulido. Seguidamente, penetró en las habitaciones. Eran bastante parecidas, con sus blancas paredes, un par de pequeñas ventanas abuhardilladas, una cama grande en la primera, dos pequeños lechos en cada una de las restantes, una estantería por aquí y una cómoda por allí. El cincuentón, con aire distraído, cogió del suelo, en uno de los cuartos, un libro encuadernado en rústica, sucio, sobado, a juzgar por el estado de sus páginas. En ellas se ocupaba el autor del «movimiento maoísta en Francia».

—Al menos, tú no serás maoísta, ¿eh?

—Yo no soy idiota del todo —respondió Cash.

Epaulard arrojó el libro sobre la cama, saliendo al pasillo, en penumbra, donde se olía a savia, o más bien a cera. Cash cerró la puerta a la espalda. Después, empujó suavemente al hombre hacia la escalera.

—Esto es cuanto hay que ver aquí. El embajador, en mi opinión, debería ser instalado en una de las habitaciones dotadas de dos camas, siendo vigilado por uno de vosotros. Yo me quedaré con la habitación de una cama. Es la mía. Quedarán libres dos camas para cuatro. De todas maneras, me imagino que uno habrá de hacer guardia abajo. Y si los guardianes son dos, podrían entretenerse jugando a las cartas.

—¿No hay ninguno entre nosotros que sea tu amante? —preguntó maquinalmente Epaulard, comenzando a bajar la escalera.

—No hay ni uno ni varios. ¿Quiere ver ahora el garaje y la granja? ¿Prefiere almorzar, quizá?

—La comida no está preparada aún —comentó Buenaventura, que había oído las últimas palabras de Cash, cuando llegaba con Epaulard al pie de la escalera.

—Ya lo veremos todo en su momento —dijo Epaulard— Relajémonos. Bebamos nuestro licor.

Todavía llevaba su vaso en la mano. Lo vació, sirviéndose otro whisky. Aplastó lo que quedaba de su cigarrillo y procedió a encender otro. Tosió violentamente, y se sentó. Buenaventura avivaba el fuego, moviendo los leños, en buena parte al rojo vivo. El catalán deslizó unas cuantas patatas entre las brasas, que procedió a recubrir de ceniza. A continuación, extrajo de sus envolturas los solomillos, que colocó sobre unas parrillas de bisagra, provistas de un gran mango.

—Por lo que a la carne respecta, prefiero esperar —manifestó—. Y las patatas necesitarán de veinte a veinticinco minutos para quedar a punto.

Después de poner cerca del fuego los solomillos, enjaulados entre las dos caras de las parrillas, el hombre fue a sentarse junto a un extremo de la mesa, remojándose la garganta con un buen trago de licor.

—¿Te parece bien la casa? —preguntó a Epaulard.

—Sí.

—Bueno, todavía tienes que estudiar las cartas y lo demás. ¿Quieres leer la primera?

—Eso puede esperar.

—¿Has dado con algo que no te parezca bien?

Epaulard, de pronto, quiso mostrarse socarrón.

—La vecindad de las mujeres jóvenes y bonitas me turba mucho...

—Yo no soy una mujer joven y bonita: yo soy una puta, sencillamente —señaló Cash.

—¡No exageres, Cash! —exclamó el catalán.

—Yo soy una entretenida —explicó Cash—. Aquí tenemos esta casa, por ejemplo... Debierais bendecir al estúpido que me la ha prestado por todo el invierno, que él ha de pasar en Estados Unidos, perfeccionándose en las técnicas del marketing y del racket. ¡Al diablo con ese idiota!

—Y además, ella no se deja tirar así porque sí —bromeó Buenaventura.

—En efecto —confirmó Cash.

—Me habíais ocultado eso.

—Pues sí —medió Cash—. Pese a todo, no hay por qué creer que soy inaccesible.

La joven miró ahora con mucha frialdad a Epaulard.

El cincuentón no sabía qué pensar. Su mente se inclinaba hacia lo fácil siempre, y se dijo que aquella mujer era una cerda más, con la que se acostaría en cuanto se lo propusiera, donde se le antojara, sobre un montón de paja, incluso. Vació su vaso y clavó la mirada en el tablero de la mesa.

—¿Se puede saber por qué te has embarcado en una aventura como la presente?

Cash hizo una mueca irónica.

—Yo soy partidaria de la armonía universal —declaró—, y del fin del lamentable estado civilizado. Bajo mi apariencia fría y afectada se esconden y agitan las llamas del odio más ardiente orientado hacia el capitalismo técnico—burocrático, que tiene el coño en forma de urna y la cara como una papeleta de votar. ¿Es necesario que siga?

Epaulard, que había abierto mucho los ojos, no apartaba la mirada de ella.

—No te enojés, camarada —dijo Buenaventura— A esta mujer no hay quien la entienda...

X

Treuffais se despertó sobresaltado. Estaba sonando el teléfono. Se levantó para atender la llamada.

—Marcel Treuffais al habla.

—Soy Buenaventura Díaz.

—¿Dónde te encuentras?

—Estamos de vuelta. Nos encontramos en casa de mi amigo, quien lo ha encontrado todo bien, a punto. Ahora intentará organizar la cuestión de los automóviles, y si esto se resuelve, sobre la marcha podríamos preparar la cosa para este viernes.

—¡Este viernes!

—¿Qué es lo que piensas tú? ¿Por qué no el viernes?

—No se ha... En fin, sí, de acuerdo, está bien —contestó Treuffais, echándose con la mano libre los cabellos hacia atrás, que caían sobre su frente, que le tapaban parcialmente los ojos.

—Nos veremos mañana, en tu casa. Avisa a los otros.

—Sí.

—Hasta la vista. Salud. André y yo hemos de poner a punto muchos detalles todavía.

—Está bien.

El catalán colgó, volviéndose hacia Epaulard. Este se encontraba sentado en su sillón de falso consejero jurídico. Había retirado todo, y usaba una de las batas como mantel de la mesa, dedicándose a desmontar las armas automáticas para asegurarse el buen funcionamiento de las mismas.

—Este Treuffais resulta raro, a veces —comentó Buenaventura.

Epaulard levantó la mirada.

—¿Tiene miedo?

—No lo sé. No es ése el problema. Te vas a reír, pero he de confesarte que no estoy muy seguro de que políticamente se sienta de acuerdo...

—¿Por qué he de reírme yo?

—Pues porque tampoco tú te muestras de acuerdo políticamente —declaró Buenaventura—. Y sin embargo, vas camino de montar el golpe. Ya te lo dije: la desesperación.

—Deja de joderme ya, camarada. ¿Podemos contar con Treuffais? ¿Sí o no?

—Treuffais es mi amigo —contestó Buenaventura.

—Eso no es lo que yo te he preguntado.

—Pues eso es lo que yo te respondo.

—En tal caso —señaló Epaulard—, el golpe será cosa de cuatro.

—Tú bromeas.

—En absoluto.

—¡Pero Treuffais está con nosotros! —exclamó Buenaventura—. Él redactó la parte esencial del manifiesto. Es él quien... No, no. ¡Qué mierda! Tú bromeas.

El catalán se había puesto a pasear por el despacho, dando grandes pasos. Unos negros mechones de cabellos le caían sobre los ojos; un tic nervioso había puesto sus dientes al descubierto. Se dejó caer sobre un sillón de cuero. En este momento, se oyó el timbre del teléfono. Epaulard descolgó.

—Gabinete de Epaulard, consejero jurídico —dijo, escuchando. Seguidamente, hizo una mueca, tendiendo a Buenaventura el aparato— Es para ti. Se trata de Treuffais.

—¿Qué pasa?

—Bien: quisiera verte.

—¿Para qué?

—Tengo que hablar contigo. Personalmente, si te place.

—Esta tarde, entonces. ¿Irás a mi casa?

—¿Al hotel? Si tú quieres... ¿A qué hora?

—¿A las ocho?

—Bueno. Iremos a cenar juntos. En fin, pudiera ser...

—¡Ah! Ese «pudiera ser»... —dijo Buenaventura—. ¿En eso estamos? Bueno, de acuerdo. A las ocho.

—Salud. Hasta luego.

El catalán no respondió. Treuffais continuaba al otro extremo del hilo. Buenaventura lo oyó respirar.

—¡Hola! ¿Estás ahí?

Buenaventura colgó. Epaulard le observaba con un gesto de sagacidad en el rostro.

—¿Nos deja, acaso?

—Lo ignoro. Puede ser. Procuraré verlo enseguida.

—Bueno —dijo Epaulard—. Mañana volveremos a hablar de esta cuestión. Yo voy a echarme un poco. Tendré que ir a Ivry a por las municiones y los vehículos. Si tu amigo renuncia, ponte en contacto con Meyer y D'Arcy, a quienes habrás de decir que mañana por la tarde nos veremos aquí.

Rápidamente, el cincuentón acabó de montar las armas automáticas, que envolvió con las batas, haciendo con todo una especie de fardo, que colocó en el armario metálico color oliva. Los dos hombres se sirvieron a continuación sendos vodkas y abandonaron el despacho, marchando cada uno por su lado.

XI

Epaulard vendió su Cadillac en Ivry aquella misma tarde (lunes), consiguiendo a cambio doscientos cincuenta cartuchos 32 ACP, que las Marnuhin aceptarían sin problemas, y la promesa de disponer, el viernes, a las dos de la tarde, de un viejo Jaguar verde, de chapa completamente herrumbrosa, pero que resistiría todavía perfectamente algunos cientos de kilómetros, junto con una carta gris no demasiado sospechosa.

Además, como hombre práctico que era, Epaulard exigió unas cuantas latas de aceite de reserva, y habiendo observado que el freno de mano no funcionaba en absoluto, procuró fijar en su mente que tendría necesidad de adquirir un buen calzo de madera, por si se veía obligado a aparcar en una zona en cuesta.

Epaulard aprovechó esta visita a Ivry, y las consecuentes negociaciones, para hacer una excelente comida en un mesón, con el gitano que le vendía el Jaguar, recordando los viejos tiempos, vividos junto al Mediterráneo, los tiroteos con los pistoleros SFIO y los miembros de la Gestapo, emboscados en la DGER, con resultados razonables en cuanto a las bajas y los supervivientes. Volvió a su casa algo achispado y de bastante buen humor.

Hacia la misma hora, Buenaventura y Treuffais se entrevistaban en la habitación del catalán. Treuffais anunciaba su propósito de no participar en el golpe, dando a conocer sus motivos. Los dos hombres sostuvieron una conversación bastante breve, pero áspera y desesperante. Los amigos dejaron ahora de serlo, y no comieron

juntos. Hacia el fin de la jornada, Buenaventura avisó a D'Arcy acerca de la reunión a celebrar al día siguiente en casa de Epaulard. Le pidió que avisara a su vez a Meyer, quien carecía de teléfono.

El martes por la mañana, Buenaventura se reunió con Epaulard en casa de este último, poniéndole al corriente del abandono de Treuffais. Señaló que el desacuerdo era de orden teórico, y que, en consecuencia, no había por qué temer nada de Treuffais, que era un amigo. Nadie podía sospechar de él que estuviera en contacto con la policía. Treuffais sabría callar.

—La verdad es que esto no me gusta nada —declaró Epaulard.

—Yo me hago responsable de la lealtad de Treuffais —dijo Buenaventura, un tanto severo—. Tengo tanta confianza en él como en ti.

Epaulard reflexionó unos instantes.

—Está bien —respondió.

El martes por la tarde, Meyer, D'Arcy, Buenaventura y Epaulard, se reunieron en el despacho de este último. A Meyer y a D'Arcy les fue comunicado la desertión de Treuffais. Meyer no hizo ningún comentario. D'Arcy sí hizo unos cuantos comentarios arrabaleros, pero añadió que le daba igual. Todos estuvieron de acuerdo con el catalán: no veían en aquello ningún peligro.

Se decidió hasta el límite de lo posible la marcha de los acontecimientos a partir del momento de producirse el secuestro del embajador Poindexter. Estudiaron su proceder en el curso de los días siguientes.

En aquellos instantes, el citado Poindexter asistía a una representación de *Tristán e Isolda*, tras haber participado en una

recepción dada en los salones del Hotel Jorge V. El embajador era un tipo alto, con el cráneo en punta y despejado; detrás de sus gafas de montura de oro brillaban unos ojos de color azul líquido. Tenía en el rostro una perpetua expresión de ligero asombro, de interés auténtico, un gesto que revelaba su complacencia ante una grata compañía. La música de Wagner modificaba ligeramente esta fisonomía. El interés se imponía sobre el asombro; su aire complacido se esfumaba. Todo esto se hallaba cuidadosamente dosificado. Su mujer se encontraba junto a él. Era una persona también de buena planta, con un cuello descarnado y dientes de caballo. Quienes tenían que alternar con ella se habían puesto de acuerdo para encontrarla bella y con clase. Se enojaba con frecuencia, pero sus enfados, desde hacía más de cuarenta años, no eran tenidos en cuenta. Formaban una pareja distinguida. Dormían en distintas habitaciones. Defecaban una vez al día. En el palco sólo estaban ellos. Pero detrás de la puerta de acceso se encontraban dos policías rubios, jóvenes, de aire resuelto y fuerte complexión, entrenados por el FBI y la NSA. Otros dos guardaespaldas ocupaban, fuera, un DS 21, aparcado no lejos de la Ópera. Un quinto policía, vistiendo el uniforme de chófer, fumaba un Pall Mall junto al Lincoln oficial.

En el despacho de Epaulard, Buenaventura hacía circular unas fotografías de Poindexter, sacadas de las páginas de unas revistas americanas, varias de ellas en color. La reunión terminó poco después.

Los terroristas permanecieron en sus casas el miércoles. Verónica Cash, no obstante, sacó del garaje su enmohecido Dauphine, comenzando a ir de un lado para otro. En un sitio compraba unos botellines de cerveza y dos paquetes de tallarines, en otro cinco kilos

de patatas y un jamón, allí vino, aquí conservas de carne, u otra cosa cualquiera, y así sucesivamente. De vez en cuando, hacía un viaje de vuelta a la finca para descargar sus compras. Los productos perecederos iban a parar a un congelador; lo demás iba dejándolo almacenado en el antiguo establo.

El jueves, nadie hizo nada. Treuffais se encontraba tendido en su cama, fumando incesantemente. La estancia olía a tabaco frío, a tabaco caliente, a pies sucios; el joven lucía una barba de tres días. Se mordía las uñas. Intentaba concentrarse en la lectura, pero sin éxito. Se levantó una vez para coger el teléfono y llamar a Buenaventura... Colgó el auricular antes de haber terminado de marcar el número del Hotel Longuevache.

El comando anarcoterrorista secuestró al embajador de Estados Unidos el viernes.

XII

Epaulard recogió el Jaguar verde y su documentación, en Ivry, a las dos de la tarde. El automóvil era del año 1954. Su suspensión resultaba nefasta; el ácido que había ido saliendo de las sucesivas baterías, había provocado algunos agujeros en el mamparo que separaba el motor del habitáculo. Una corriente de aire invernal alcanzaba a Epaulard en las rodillas.

Una vez en París, localizó a sus compañeros en la plaza de Italia. Todos subieron al coche. Epaulard dejó el volante a D’Arcy. Al alcohólico le temblaban las manos. Nada más posarlas sobre el volante, sin embargo, el temblor cesó. El coche enfiló sin prisas el camino de la Puerta de Italia. D’Arcy se estaba familiarizando con la mecánica. Los cuatro hombres fumaban continuamente, tirando sus colillas al suelo del automóvil. D’Arcy los llevaba ahora por la autopista del Sur; se estaba animando; pisó más el acelerador... Sin llegar a los ciento veinte kilómetros por hora, el coche comenzó a iniciar leves bandazos y a vibrar. D’Arcy profirió un gruñido, agarrándose nerviosamente al volante. Al aumentar algo más la velocidad, las vibraciones se hicieron espantosas. La parte de atrás se balanceaba más que Sofía Loren. El conductor levantó el pie, volviendo a los cien kilómetros. Después, se secó el rostro, cubierto de sudor, con una manga.

—Ese Pepito ha sido un marrano —comentó Epaulard—. Me aseguró que alcanzaría sin dificultades los ciento cuarenta.

—Bueno, con los caminos que hemos de utilizar —dijo D’Arcy—, pocas serían las ocasiones que se nos presentarían para ir a tal velocidad. Hemos de arreglarnos con lo que tenemos.

Abandonó la autopista en Longjumeau, dirigiéndose de nuevo a París a lo largo de todo tipo de caminos y calles, viendo cómo se comportaba el coche en distintas situaciones, en los virajes, durante el frenado, sobre el adoquinado. Finalmente, entraron en París por la Puerta de Orléans.

—Las cinco menos veinte —puntualizó Epaulard—. Vayamos a lo nuestro antes de que empiecen los embotellamientos.

A las cinco de la tarde, el Jaguar quedó hábilmente estacionado en el tercer sótano del parking Campos Elíseos—Jorge V. Después de cerrar las portezuelas, tomaron el ascensor para salir de allí, y luego el Metro hasta la Concordia. Seguidamente, subieron al apartamento de Epaulard para esperar.

—Es muy práctico tu alojamiento —observó D’Arcy—. Se encuentra a dos pasos de la embajada.

Se instalaron en el despacho para jugar al fuck—you—buddy con cerillas de la cocina a modo de fichas. Conforme iban pasando los minutos, los jugadores se ponían más nerviosos. D’Arcy y Meyer acabaron por abandonar la mesa, instalándose en el dormitorio de Epaulard. El alcohólico permanecía inmóvil, silencioso, fumando, sin hacer nada, con las manos animadas por un incesante temblor. Meyer se había sentado sobre la cama, apoyado en un codo, y leía *Les morts s’en foutent*, de Jonathan Latimer. Poco reconfortante resultaba aquel título... Epaulard y el catalán se quedaron en el despacho, jugando a los Sables Móviles. En este juego, la carta en mano es variable cada vez, convirtiéndose en comodín si queda

apareada con una carta descubierta. Buenaventura ganaba casi siempre.

—Para todo eres igual de exagerado —afirmó Epaulard.

—Yo me gano el pan con el póker —repuso el catalán—. Es mi única fuente de ingresos honesta.

—¡La llamas honesta!

Buenaventura se rió, irónico.

—No irás a quejarte, ¿eh? Aquí no nos jugamos dinero. D’Arcy salió de la habitación.

—Son las siete. Podríamos tomar un bocado...

—Por si te sirve el aviso de un especialista: de comer, nada. Es mejor tener el vientre vacío, por si te meten una bala en él —manifestó Epaulard.

—No dejan de ser consoladoras esas palabras —comentó D’Arcy.

—Para contar —dijo Epaulard a Buenaventura, igualando el montoncito de cerillas.

—Tres jotas.

—¡Mierda!

El catalán se apoderó de las cerillas. D’Arcy, viendo que nadie se ocupaba de él, regresó a la habitación echando pestes. Un poco más tarde, hacia las ocho, Epaulard anunció que había llegado el momento de poner manos a la obra. D’Arcy abandonó la casa provisto de un mango de destornillador y una serie de láminas intercambiables. Se paró en un extremo de la calle para tomar un Ricard en un bar. Luego, a pie, se encaminó a la plaza de la

Concordia, prosiguiendo su desplazamiento en dirección a L'Étoile. Iba observando los automóviles por allí estacionados. No lejos del Petit Palais, descubrió un Cónsul break. Tenía una de las ventanillas entreabierta. Entró en el vehículo. Necesitó sus buenos diez minutos para cerrar el contacto y desbloquear el volante. Arrancó y se incorporó a la circulación, todavía bastante intensa, dando unas cuantas vueltas antes de ir a parar a la calle de Rivoli en el sentido este—oeste. Después de encontrar un lugar donde aparcar, tomó otro Ricard, éste doble, y se plantó en la casa de Epaulard.

—Démonos prisa —aconsejó— Me he situado en una parada de taxis.

—¡Pedazo de gilipollas! —exclamó Epaulard, tendiendo un arma automática al alcohólico.

Los otros estaban preparados, con sus pistolas encima. Calzaban zapatillas deportivas, excepto Epaulard, quien llevaba zapatos de cuero. Iban de jersey y chaqueta. Bajaron rápidamente las escaleras, alcanzando la calle de Rivoli. Se estremecieron con la bocanada de aire frío de la calle. Después, montaron en el Cónsul, dirigiéndose a l'Étoile.

Las nueve y diez minutos.

Plaza de L'Étoile. Circulación fluida; una ligera y helada llovizna. Dieron la vuelta. El Cónsul enfiló la avenida Kléber. Epaulard iba contando los semáforos en rojo.

—El próximo, a la derecha.

—Ya lo sé —dijo D'Arcy.

Con los ojos entreabiertos, Epaulard iba escrutando los vehículos estacionados, las aceras.

—¡Ahí! ¡Para!

El Cónsul franqueó el cruce. Su conductor puso el intermitente, deteniéndose el coche en el paso para peatones. Epaulard y Buenaventura se apearon.

—Cinco minutos exactamente y entra Meyer —dijo Epaulard—. Cinco minutos más y detienes el coche en doble fila, delante del sitio.

—Enterado —replicó D’Arcy.

La portezuela fue cerrada con fuerza. El Cónsul arrancó para hacer un breve recorrido, que lo llevaría al mismo punto unos minutos más tarde. Epaulard y el catalán echaron a andar por la calle del burdel. La primera puerta, en lo alto de tres peldaños, era de madera oscura barnizada, y tenía una ventanilla. Unas letras minúsculas, en metal dorado, prácticamente invisible, componían dos palabras: CLUB ZERO. Epaulard apretó el botón del timbre brevemente, y esperó.

A cincuenta metros de allí, en el Triumph Dolomite que el embajador Poindexter utilizaba para su escapada semanal, y que se hallaba convenientemente estacionado al lado de la acera, el agente Bunker abandonó la lectura de *Ramparts* para examinar a los dos hombres que acababan de llegar a la entrada del prostíbulo. Se fijó en que uno de ellos calzaba zapatillas de baloncesto. Tocó con el codo al agente Lewis, algo amodorrado junto a él, y apuntó con el mentón a lo que había suscitado su interés.

—Un viejo verde con su putita —calculó el agente Lewis.

El ventanillo de la puerta se abrió, dejando ver una cara morena, una cabeza bien peinada, unos ojos arreglados, los labios prominentes.

—¿Señores?

—Hace mucho tiempo que no vengo por aquí —explicó Epaulard, cortésmente—. Usted y yo no nos conocemos, y me imagino que no me permitiría entrar fiándose tan sólo de mi bella cara. No soy miembro del club, pero cuento con la recomendación de amigos cuyos nombres conoce madame Gabrielle.

A título de ejemplo, facilitó el pueril apodo aplicado a un senador en los años cincuenta, la fecha en que frecuentaba el establecimiento.

—Un momento, por favor, señor —dijo la mujer morena, cerrando la ventanilla.

Epaulard echó un vistazo a su reloj. Habían transcurrido ciento diez segundos. Pasaron aún treinta más... Luego, la puerta se abrió. Una señora vestida con un traje sastre Chanel se plantó en el umbral. La otra estaba un poco retirada. A espaldas de las dos mujeres se veían unas colgaduras o cortinas corridas.

—Su cara no me dice nada —declaró madame Gabrielle—. Pero si usted conocía a Bichon... Podría acogerle en el bar, señor...

—Lucas —contestó Epaulard—. Y éste es Georges, mi protegido.

Buenaventura besó la mano de la dama, que se mostró moderadamente encantada por su gesto.

—Está bien. Entren.

Dejando atrás las cortinas, se encontraron en un vestíbulo en falso estilo Luis XV, del cual ascendía una escalera de caracol. Madame Gabrielle guió a los recién llegados hasta una puerta de aquella planta baja. Fueron a parar a un bar discretamente iluminado, en el

que imperaba el mismo falso estilo Luis XV de antes. Había flores de lis en los vasos, y un teléfono rojo sobre el mostrador. Tras éste se veía un barman, con chaqueta blanca, un hombre bien plantado, con una calvicie algo más naciente y un espeso bigote. Se parecía al saxofonista Guy Lafitte. Frente al mostrador, acomodado en uno de los taburetes, un joven alto, de cabellos rubios y peinado a cepillo, con una copa de Chartreuse ante él, leía *The Greening of America* edición de bolsillo. Diez minutos habían transcurrido desde el momento en que Epaulard y Buenaventura abandonaran el Cónsul. Madame Gabrielle consideró atentamente la figura del catalán. Su porte y apariencia le inspiraron desconfianza.

—Usted ya habrá advertido el aire de simple, la rudeza, yo diría, de mi protegido —le susurró Epaulard.

La patrona del burdel le miró por el rabillo del ojo. Éste sí que era un auténtico hombre de mundo. Se tranquilizó un poco.

—La primera copa es por mi cuenta —dijo la mujer, dispuesta a colocarse al otro lado del mostrador.

En este momento, el agente Ricardo apartó discretamente su mirada del libro de bolsillo para echar un vistazo a los recién llegados. No se le escapó el bulto del bolsillo de Buenaventura, calculando inmediatamente que el joven era portador de un arma. Una de sus manos se perdió en el interior de la americana.

Epaulard asió una de las patas del taburete y lo invirtió. El agente Ricardo disparó a través de su bolsillo. La bala fue a alojarse al techo. La detonación, apagada por el tejido, podía ser confundida con la expulsión de un tapón de champaña. Epaulard, sin perder un segundo, asestó un fuerte golpe en el cráneo del americano con la

culata de su arma. Simultáneamente, Buenaventura había sacado su pistola del 7.65, apuntando al barman.

—No se te ocurrirá tirarte bajo el mostrador —le advirtió—. Da la vuelta y pon las manos contra las botellas. Los puños, cerrados. No extiendas los dedos para nada.

El barman obedeció. Madame Gabrielle se mantenía completamente inmóvil.

—Aquí no hay dinero —dijo.

—Es usted una embustera, mi querida señora —le contestó Epaulard.

Éste retrocedió con viveza hacia la puerta de acceso al bar. Una de las empleadas del establecimiento había acudido allí atraída por el ruido, y nada más asomar la cabeza, Epaulard le dio un puñetazo en la mandíbula, y la joven se derrumbó pesadamente, como si se tratara de un saco.

Dos minutos y medio.

Epaulard continuó retrocediendo, franqueando el umbral del bar. Tendió una mano y arrancó las colgaduras de la entrada. La mujer morena, el agente Ricardo y el barman (previamente golpeado en la nuca con un manguito), quedaron enseguida atados y amordazados. Epaulard se volvió hacia la patrona del local.

Tres minutos y medio.

—¿Cuántas personas se encuentran en el interior de su palacio en estos instantes?

La mujer permaneció en silencio. Epaulard empuñó el cuchillo que el barman había estado utilizando para cortar los limones. Se acercó a ella.

—Tengo prisa. Contésteme si no quiere que le ensanche la boca con esto.

—Hay tres clientes y tres chicas —dijo la mujer, rápidamente—. Todavía es muy temprano —explicó.

—¿Esperas la llegada de otros?

—Sí.

—¿Para cuándo?

La patrona fijó la vista en el cuchillo.

—De un momento a otro estarán aquí... Sería mejor para ti que pasaras de todo, amigo.

—¿En qué habitación se encuentra el embajador Poindexter?

—¿Estáis aquí por él? ¿Sois izquierdistas?

—¿En qué habitación está?

—En la cámara azul —suspiró la patrona del burdel.

—¿Dónde queda esa cámara azul?

Cuatro minutos.

—En el primer piso. La segunda puerta, a la derecha.

—Conforme —dijo Epaulard, reuniendo lo que había quedado de las cortinas.

—No saldréis bien de esto —advirtió la mujer—. Dispongo de buena protección. No hay nadie capaz de hacerme esto sin pagar un alto precio. Sería mejor que vosotros... ¡Oh! Se lo ruego, por favor. Soy muy nerviosa... No me amordacen. Tengo miedo de asfixiarme.

—Ven aquí...

Epaulard ató a la mujer. Después de envolverle la cabeza con las cortinas, hizo unos nudos. La patrona gemía confusamente.

Cinco minutos.

Meyer llamó a la puerta de la casa de citas. En el Triumph Dolomite, el agente Bunker se inclinó hacia delante.

—Otro joven calzado con zapatillas deportivas —observó en un tono apremiante—. Debiéramos acercarnos a echar un vistazo. Esto me huele mal.

—¡Oh, qué diablos! —exclamó el agente Lewis, distraídamente, poniendo el contacto.

Allá abajo, la puerta del burdel se abrió. Meyer entró en el local, siendo recibido por Epaulard.

—Tú vendrás arriba, conmigo —dijo el cincuentón—. Buen está en el bar, vigilando.

Enfrente del prostíbulo, en el número 2 de la calle, en el primer piso, un pálido truhán llamado Bouboune, supernumerario de una sección interna del SDECE, contemplaba la calle con su cámara Sankyo y su litro de Corbières. De pronto, notó con interés, pese a sus continuas libaciones, que el Triumph del embajador americano arrancaba, colocándose despacio a la altura del Club Zero.

Primer piso, y segunda puerta a la derecha... Epaulard y Meyer irrumpieron silenciosamente en la cámara azul empuñando sus armas. El embajador Poindexter hizo un gesto que delataba su enorme sorpresa. No se había «lanzado» todavía... Acomodado en un sillón, vestido, congestionado, con una copa en la mano, observaba a su chica preferida, desnuda casi por completo, que en aquellos momentos se quitaba lentamente las medias. Se trataba de una rubia extraordinaria, de piel muy blanca, de mejillas hundidas y una expresión más bien displicente. Ahogó un chillido y se quedó estática, con las cejas enarcadas. Meyer encañonó a Poindexter con su automática.

—No se muevan, ¿eh? —ordenó Epaulard, a media voz.

Se colocó detrás de la joven.

—Tú no te preocupes —le dijo—. Nosotros no somos gánsters ni sádicos. Relájate. Te voy a dar un golpe, pero no te dejaré ninguna señal.

La joven encajó la situación con filosofía. Epaulard le asestó un golpe en la nuca y al desplomarse la retuvo, tocando, complacido, sus firmes senos. La tendió sobre el lecho, atándola con sus vestidos. Le colocó una media entre los dientes y le cubrió con la otra la cabeza.

—¡Por favor! —exclamó Poindexter.

—¡A callar! Nadie te hará daño si obedeces. ¿Entiendes el francés?

—Sí, sí, perfectamente.

Al embajador le temblaba la voz.

—Tenga piedad —insistió—. Soy un hombre casado.

—¡Silencio! Ponte en pie. Meyer: echa a andar delante de él. Hasta la salida. Después, síguele. ¡En marcha! Obedece y todo irá bien. Si no obedeces, te mataré. ¿Has comprendido?

—Sí. Por favor, tengan piedad.

—Cállate. Andando. Más rápido.

Ocho minutos.

El grupo se plantó en el bajo. Se oyó el timbre de la puerta de la entrada. Epaulard empujó a Poindexter hacia el bar.

—Cuida de él, Meyer. Arranca los cables del teléfono. Voy a abrir. Sigue ahí, Buen.

La mano derecha de Epaulard continuaba empuñando la pistola. Ahora la había ocultado tras la espalda. Procedió a abrir la puerta. El agente Bunker se encontraba plantado en el umbral. Examinó a Epaulard de pies a cabeza.

—¿Usted es el señor...? —inquirió el cincuentón.

—¿Quiere usted comunicar a madame Gabrielle que hay un mensaje extraordinariamente urgente para el americano? —inquirió el agente Bunker, con un marcado acento extranjero.

—Con mucho gusto —respondió Epaulard, quien por encima del hombro del agente Bunker estaba viendo el Triumph estacionado en doble fila, con el motor en marcha y un hombre al volante— Haga el favor de pasar. Tendrá que esperar unos instantes en el bar.

Ocho minutos y cuarenta segundos.

D'Arcy había dado fin a su segundo recorrido, anticipándose un poco. Se paró en el paso de peatones, en la esquina de la avenida

Kléber. Desde allí veía la puerta de la casa de citas, abierta, con un hombre en lo alto de los peldaños. Frunció el ceño.

—No, gracias —dijo Bunker, al mismo tiempo que daba un paso atrás.

Aceptando el riesgo que el golpe conlleva, Epaulard batió el cañón de su arma salvajemente contra el hombre, alcanzándolo en el epigastrio. Bunker profirió un impresionante suspiro, cayendo hacia atrás. Epaulard hubiera deseado sujetarlo por el cuello para atraerlo hacia el interior, como si no ocurriera nada, pero no tuvo tiempo. Su mano se cerró sobre la corbata a rayas del agente, que se balanceó un instante, colgando de ella. Inmediatamente, Epaulard soltó su presa, y el agente Bunker cayó de espaldas sobre la acera, perdiendo su sombrero.

D'Arcy avanzó con su Cónsul...

Bourboune, el truhán, cogió su cámara.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Traedle! —gritó Epaulard, dirigiéndose a sus compañeros, pues estaba viendo acercarse el Cónsul.

Simultáneamente, el agente Lewis bajó de su Triumph por el lado de la calzada, y encañonó al antiguo resistente con un S & W Bodyguard Airweight. Epaulard hizo fuego en el acto. El parabrisas del Triumph se hizo añicos. El agente Lewis se lanzó sobre el asfalto. D'Arcy, que llegaba, en lugar de detenerse, pisó bruscamente el acelerador, aplastando al hombre.

—Todo sea en aras de la discreción —declaró, parando el Cónsul.

El truhán Bouboune había puesto su cámara en marcha y, muy excitado, estaba filmando cuanto estaba ocurriendo en la calle.

Al ruido del disparo, se abrieron varias ventanas, dos o tres, quizá, en las fachadas de los inmuebles. Y, haciendo un gran ruido con sus motores, dos policías motoristas salieron por la puerta de la cochera, en el otro extremo de la calle, dirigiéndose a toda velocidad hacia el burdel, del cual salían ahora Meyer, Buenaventura y Epaulard, arrastrando al embajador, rígido como un palo a consecuencia del pánico.

—¡Cierra el pico! —chilló Epaulard a D’Arcy, quien acababa de decidir rendirse, puesto que todavía estaban a tiempo, ya que no se había producido ninguna muerte aún (bueno, así lo esperaba).

—¡Al diablo todo! —replicó D’Arcy, apeándose del Cónsul y abriendo fuego sobre los motoristas.

La primera bala pasó a demasiada altura. La segunda alcanzó al primer policía en un hombro, y éste rodó aparatosamente con su máquina por el suelo. La pistola, ahora, se encasquilló.

—¡Demonios! ¡Esto es peor! —chilló Epaulard, apuntando con su arma.

—¡Fuego, coño! —añadió Buenaventura, que poseía el sentido de la oportunidad.

Los dos hombres dispararon en dirección al segundo motorista, que saltó por el aire como si actuara en la cuerda floja.

En su ventana, Bouboune, el hampón, saltaba de júbilo y continuaba filmando.

La moto del policía saltó de un bordillo a otro de la calle, causando grandes abolladuras en los vehículos aparcados. Después, se quedó inmóvil, tumbada de costado.

Nueve minutos y medio.

El motorista herido en el hombro se retorció en medio de la calle. El segundo policía se encontraba tendido, inconsciente, sobre el capó de un 404. El herido sacó su arma. Meyer y Epaulard, sin la menor delicadeza, colocaron al embajador en la parte posterior del Cónsul. De pie, cerca del coche que Buenaventura rodeó rápidamente para situarse a la derecha del conductor, D'Arcy observó los movimientos convulsivos del policía herido, que parecía muy decidido a efectuar una andanada. Guardándose en un bolsillo la automática encasquillada, el alcohólico extrajo de su americana un tirachinas Manufrance de cuerpo de aluminio, que procedió a cargar con una bola de acero, estirando a continuación la goma. «Es imposible», pensó el motorista. «No es posible que este tipo me apunte con un tirachinas...» Pero oyó el ruido de la goma al ser soltada, y la bola de acero le alcanzó en el centro del casco, perforándole la cabeza. El motorista cayó de bruces, muerto.

D'Arcy subió al Cónsul. Todos se hallaban ya en el coche.

—¡Piedad! ¡Piedad! —continuaba gimiendo el embajador.

Sus palabras irritaban a los secuestradores más aun que lo que estaba ocurriendo.

D'Arcy dio marcha atrás a toda velocidad. El agente Lewis, que se encontraba bajo el vehículo, medio muerto, lanzó un escalofriante aullido cuando los neumáticos delanteros pasaron nuevamente sobre su cuerpo. El coche llegó hasta la esquina de la avenida Kléber. Después, avanzó normalmente, virando en aquélla. Luego, enfiló el camino de l'Étoile a alta velocidad. Eran las diez menos veinte de la noche.

—Ahora, soy un asesino —declaró D’Arcy.

—No te excites —dijo Epaulard—. Has derribado a un agente americano y golpeaste a un policía.

—He matado al policía.

—¿Con un tirachinas?

—Lo maté —repitió D’Arcy, con voz tranquila—. Quisiera emborracharme hasta perder el conocimiento.

—No es éste el momento más indicado para ello —indicó Buenaventura.

A las diez menos cuarto, el Cónsul entró en el aparcamiento de los Campos Elíseos. Cambiaron de coche en el tercer sótano. Convenientemente atado y amordazado, con un saco sobre la cabeza, el embajador Poindexter quedó instalado en el portaequipajes del Jaguar verde. Epaulard se dedicó a lustrar cuidadosamente el volante y los mandos del Cónsul, así como las empuñaduras de las portezuelas. Se unió inmediatamente a los otros en el Jaguar, que dejó en el parking por la salida correspondiente a la avenida Jorge V. Enfilando la vía de la orilla derecha, el coche alcanzó el bulevar periférico pocos minutos después de las diez. Abandonó París por la puerta de Bercy, sólo unos momentos antes de que la misma quedase custodiada por fuerzas de la policía, ya alertadas en toda la ciudad, que se movían de un lado para otro en la noche.

Ahora todo parecía menos frenético. No obstante, las cosas resultaban más complicadas. El extrarradio constituía una red de calles, de las que Epaulard había hecho un itinerario detallado. Más allá de Chelles, a través de la campiña, que se iniciaba, eran abundantes los caminos de importancia secundaria. Las fuerzas del

orden no podían montar obstáculos en todas partes. Poco después de la medianoche, tras haber invertido más de dos horas en recorrer menos de sesenta kilómetros en línea recta (aunque más del doble en el contador), el Jaguar verde llegaba a la pequeña granja de Couzy. En este momento, comenzó a nevar.

XIII

El ministro del Interior partió, el viernes, después del almuerzo, para pasar un largo fin de semana en su castillo de Indre—et— Loire. Cuando a las diez y diez minutos se disponía, con cierto desagrado, a ver por la televisión un debate sobre el aborto, fue informado telefónicamente del secuestro de Richard Poindexter. Su jefe de gabinete ya había convocado en la plaza Beauvau a los representantes de la Policía, del Ejército, de la Gendarmería y de los Servicios de Información generales. Había dado la orden de que se establecieran controles urbanos y de carretera, de acuerdo con el plan establecido para unas circunstancias semejantes. Habían sido alertados el primer ministro, el Elíseo y el Ministerio de Asuntos Exteriores. El ministro del Interior aprobó las referidas medidas, y pidió un helicóptero. Mandó encender los proyectores adecuados sobre el césped del castillo, y no tardó en surgir de la bóveda espacial un SA 316. El ministro se encontraba en su despacho a las once y media de la noche, habiendo sido informado entretanto por radio del desarrollo de los acontecimientos, registrándose, por otra parte, pocos progresos en las indagaciones, por no decir ninguno.

En el mismo momento, Marcel Treuffais, con los nervios de punta, y tras haber escuchado las informaciones de las once, que no decían nada acerca del secuestro, se fumó su último Gauloise, y salió a comprar más. Se dirigió a pie a la plaza de la Convención, donde encontró un estanco abierto, en el que adquirió cuatro paquetes de cigarrillos. Cuando abandonaba aquel local, dos motoristas pasaron a buena velocidad por el cruce, dirigiéndose al oeste. Treuffais sintió

una punzada en el estómago. Los siguió con la mirada y entonces descubrió que había sido colocado un control a unos centenares de metros, en el cruce de la calle Lecourbe con la de la calle Convención.

Cuando volvía sobre sus pasos, le pareció ver otro en la calle Vaugirard, a medio kilómetro hacia el norte. Sintió un nudo en la garganta; su corazón latió más deprisa; se apresuró a regresar a casa. Puso de nuevo su viejo Radialva, a tiempo de poder escuchar un comunicado del Ministerio del Interior, que interrumpía la emisión de Pop Club.

«Esta noche, en París, cuando salía de un club en el que había estado cenando, Richard Poindexter, embajador de Estados Unidos en Francia, fue atacado y secuestrado por un comando desconocido que abrió fuego sobre las personas que rodeaban al diplomático. El chófer de éste resultó gravemente herido, así como un policía francés, muriendo otro de la misma nacionalidad. Las primeras investigaciones realizadas por las autoridades ya permiten afirmar que este atentado ha sido obra de quienes, impulsados por su locura o sus cálculos personales, han decidido, cueste lo que cueste, sembrar el desorden. Tales hombres no deben confiar nunca en supuestas debilidades del Estado, ni esperar la menor clemencia, si no renuncian a proseguir con su mal proceder, el cual merece tan sólo la censura y el rechazo más contundente por parte del pueblo francés.»

Un periodista, actuando en directo desde la plaza Beauvau, agregó unos comentarios relativos al control de distintos puntos de la ciudad, anunciando el envío inminente por parte de Estados Unidos de un representante de su gobierno. Treuffais fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Probó suerte con otras emisoras, que difundían en

aquellos momentos música y espectáculos, volviendo sobre France Inter, que presentó la actuación de Gato Barbieri, a la que siguió la entrevista celebrada con un explorador, a propósito de un libro que éste acababa de publicar.

A medianoche, la radio volvió a dar el comunicado del ministerio. Fueron añadidos algunos detalles sobre las idas y venidas de diversas personalidades, pero nada sobre la acción del comando en sí. En *Europa n.º 1* y la *RTL*, habían dicho lo mismo. Cuando finalizaron las informaciones, Treuffais se dijo que todo aquello no constituía un motivo para cambiar de hábitos. Pasó a la onda corta, dio con «La Voz de América», y localizó otra más personal, cálida y bella, la de Willis Conover. La hora de jazz iba a ser consagrada a Don Cherry. Treuffais decidió instalarse lo más cómodamente posible, abrió una botella de cerveza y prestó atención a la música.

En la pequeña granja de Couzy, Buenaventura escuchaba la misma música, pero con distinta actitud de ánimo. Poindexter había sido obligado a engullir dos comprimidos de Nembutal y sesenta gotas de Nozinan. El hombre estaba K.O. Lo habían acostado en una de las habitaciones de dos camas del piso. Meyer estaba de guardia a su lado, armado de pistola. Buenaventura se encontraba en la sala, en compañía de D'Arcy, que se dedicaba a echar tragos de vez en cuando de la botella de whisky. Los dos hombres estaban devorando al mismo tiempo unos gruesos bocadillos de queso.

Epaulard y Cash se habían ido en el Dauphine de la joven, rodando en aquellos momentos por la RN 34, rumbo a París. Vieron un control montado con gradones y todo lo demás a la salida de Lagny. Pero allí eran inspeccionados solamente los vehículos provenientes de París. Siguiendo su camino, divisaron un nuevo control a las puertas de Vincennes, éste más completo. Había un coche gris, y

media docena de policías, que debían de tener sus culos helados, ya que cada vez hacía más frío. Soplaban un viento casi cortante; giraba la nieve en furiosos torbellinos, y todo se confabulaba para que fuese imposible circular rápidamente.

—A pesar de todo —dijo Epaulard—, ya es hora de estar de vuelta.

Conducía Cash. La joven no contestó.

—¿No te da miedo esto, ahora, cuando ya está hecho? —le preguntó Epaulard.

—Me importa todo un comino.

—Verdaderamente, tú estás quemada ya —manifestó Epaulard, intentando forzar una broma.

—Para decir eso, vale más que te calles.

El Dauphine cruzó París, cada vez más cubierto por la nieve, por el centro. Se deslizó por el bulevar Sebastopol, girando dos veces hacia la derecha para descender nuevamente por la calle Saint Martin. Las putas eran numerosas, pero raros los policías; se sabe que el hampa es el sostén del orden; no era en este distrito, ciertamente, por donde merodeaban los polis.

Por eso el Dauphine se detuvo allí. Epaulard y Cash, se apearon, recorriendo aquellas calles. En las proximidades de tres estancos distintos, encontraron los buzones de costumbre, en los que deslizaron unos sobres dirigidos a los principales diarios parisienses, a las agencias de prensa francesas y extranjeras, y al Ministerio del Interior. Los sobres contenían el manifiesto puesto a punto por Treuffais, Buenaventura y Meyer, reproducido con arduo trabajo utilizando un rotulador y un bolígrafo, sobre fino papel cebolla hurtado.

Entre los buzones, en una de las numerosas entradas de inmuebles que servían de refugio a las frioleras chicas, ataviadas con pieles de imitación, las cuales, sin embargo, habían de exponerse a la intemperie para ser vistas, Epaulard descubrió una fulana de extremada belleza, grande, alta, cadavérica. El cincuentón andaba ya algo trastornado por la proximidad de Cash, y estaba a punto de proponer a su acompañante que subieran por unos momentos a un hotel de citas. En su mente se fundió la imagen de la hermosa prostituta con Cash, viéndose a sí mismo entonces poseyéndolas simultáneamente. Esto fue algo fugitivo. Después de haber sido distribuidos los últimos sobres, Cash se volvió hacia él.

—¿Por qué te dedicas a mirarme con ojos de pescadilla frita? —le preguntó.

—Estoy helado de frío —dijo Epaulard, atropelladamente.

Asió a Cash y la estrechó contra él. La joven no se opuso a su acción. Se comportaba como una persona intrigada, pero no descontenta. Después, la soltó; respiraba aguadamente.

—Soy un tío viejo ya —manifestó Epaulard, irónico.

—No te sientas presumido ahora —contestó Cash—. Volvamos al coche.

Ella lo cogió del brazo, apretándose contra él con naturalidad. Después de acomodarse en el Dauphine, salieron de París, siendo detenidos momentáneamente en tres controles, para que los policías pasearan por el interior del coche los luminosos haces de sus linternas eléctricas. No se vieron retenidos. Estas paradas, con las angustias que deparaban, hacían que Epaulard se sintiera más y más emocionado. Se sentía presa de una salvaje alegría, notando que

Cash se apoyaba en él mientras conducía su Dauphine. El coche con una calefacción defectuosa, saltaba sobre la capa de nieve, acercándolos progresivamente a Couzy. Eran las tres y treinta minutos del sábado.

XIV

El ministro del Interior durmió escasamente durante la noche del viernes al sábado. Se entrevistó con los representantes de la Policía, de la Gendarmería, del Ejército y de los Servicios Generales, publicó un comunicado, se informó de las circunstancias exactas en que se había producido el secuestro; ordenó que una guardia se encargara de la custodia de madame Gabrielle y su personal, así como de los dos clientes presentes en su casa en el momento de producirse la acción, y diversas *call—girls* del prostíbulo. Colocó al frente de las investigaciones al comisario Goémond, quien momentáneamente se encontraba sin destino concreto, siendo una persona que siempre se había mostrado como un servidor del Estado excepcional. Puso al corriente de todo al Elíseo, a Matignon, a los Ministerios de Asuntos Extranjeros y a Estados Unidos. Ordenó lo necesario para que se llevara a cabo una gigantesca redada en los medios izquierdistas. Previó y dispuso la intervención de la Corte de Seguridad del Estado, a fin de legalizar, tras el golpe, todas las indagaciones nocturnas.

A las cinco y cincuenta minutos de la madrugada del sábado se refugió en el último piso del ministerio para descabezar un sueño. A las siete y quince minutos, lo despertó su jefe de gabinete, quien no había dormido absolutamente nada, mostrando un rostro macilento y un mentón azulado.

—Ocurre algo verdaderamente sorprendente —declaró el recién llegado.

—Explíquese.

—Al parecer, el secuestro ha sido filmado.

—¿Filmado? ¿Qué quiere usted decir? ¿Filmado por los izquierdistas?

—No, no. Abajo hay dos tipos de los Servicios Generales... Parece ser que un miembro provisional del SDECE se encontraba apostado frente al Club Zero con una cámara. ¡Hum! En fin, usted ya comprende: se trata de medios para ejercer presiones sobre las personalidades que frecuentan el establecimiento. Así pues, se ve que ese tipo, ese sujeto contratado por el SDECE, filmó la operación... El SDECE no nos ha avisado oficialmente (es ahí donde aprieta el zapato), y la información parece provenir de elementos de los Servicios Generales, infiltrados.

—¿Infiltrados? ¿Qué significa eso de infiltrados? —inquirió el ministro, todavía bajo los efectos del sueño—. ¿Qué significa toda esta historia?

—Un tipo de los Servicios Generales —explicó el jefe de gabinete—, un tipo a sueldo de los mismos, infiltrado en el SDECE, dentro de la tendencia Grabeliau, ¡hum!, es el que les ha comunicado la información.

—¿Qué información? ¿A quién se la ha comunicado? ¿Qué es lo que me está usted contando?, ¡puñetas!

—El informe —repuso pacientemente el jefe de gabinete— es éste: la fracción Grabeliau del SDECE había apostado a un sujeto frente al club, un individuo con una cámara, que se había de ocupar de tomar películas de los clientes importantes del prostíbulo, para contar con informaciones delicadas... El informe en cuestión fue

facilitado a los Servicios Generales por un elemento que sus hombres consiguieron infiltrar en el SDECE.

El ministro vació su taza de café y se dio unos toques en el mentón con una servilleta de papel. Su mirada era dura y fija. Le temblaban las mejillas.

—¿Dónde para ese individuo, el de la cámara?

—*That is the question* —dijo el jefe de gabinete.

El ministro saltó fuera de la cama, inclinando la cabeza pesadamente. Descalzo, todavía vistiendo su pijama azul celeste, se trasladó al cuarto de baño, donde enchufó a la corriente su máquina de afeitar eléctrica. El jefe de gabinete siguió de pie, frotándose un labio con el dedo índice.

—Esta historia huele que apesta —manifestó el ministro.

—Le parecerá que su mal olor se acentúa —dijo su interlocutor— cuando sepa que los dos tipos de los S.G. que esperan abajo afirman, ¡hum!, que habría que negociar con la fracción Grabeliau para obtener la película.

—¡Envíe usted esos dos sujetos a Goémond! —ordenó el ministro—. ¡Maldita sea! Debiera ser evidente que nosotros no vamos a tratar con la fracción Grabeliau. Nunca, al menos, en el ministerio. Redacte un informe detallado para Goémond, de forma que éste se haga cargo con toda claridad de la situación, y envíele a esos dos tipos.

—Bueno —respondió el jefe de gabinete.

Pero no se movió.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo más?

—Goémond carece de atribuciones para negociar.

—¡Maldita sea! —repitió el ministro—. Para negociar, ¿qué?

—La película o películas. La fracción Grabeliau va a reclamar el levantamiento de las sanciones, la reintegración de los responsables expulsados, y, ¡hum!, ya que se habla del SAC, le recordaré algo que ya sabe: que los excluidos del Service d'Accentuation Civique han hecho causa común con la referida fracción. Ésta, evidentemente, exigirá que sean financiados de nuevo los disidentes y que se detengan las pesquisas judiciales contra la Cofradía Druídica Mundial del Vexin...

El ministro hizo una mueca. Continuó afeitándose por unos instantes, en silencio. Luego, comentó, levantando la voz:

—¡No es nada fácil el oficio de hombre de Estado!

Dejó la máquina de afeitar y volvió a la habitación. Su jefe de gabinete le pisaba los talones.

—No me es posible aceptar eso —declaró el ministro, sentándose en el borde de la cama y buscando sus cigarrillos.

—Coja usted uno de los míos —dijo el jefe de gabinete tendiéndole un paquete de Gitanes—. Espere, tengo fuego. Tenga. ¡Hum! Ya está... Existe otra solución. Podríamos meterlos en cintura por medio de Goémond, intentando intimidarlos. Y mientras se está en ello, se procede a la detención de la mayor cantidad posible de elementos de la fracción Grabeliau, incluyendo a los disidentes del SAC... Hasta podríamos acusarlos de hallarse ligados a los secuestradores, desacreditando así a todo el mundo a la vez. Y terminaremos haciéndonos con las películas acomodando

debidamente a esos señores. Habrá muchos de entre ellos que se desinflarán.

—Se va a producir un verdadero estrago.

—No hay más remedio que dejar ese absceso.

—Mire —dijo el ministro—: haga lo que le parezca mejor. Yo me reservo el derecho de intervenir personalmente más tarde.

—¿Para desaprobar mi proceder?

—¡Hombre, usted sabe lo que hay! Incidentalmente.

—De acuerdo —contestó el jefe de gabinete sin mostrarse agobiado— Voy a telefonear a Goémond.

—Bien. Mientras tanto, voy a dedicarme a reflexionar.

El jefe de gabinete abandonó la habitación del ministro.

GROSER PROVOCACIÓN CONTRA LOS PROGRESOS DE LA UNIÓN POPULAR

Un comando «izquierdista» mata a dos policías y al chófer del embajador de Estados Unidos antes de secuestrar a este último

LAS FUERZAS OBRERAS Y DEMOCRÁTICAS SE
PREPARAN PARA RESPONDER A LOS PROVOCADORES

XV

Epaulard se despertó desasosegado, quedándose sentado en la cama con un brusco y único movimiento. Tardó varios segundos en reconocer la habitación. Reflejándose sobre la irregular superficie de los cristales, una potente luz resplandecía entre las ranuras de los postigos. En la cama de al lado estaba acostado Meyer. Roncaba ligeramente, con la boca abierta. Empezó a roncar con más fuerza mientras Epaulard lo contemplaba, después dio media vuelta en la cama y quedó mirando hacia la pared, al tiempo que arrastraba todas las ropas al hacerlo. No hacía calor, precisamente, dentro de aquella habitación. El aliento de Epaulard era como un pequeño penacho que flotaba ante él.

El cincuentón echó un vistazo a su reloj. Eran las diez, las diez de la mañana: pleno día al otro lado de los postigos. Salió de la cama sin hacer ruido; no había razón para despertar a Meyer. Se había acostado dejándose puesta la ropa interior y un jersey. Cogió sus pantalones, colocados sobre el respaldo de una silla, y se los puso. Evocó ciertos detalles relativos a los acontecimientos de la víspera. Pasó mentalmente revista a todo. La radio había hablado de dos muertos y un herido grave, en total. Desde luego, no había motivos para echar las campanas al vuelo.

Epaulard sacó de debajo de la almohada su automática, y la guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta. Después, salió de allí silenciosamente. Ya en el pasillo, abrió la puerta más próxima. Buenaventura se encontraba sentado en una silla, leyendo una novela policiaca. A su lado había otra silla, en la que se veía un

cenicero lleno de colillas, un paquete de Gauloises, una caja de cerillas, una pistola automática y un cargador de recambio. El embajador Poindexter se hallaba tendido en el lecho, el busto ligeramente incorporado sobre las almohadas, los ojos cerrados tras sus gafas, algo desviadas, y el labio inferior colgando.

—¡Salud! —exclamó Epaulard—. ¿Qué? ¿Aún no se ha despertado?

—Se despierta a medias de vez en cuando. Vuelve a dormirse siempre. No da trabajo. No tengo problemas con él.

El embajador abrió los ojos. Sus manos se movieron torpemente, tratando de colocar las gafas correctamente. Finalmente, abandonaron aquel empeño.

—¡Lo... cos! —dijo el hombre, con voz ronca—. ¡Son ustedes unos lo... cos!

—Ya lo ves —señaló el catalán—: se ha corregido. Ya no dice: «¡Piedad, piedad!».

—Quiero hablar con vuestro responsable —indicó Poindexter—. Exijo que...

Balbució unas palabras. Sus ojos volvieron a cerrarse.

—¡Locos! —exclamó con gran claridad, antes de quedarse nuevamente dormido.

—¿Estás bien? ¿Te mantienes en lo tuyo? —preguntó Epaulard a Buenaventura.

—Claro.

—¿No sientes ningún pesar? ¿No te arrepientes de nada?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Ya no —afirmó Epaulard.

—Tú puedes retirarte de esto —opinó el catalán—, regresando a París. Lo esencial ha sido hecho. No vale la pena que corras algunos riesgos por una cosa en la que no crees.

—Dejemos eso —contestó Epaulard—. Ahora voy abajo, para tomar un bocado y beber algo caliente. Luego, subiré para relevarte.

—No corre prisa. No me siento cansando.

—OK

Epaulard cerró la puerta, y bajó a la planta baja. En la chimenea de la sala ardía un buen fuego. Cash estaba sentada al lado, en un sillón tapizado, un tazón de café con leche sobre las rodillas, saboreando una rebanada de pan con mantequilla.

Se había puesto sobre su pijama negro una bata de estar por casa en esponja roja, y calzaba unas babuchas blancas.

—Está usted adorable, Cash —dijo Epaulard, sincero.

—¿Vas a seguir hablándome de usted?

El cincuentón se encogió de hombros, y bajó los últimos peldaños. Cash se puso en pie, dejando su tazón y la rebanada sobre la mesa.

—Siéntate junto al fuego —recomendó al hombre—. Voy a traerte café y unas rebanadas de pan.

Epaulard inclinó la cabeza, verdaderamente agradecido. Mientras Cash pasaba a la cocina, él se aproximó a las ventanas, cuyos postigos estaban abiertos. La sensación de comodidad y de íntima alegría que estaba experimentando se intensificó al cabo de unos

segundos, mientras contemplaba el espeso manto de nieve que cubría la campiña. Los copos habían estado cayendo durante toda la noche. Ahora, un sol blanco, deslumbrante, brillaba por encima de un mullido lecho, grueso y suave como la manteca de cerdo, como la crema Chantilly, como un helado de crema al champaña.

Finalmente, Epaulard dio la vuelta, y entonces aquella sensación de comodidad desapareció. Sobre el banco situado junto a la mesa acababa de ver una Sten.

—¿Esto qué es? —preguntó.

—Una metralleta —respondió Cash, desde la cocina.

—Ya lo veo. ¿De dónde ha salido?

—Es mía. Un recuerdo de familia.

—¡Bravo! ¿Y qué diablos hace esto aquí?

—Podría sernos útil, ¿no?

Epaulard se encaminó a la cocina, diciendo:

—Mi querida amiga: tienes que meterte en la cabeza una idea, la de que si los policías llegan a localizarnos a nosotros, nos rendiremos. Incluso a mis años, prefiero la cárcel al ataúd. Vas a hacerme el favor de desmontar esto para guardarlo donde se te antoje, pero el caso es que yo no vuelva a verlo nunca más. ¿Me has comprendido?

Entró en la cocina, donde Cash estaba untando de mantequilla unas rebanadas de pan.

—Sí, jefe —contestó la joven.

Epaulard le alborotó los cabellos.

—Hablo en serio —dijo, sonriendo.

—Lo sé, jefe.

Sobre la mesa de la cocina, un Melody Boy había captado la FIP 514, sonando las notas de *Roue 66*, de King Cole.

—¿Has escuchado las informaciones, a las diez? —preguntó el ex pescador de tiburones, ex resistente, ex asesino y ex pegador, jugando con los cabellos de Cash—. ¿Qué es lo que se dice por ahí?

—Nada interesante. Ha habido un millar de interpelaciones en París, en los medios izquierdistas...

—¡Mierda!

—Bueno, ¿y qué? Esto era previsible, ¿no?

—Sí. Con todo, ¡mierda!

—Los periódicos han recibido nuestro escrito, pero de momento sólo hay palabras encubiertas, como si no supieran lo que van a hacer todavía.

—Claro que no lo saben.

—Al ministro del Interior no le han dejado pegar un ojo. Se ha pasado la noche en la plaza Beauvau, de reunión en reunión y adoptando ciertas medidas. Se ha dado un segundo comunicado bajo la tónica de «el orden republicano será mantenido». En Marsella han sido detenidos unos comerciantes perturbadores que transportaban dinamita en su coche.

—¿Qué se ha dicho acerca del Ford Cónsul?

—No han hablado de él.

—Indudablemente, porque lo han recuperado —dijo Epaulard.

Cash colocó las rebanadas de pan en una bandeja metálica profusamente decorada; puso un tazón sobre ella y vertió la leche y el café.

—¿Cuántos terrones de azúcar?

—Dos. ¿Qué más se ha dicho?

—Ha habido algunas tomas de posición —explicó Cash, endulzando el café con leche. Seguidamente, cogió la fuente y la radio y regresó a la sala. Epaulard la seguía pisándole los talones— El PC condena la provocación, que quede bien entendido. El PSU cree que por culpa de este acto irresponsable el frente revolucionario se halla en peligro. La Liga apela a la violencia de masas preferentemente, a los golpes de mano aventureros. La agencia de Liberación ha difundido un comunicado de un denominado «Nuevo Ejército Rojo» por el cual se denuncia a los nihilistas pequeñoburgueses (esto es, nosotros), objetivamente cómplices del poder, lanzando una contraseña: «¡Abajo los Pequeños Neumann».

—¿Neumann? ¿Alfred? —preguntó Epaulard, espantado.

—Heintz Neumann —concretó Cash, depositando la fuente y la radio sobre la mesa—. Se trata de un tipo que tuvo algo que ver con la Comuna de Cantón en diciembre de 1927.

—¡Ah, bien! —exclamó Epaulard.

Se sentó frente a su tazón. Se podía apreciar un gesto de preocupación en su frente. Comenzó a mordisquear una rebanada. De vez en cuando, miraba brevemente a Cash. La joven se había sentado frente a él, observando al cincuentón con una sonrisa a medias, con la barbilla apoyada en sus menudos puños.

—Eres una chica preciosa —señaló Epaulard.

—Y tú estás hecho un tío viejo —declaró Cash— Esta noche te estuve esperando por espacio de una hora en mi habitación. Figúrate... ¿Por qué no fuiste?

Epaulard se atragantó en este instante con el pan. Era cuestión de ganar tiempo.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo—, se me pasó por la cabeza esa idea...

—¡Vaya! Algo es algo —comentó Cash.

—Sin embargo —siguió diciendo Epaulard—, dudé... En fin, me planteé ciertamente la cuestión. Y... y mientras me la planteaba... bueno... ¡mierda!, me dormí.

El hombre miró fijamente a Cash, que se esforzaba por contener sus ganas de ponerse a reír.

—Me siento desolado, ahora —añadió Epaulard.

—¡Qué hombre tan viril! —exclamó la joven—. Se queda dormido cuando estaba considerando la cuestión, y luego se siente desolado. Es ridículo. ¿Tienes ganas de hacer el amor conmigo? ¿Sí?

—Sí.

—Bueno, pues esta noche... Tómate el café. Iremos a dar un paseo.

—OK —contestó Epaulard.

Apuró el contenido del tazón y se puso en pie.

—Tendré que subir a relevar a Buenaventura —objetó.

“¡Oh! ¡Vaya con el viejo!”, exclamó Cash. Las nuestras van a ser unas relaciones lamentables, lo presiento.

La joven salió al sol. Epaulard la siguió. Se sentía irritado. Cash le esperó, cogiéndolo del brazo. Dieron así un rodeo a la vivienda. La muchacha estuvo caminando apoyada en el hombro del carroza. Gracias a que la puerta estaba abierta, vieron a D’Arcy durmiendo en el antiguo establo. Se había hundido hasta el cuello en un montón de paja podrida. El alcohólico no paraba de hacer muecas en su sueño.

Poco después, la pareja volvió sobre sus pasos. Epaulard se sentía animoso y optimista.

—Esta noche —repitió Cash.

Y el hombre subió al piso para relevar a Buenaventura.

XVI

El jefe de gabinete del ministro de Interior recibió a Goémond, a las once de la mañana del sábado.

—¿Dónde se había metido usted?

El comisario plegó las manos bajo su mentón, dejando libres sus dos índices, que terminaron yendo a parar cerca de las comisuras de los labios, aumentando el gesto de amargura que revelaba el trazo de su boca con más intensidad que de costumbre. El comisario era un hombre bastante grande, que se esforzaba (y no lograba) por dar la impresión de ser desmedrado. Su cuerpo se movía dentro de un gran abrigo de color negro, informe. Su cabeza, en forma de pera, se adornaba con una gran frente cerosa de intelectual, de cejas deprimidas, con la parte inferior del rostro huidiza. Su fino bigote no contribuía a arreglar las cosas.

—Bueno, hable usted, Goémond.

—Hemos encontrado el Ford Cónsul utilizado para llevar a cabo el secuestro. Se hallaba en un aparcamiento de los Campos Elíseos, como ya le comuniqué por teléfono. No hay huellas utilizables. Los residuos del tipo polvo, fibras textiles, etc., han sido enviados al laboratorio. Hasta ahora no hemos podido descubrir nada que nos permita actuar rápidamente.

—¡Qué contrariedad! Esto es enojoso —dijo el jefe de gabinete, con la voz llena de ira—. ¿Ya sabe usted que sólo tenemos de tiempo

hasta el lunes a mediodía, de acuerdo con lo indicado en su especie de manifiesto?

Goémond sacó un pequeño puro holandés, y lo encendió con aire lúgubre.

—Bueno, continúe —ordenó el jefe de gabinete.

—El automóvil —dijo el comisario— pertenece a un informador. No hay esperanza alguna por ese lado: había sido robado. Nadie vio nada en el aparcamiento, nadie observó nada sospechoso... ¡Aquello es un mundo!

Goémond suspiró profundamente. El jefe de gabinete tambolireó sobre la mesa con sus dedos.

—Paso ahora a la cuestión que nos plantea esa mujer, Gabrielle —dijo el comisario—. Como se encuentra vigilada en todo momento por la policía, está que rabia. Bien. Quizá sea posible hacer el retrato robot de los dos tipos que...

—¡Vamos al grano! —le interrumpió su interlocutor, exasperado—. ¡Vamos al grano, Goémond, al grano!

—Perdón, señor... No le entiendo.

—A mí me importa un comino la marcha normal de la encuesta. ¡Por el amor de Dios, Goémond, dígame qué ocurre con esos dos excéntricos de los Servicios Generales!

—Excéntricos, raros, sí, señor —dijo Goémond—. Para empezar he de señalar que ni siquiera pertenecen a los S.G. Se trata de pretendidos «corresponsales». Les he hecho comprender muy rápidamente que no era éste el momento más indicado para gastar bromas. Realmente, poder conseguir que se llegara a pasar la

esponja sobre los trabajos perturbadores de Grabeliau y su grupo, y que se acabarían las investigaciones judiciales contra los Druidas mundialistas. Han bastado dos horas en una celda para convencerles. Ellos no se esperaban esto... En fin, éstos son simples detalles. Les he hecho comprender que la justicia francesa no se someterá jamás a manipulaciones de tal calibre.

—Déjese ya de chanzas, Goémond —ordenó el jefe de gabinete con voz amenazadora—. Me importan un bledo sus métodos, la forma de realizar su trabajo. ¿Tiene ya en su poder la famosa película? Eso es todo lo que deseo saber.

—Conozco la identidad del hombre que hizo la filmación. Es un tal Jean—Pierre o Jean—Paul Bouboune. Lo estamos buscando. Daremos con él, no se preocupe.

—¿Cuándo?

—Evidentemente —explicó—, lo localizaríamos más rápidamente si hiciésemos concesiones al grupo Grabeliau, pero ya le he dicho que indiqué a esos señores que esto era algo imposible.

El jefe de gabinete consideró a su policía con un gesto de odio.

—¿Eso es cuanto tiene que decirme?

—Eso es todo, sí, señor.

—Bien. Vuelva al trabajo, Goémond. Tanto usted como yo hemos perdido ya demasiado tiempo.

Goémond se puso en pie. En su rostro había la expresión lúgubre de siempre.

—¿Va usted a telefonearme? —preguntó a su interlocutor.

—¿Con qué motivo?

—En el caso de que se produzca alguna novedad.

—Usted será informado. Adiós, Goémond.

XVII

El SAC (Service d'Accentuation Civique), varios años atrás, cuando se disponían los preparativos para las elecciones presidenciales, había experimentado algunas depuraciones, entre ellas la de su secretario nacional, Joseph Grabeliau. Dado que éste no se hallaba decidido a morir en la indigencia y sin influencias, se llevó consigo sus archivos, afanándose en la tarea de establecer sus propias redes en el interior de diversos servicios de orden o seguridad, redes que costaba de diferentes modos. A la vez, se convirtió en el Gran Maestre de la Cofradía Druídica Mundialista del Vexin. Fue detenido varios meses más tarde, junto con varios miembros de su estado mayor, y fue acusado de malversación de fondos. Cuando se produjo el secuestro del embajador de Estados Unidos, Joseph Grabeliau se encontraba en Fresnes. Al día siguiente, hacia el mediodía, fue puesto en libertad en atención a su estado de salud. Aquella misma noche, dormía en Madrid. Varias horas después de haber despegado el avión, dos oficiales de policía localizaron al hampón Bouboune en una pensión familiar en Enghien. Los policías encontraron en su habitación una cámara Sankyo y una docena de bobinas de película de 8 mm. Tanto el hombre como las películas fueron llevados a Goémond.

XVIII

Treuffais compró varios periódicos de la mañana, y hacia las cuatro y media bajó para adquirir *Le Monde* y el *France—Soir*, así como un bote de coles en conserva. Luego subió a su casa. Después de cerrar la puerta, vio su imagen reflejada en el espejo de la entrada, y no pudo reprimir un suspiro. Tenía barba de cuatro días, los ojos enrojecidos, estaba en zapatillas, los cabellos alborotados, la camisa sucia y arrugada bajo la chaqueta, en la que se veían cuatro o cinco quemaduras nuevas producidas por los cigarrillos. Colocó el bote de conserva en uno de los armarios altos de la cocina; fue en busca de su vieja Radialva, que estaba en su habitación, y se instaló en el cuarto de baño con los periódicos y el correo.

Abrió los grifos de la bañera y echó un vistazo a la prensa. No había informaciones nuevas. Treuffais ya se había enterado, por la radio, de que a los diarios y agencias de prensa habían llegado unos textos echados a los buzones de correos por la noche, dentro de París, firmados por el Grupo Nada, en los que éste reivindicaba para sus miembros el secuestro del embajador, reclamando la publicación de un manifiesto por todo el país y el pago por el Estado de un rescate de doscientos mil dólares. El Estado disponía de un plazo de cuarenta horas para dar su respuesta, es decir, hasta el lunes a mediodía. De no cumplirse tales condiciones, el embajador sería ejecutado. En caso de aceptación de las mismas, el manifiesto sería divulgado inmediatamente por la prensa, siendo también leído ante los micrófonos de la radio y las cámaras de la televisión. El Grupo

Nada facilitaría más adelante nuevas instrucciones referentes a la entrega del rescate.

Le Monde resumía y analizaba el manifiesto en cuestión así: «El estilo del escritor es vulgar, y la puerilidad de ciertas informaciones hace pensar en un anarquismo arcaico y simple, que provocaría sonrisas en otras circunstancias. En la situación presente, lo que inspiran sus frases es más bien inquietud, y una profunda angustia. El Grupo Nada ha elegido una denominación muy adecuada, debiendo consignarse que, efectivamente, a nada se orientan sus aspiraciones, habiéndose revelado los miembros de aquél, tanto en su acción como en su escrito, como individuos capaces de comportarse de una manera injustificable».

La bañera estaba llena. Treuffais cerró los grifos, se quitó las ropas y se metió en ella. Continuó leyendo, dejando que la suciedad se disolviera lentamente. Según el editorialista del *France—Soir*, los terroristas del Grupo Nada se habían inspirado en los tupamaros al reclamar la publicación de su manifiesto. Pero, subrayaba el editorialista, la conducta de los tupamaros no era precisamente un ejemplo a seguir, sobre todo en Francia, una nación democrática, que no figuraba, por supuesto, entre las subdesarrolladas. Aunque lo violentamente contestatario ha acabado por entrar, a veces, en nuestras costumbres, por desgracia, es preciso reconocer que el terrorismo político no responde a las necesidades ni al deseo de la población. El Grupo Nada debería empezar a darse cuenta de eso. Y el editorialista se inclinaba a esperar que acabaría por imponerse la razón.

Le Monde, por otro lado, describía detalladamente las operaciones que llevaba a cabo la policía, preguntándose a quién beneficiaría el ciclo infernal violencia—represión. Bajo el título *Una página negra*,

un jurista reputado por su seriedad establecía un estúpido paralelismo entre la «negrura» del acto cometido y el negro de la bandera anarquista. Toda una página se encontraba dedicada a los comunicados y declaraciones de diversas organizaciones y personalidades, con un encuadre especial para los puntos de vista de una quincena de grupúsculos izquierdistas. Treuffais se amodorró por un momento en la bañera, y los periódicos cayeron en el agua. Dijo un taco y los puso a secar sobre los bordes del recipiente. Se lavó la cabeza furiosamente, rascándose el cuero cabelludo con las uñas. Revisó mentalmente su amarga entrevista con Buenaventura, el lunes por la noche, en la sucia habitación del catalán, los naipes esparcidos por el piso, las colillas de los cigarrillos en un tazón. Buenaventura se encontraba en la sombra, dando la espalda a la ventana, iluminada intermitentemente por los rótulos luminosos de la calle.

—Bueno, tú no pretenderás que abandonemos la operación, ¿eh?

—Eso es lo que quiero —respondió Treuffais.

—Déjalo, vete, si quieres.

—No me has entendido. Yo no quiero separarme de vosotros. Lo que yo os pido es que suspendáis la operación. Vamos a estudiarla, discutamos sus posibilidades.

—Entre nosotros no puede haber ya diálogo alguno. Lo siento, Treuffais. Te has pasado a la otra banda.

—¡Puñeta, Buen! Os pido que suspendáis la operación porque soy comunista libertario.

—¿Comunista libertario? Aquí me las den todas... La verdad es que atrapáis todas las plagas. No eres tú el primero que veo así. Tenéis la

viruela de la política, la viruela del compromiso, la viruela del marxismo. Lárgate. Treuffais. Me sé de memoria todo lo que querrías decirme, y la prensa de las autoridades dirá otro tanto similar dentro de cinco días. ¿Hacer un alto para discutir la operación? No, hombre. Tú nos quieres tomar el pelo. Todos sabemos qué es lo que sale de estas cosas. Te recuerdo que mi padre perdió la vida en Barcelona, en el 37.

—Y yo te he oído decir eso tantas veces que estoy hasta aquí... —Treuffais se señaló la coronilla—. El hecho de que tu padre fuera muerto durante una insurrección no puede incrementar en nada la posible inteligencia de su hijo. Con él y sin él eres el mismo. Y ahora te hundes en el terrorismo y en esto. El terrorismo sólo se justifica cuando los revolucionarios carecen de otros medios de expresión y la población los sostiene.

—¿Has terminado ya?

—Sí —replicó Treuffais, súbitamente agotado, casi enfermo a consecuencia de su desesperación.

—Transmitiré tus observaciones a mis camaradas. De momento, lárgate de aquí.

—Buen: hace cuatro años que nos conocemos y...

—Lárgate de aquí si no quieres que empiece a pegarte.

—Me voy, sí. No quiero participar en lo que se avecina. Me resulta demasiado repugnante, repugnante de veras.

Treuffais se enjuagó, salió de la bañera y se colocó delante del lavabo para afeitarse. No es lo peor que uno no esté de acuerdo con un amigo equivocado: lo realmente malo es haberlo querido y haber creído, durante cuatro años, que los dos marchaban codo a codo.

XIX

—Siéntese, madame Gabrielle... Esto no durará mucho. Enseguida podrá irse. Pero antes debo pedirle que eche un vistazo a estas fotografías.

La patrona del Club Zero inclinó la cabeza, suspirando. Se estaba acostumbrando a aquella situación. Goémond dio la vuelta al escritorio para situarse al lado de la mujer, y apoyó la cadera en el mueble. Tenía en las manos dos carpetas. Una de ellas contenía ampliaciones fotográficas realizadas sobre la película que el truhán Bouboune había filmado. El comisario fue pasando las fotos, una por una, ante los ojos de madame Gabrielle.

—¡Oh, sí! ¡Sí! —exclamó la mujer— ¡Desde luego! ¿De dónde ha salido este material?

—La policía está muy bien organizada —declaró Goémond, imprudentemente.

—Si estuviera tan bien organizada como usted afirma, nada de lo que hemos vivido habría ocurrido —repuso madame Gabrielle—. A mí me ha costado todo bastante caro. Y aunque me han dado toda clase de seguridades si esperaba...

—¿Los reconoce usted? —inquirió Goémond, interrumpiéndola.

Los labios de la patrona del burdel se agitaron todavía un poco sin que llegara a decir palabra alguna. Después, la mujer dejó oír otro suspiro y se aplicó al trabajo.

—No está muy claro, pero... en fin, sí, aquí está el hombre maduro que... Y éste es el otro, el de aire decidido... Efectivamente, éstos fueron nuestros agresores. No vi a los otros, ya que me echaron las cortinas por la cabeza... Creí que me asfixiaba. Habré perdido no menos de dos mil francos por los destrozos causados —añadió la mujer, enfurecida— ¡Ah, pero esto es lo menos importante! Lo peor ha sido el perjuicio comercial, comisario. ¿Es que no se ha dado cuenta de que mi casa ha sufrido mucho en su prestigio? ¡Esto es una ruina!

—Ya nos ocuparemos de ese aspecto del problema. Volvamos a las fotografías.

—Ya le he dicho que a los otros no los vi. Sólo vi a estos dos... ¡Los muy cerdos!

El comisario señaló a la mujer un tercer personaje, algo grueso.

—¿Y éste? Su... chica, la que se encontraba con el embajador, reconoció también al hombre maduro, pero ella cree que es éste el que entró en la habitación. No vio al melenudo.

—Muy posible. Después de haberme echado por encima de la cabeza las cortinas, ya no pude ver qué sucedía. Eran varios. No sé, no vi más...

—Bueno —dijo Goémond, cerrando la carpeta—. Ahora, mire usted estas otras fotos.

Enseñó a la mujer una colección de fotos más importantes. Apenas guardaba esperanzas de sacar algo positivo de aquel examen. Goémond había hecho reunir todas las fotografías de manifestantes izquierdistas armados con tirachinas. Eran fotos de una calidad técnica muy variable, instantáneas tomadas sobre la marcha, en el

curso de tal o cual manifestación, en tal o cual tumulto, en días posteriores al año 1968. ¡Ay! Era ya casi seguro, ahora, que madame Gabrielle no había visto al hombre del tirachinas, el asesino del motorista. Goémond confiaba más en los especialistas de los servicios antropométricos, quienes estaban comparando ya las fotos obtenidas a base de la película con otras de izquierdistas fichados y de individuos no identificados, quienes, enmascarados con pañuelos, habían sido vistos operando con los tirachinas clásicos. Por tal motivo, el comisario se quedó muy sorprendido cuando madame Gabrielle profirió una exclamación, iluminándose sus ojos con un destello revelador de ansias de venganza.

—¡Aquí está! —declaró apuntando a una figura con el dedo—. ¡Aquí está mi melenudo! ¡Se ve con más claridad aquí! ¡Reconozco perfectamente sus malvados ojos! Tiene una mirada que... ¡Bueno, usted no se lo puede imaginar! ¡Me miraba de una manera!

—Sí, es una buena foto —murmuró Goémond, sin apartar la vista del dedo de madame Gabrielle, que se apoyaba en un rostro colérico.

Aquella cara estaba en la fotografía que tenían delante por pura casualidad. Efectivamente, aquélla había sido encuadrada para aislar a un tirador de bolas tocado con un casco de motorista, y oculto tras unas gafas de esquiador y un pañuelo sobre la boca. El tirador se hallaba en plena acción, sujetando con los dientes el pañuelo, que lo enmascaraba y lo protegía parcialmente de los gases, hallándose a punto de emprender la huida. Pero madame Gabrielle no había reconocido a éste: por encima del tirador tocado con el casco, se distinguía la cara feroz del melenudo.

—Se diría que está usted en lo cierto —comentó Goémond comparando la foto del manifestante con la otra, desvaída y granulosa, obtenida a partir de la película, en la que se veía al melenudo abriendo la portezuela derecha del Cónsul—. ¿Está usted segura? —añadió el comisario, maquinalmente.

—Bueno, yo no podría, desde luego, declarar esto bajo juramento, pero...

—No se preocupe, no se le exigirá jamás tal cosa.

—Bueno, pues yo creo que es él.

—Voy a pedir que sean hechas unas comprobaciones. Usted mire las otras fotografías. Nunca se sabe... Podría ser que lograra una segunda diana.

Madame Gabrielle miró fríamente al comisario, que juzgaba de una vulgaridad reprobable. El hombre no le prestó la menor atención. Abrió la puerta del despacho, dirigiendo la palabra a alguien que estaba en el pasillo. Luego, la cerró y volvió junto a la madame del burdel Club Zero. La mujer acababa de examinar las fotos, pero su atención estaba fija ya en otras cosas.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó.

—Unos instantes más y habremos terminado. Los muchachos del servicio antropométrico están intentando identificar a ese individuo.

—¡Pero para eso van a necesitar horas y horas!

—Pare, pare, pare... —dijo Goémond, interrumpiéndola—. Esa gente dispone de un ordenador. Todo será cuestión de minutos.

Y, efectivamente, veinticinco minutos más tarde, madame Gabrielle se enfrentaba con una nueva serie de fotos, esta vez claras

y reducidas a una docena. No le costó trabajo ahora identificar a su agresor, al melenudo.

—Buenaventura Díaz —repitió Goémond, apoyado en el marco de la puerta y mirando, sonriente, a un policía de uniforme—. ¿Y por qué se permite que una chusma como ésta se mantenga en libertad dentro del territorio nacional? Bueno. El Hotel Longuevache. Lo conozco. Es un garito en el que se refugian muchos americanos. Vámonos para allá.

—¿Puedo volver a casa ya? —preguntó madame Gabrielle, desde el centro del despacho.

—Sí, pero manténgase a nuestra disposición. Plantón, lleve a madame a su casa.

XX

—En estos momentos me encuentro completamente despejado — declaró Richard Poindexter—. Deseo hablar con su jefe.

—Aquí no hay ningún jefe —dijo Epaulard.

—Bueno, usted sabe perfectamente qué es lo que quiero decir.

—Carecemos de jefe. Si desea hablar con alguien puede hablarme a mí.

El embajador pasó una lengua saburrosa por sus pequeños y gruesos labios.

—¿No tiene cigarrillos?

Epaulard le arrojó el paquete de Gauloises, que estaba sobre una silla cercana, así como la caja de cerillas.

—No intente usted quemarme o arrojarme algo a la cara, ¿eh?

—¿Qué dice usted? No pienso hacer nada de eso. No soy ningún idiota. —Richard Poindexter encendió un Gauloise—. ¿Puedo saber qué hora es? —preguntó a continuación.

—Las seis menos cuarto de la tarde. Hoy es sábado.

—Ya. Me drogaron, ¿no?

—Se le administró un somnífero —explicó Epaulard—. Nada peligroso, aunque es posible que experimente algún trastorno de carácter hepático.

—De momento, lo que siento es... ¿cómo dicen ustedes?... ¡Ah, sí! Siento un hambre del demonio.

—Ya le subirán algo de comer. Devuélvame las cerillas, y no se esfuerce estúpidamente por esconderlas en su lecho. Usted ha dicho que no es ningún idiota. Me cuesta trabajo dar crédito a su afirmación viendo eso... Ha de comprender que su vida pende de un hilo.

El embajador sacó las cerillas de entre las ropas del lecho, lanzando la caja a Epaulard. Hizo una risueña mueca, como si se sintiera divertido.

—Perfectamente —manifestó Epaulard. Voy a llamar para que le suban comida.

Epaulard se puso de pie y golpeó el suelo con el tacón de su zapato. Empuñaba su pistola automática, por si al diplomático le entraban deseos de nuevo de intentar cualquier cosa. Luego, volvió a sentarse.

—Para un prisionero, todo es bueno, todo le puede servir, aunque él no sepa de buenas a primeras para qué —declaró Poindexter, como si divagara— Estuve prisionero en Alemania. Usted también, quizá...

—No se esfuerce: no le hablaré de mí.

El embajador se aclaró la voz. Se abrió la puerta de la habitación. Entró D'Arcy.

—¿Qué pasa aquí?

—Se ha despertado del todo. Tiene hambre.

—¿Quiere usted un bocadillo? —preguntó el alcoholíco—. Podría tomar también algo caliente, pero para esto será preciso esperar hasta la hora de la cena. No tendrá que aguardar mucho.

—Lo que usted desee, amigo mío —contestó Richard Poindexter—. Ya veo que me encuentro en buenas manos, y que quieren rodearme de algunas comodidades.

—¡Cómo se ve que eres un diplomático, querido! —observó D’Arcy—. Te voy a subir un bocadillo. Y luego —añadió, volviéndose a Epaulard—, te relevaré.

—¿Quiénes sois vosotros exactamente? —preguntó Poindexter cuando el alcoholíco se hubo ido—. ¿Sois maoístas?

—Lo sabrás más tarde, querido —dijo Epaulard, irritado.

¿Qué era él en definitiva? Le hubiera costado algún trabajo poder decírselo, y eso le atormentaba.

—¿Puedo vestirme? —preguntó Poindexter.

—No.

—¿Contáis con tenerme aquí durante mucho tiempo?

—Ya lo verás.

—¿Pensáis matarme?

—Si te contestase a eso —señaló Epaulard—, ¿dónde estaría la sorpresa?

—No tengo ningún cenicero —declaró Poindexter.

—Tira la ceniza al suelo.

El embajador se quedó silencioso, fumando, mirando a Epaulard, quien a su vez lo miraba. Al cabo de unos momentos, tornó a hablar.

—El secuestro político es un procedimiento indigno de gente civilizada.

—Yo no formo parte de la gente civilizada.

—Muy divertido —dijo Poindexter, con una sonrisa displicente.

Epaulard no respondió nada.

—¿Es que no va a intentar convencerme de lo justos que resultan sus puntos de vista políticos? —inquirió Poindexter, mirando su cigarrillo.

—No.

—Pensaba que era lo pertinente en unas circunstancias como las presentes.

—Escucha, amigo: tú eres un servidor del Estado, al más alto nivel. Sólo eres eso: una cosa.

—Atrévete a pronunciar la palabra: una mierda.

—No. Una cosa. Una pobre cosa.

—Vosotros sois anarquistas —declaró Poindexter— Lo sé porque habéis estado empleando, con acento de odio, la expresión «servidor del Estado».

D'Arcy entró en la habitación, llevando un plato con dos bocadillos.

—Bueno —dijo Epaulard—, creo que la conversación acaba aquí.

Se puso de pie. Cubrió a D'Arcy con su automática mientras el alcohólico colocaba los dos bocadillos sobre las rodillas del embajador, y retrocedía con el plato.

—Desconfía de él —recomendó Epaulard—. Este señor es algo parlanchín. Se muestra natural y franco en apariencia, pero persigue un objetivo: informarse.

—Entendido.

D'Arcy cogió la automática y se sentó en la silla.

—Hasta luego —dijo Epaulard mientras salía.

—En esta casa hace un frío endiablado, ¿no le parece? —preguntó Poindexter a D'Arcy.

—Oye, tú —dijo el alcohólico—: mantente callado si no quieres que te silencie a golpes de pistola. No tengo ganas de hablar.

—Como usted guste —contestó Poindexter, arrebujiándose en las ropas de la cama.

Los dos se quedaron inmóviles, mirándose mutuamente, igual que si hubieran compuesto una de esas figuras de mayólica en que se representan a dos perros enfrentados que adornan algunas repisas de chimenea. Sólo eran perceptibles los lentos movimiento de las mandíbulas del diplomático devorando sus bocadillos.

XXI

La expresión del rostro de Goémond era cada vez más sombría, lo que en el comisario no quería decir precisamente que se sintiera triste. Estaba mirando minuciosamente la habitación de Buenaventura. Fue de un sitio para otro, contemplándolo todo detenidamente. Cerca de la cama había dos o tres libros; se inclinó para leer sus lomos. Sus ayudantes circulaban por la estancia en sentido inverso, husmeando el aire.

—Aquí hay una obra anarquista —dijo uno de ellos—: *Rojo y Negro*... ¡Está claro de qué trata!

—No sea usted estúpido, hombre —dijo Goémond—. Ése es el título de una novela de Stendhal.

—Perdone, pero aquí se habla de las «colectivizaciones anarquistas en la España revolucionaria» —manifestó el ayudante—. Usted debe de estar confundido.

—Déjeme ver. Pues es cierto... ¡Qué raro! Yo habría jurado que... Tiene usted razón, sí. He confundido eso con *La Cartuja de Parma*. Bueno, quiero que me repasen toda la habitación minuciosamente. Me voy abajo.

Cerca de la entrada, Goémond se reunió con el portero del inmueble, Edouard, a quien enseñó una fotografía de Buenaventura.

—Sí, sí, es él, por supuesto —manifestó el hombre, pálido y sudoroso.

—Aquí, en esta casa, se juega, ¿eh?

—¿Cómo?

—En esta casa se juega al póker por las noches. ¿Quién viene a jugar aquí?

—No lo sé.

—Pues seré yo quien te lo diga: vienen a jugar algunos americanos. El póker es un juego de rufianes y de americanos. Pero, claro, rufianes, lo que se dice rufianes, en esta casa no los hay.

—Puedo jurarle que no, comisario.

—Pues vendrán americanos, desertores americanos, si vamos al caso.

—Yo no sé nada... Se lo juro.

—No jures más —ordenó Goémond.

En aquellos instantes entró en la portería de Edouard otro de los ayudantes de Goémond, recién llegado al lugar.

—Acabo de llegar de la casa —explicó— Traigo las fotografías. Los amigos del Espingouin, de los cuales hay fichas.

—Siéntate —ordenó Goémond a Edouard—. Ahora vas a dedicarte a mirar esto.

—Lo que usted quiera... Le j... le prometo, comisario, que me esforzaré por hacer memoria, aunque no sé quiénes entran y salen de aquí...

—Eso es. Esfuérzate.

Las fotos fueron dejadas encima de la mesa, en dos montones. Por un lado, estaban los desertores americanos; por otro, los amigos franceses de Buenaventura Díaz. Edouard se aplicó a la tarea con todo interés. Sección de los desertores: el hombre creyó poder afirmar que era capaz de reconocer a algunos; sección francesa: puso su dedo sobre una fotografía.

—Éste... Estoy seguro.

Goémond miró el número del cliché y consultó las fichas. Treuffais, Marcel, Eugène/3.4.41, en París X/P. S. U. 60/62/ Asociación Libertaria del XV distrito (Grupo Errico Malatesta) 62/63/ C. A. Obreros—Estudiantes XV distrito. 68. Etc.

El ayudante del comisario se inclinó sobre éste.

—No estaba en la película.

—Lo sé.

El portero Edouard continuaba examinando fotos, pero no le fue posible identificar a nadie más.

El comisario mostró la fotografía de Marcel Treuffais a Edouard.

—¿Venía habitualmente aquí este tipo?

—Sí, sí. Dos o tres veces por semana, en cierta época.

—¿En qué época?

—El año pasado. Bueno, quiero decir en la primavera.

—¿Y anteriormente?

—Me parece que no.

—¿Y después?

—Sí, sí. Pero con menos frecuencia.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Al comenzar la semana... El martes... no, el lunes por la tarde, creo. No sé si esto puede serle de utilidad, pero la verdad es que los dos se enemistaron, señor comisario.

—¿Que se enemistaron?

—Sí... Bueno, ésa es la impresión que saqué. Díaz y él intercambiaron, sí... como algunos insultos. Es decir, en la habitación de Díaz. Pero yo los oí... Bueno, yo había subido al piso porque la cisterna del retrete estaba atascada... No sé por qué le cuento estos detalles... El caso es que los oí desde el otro lado de la puerta cuando se insultaban mutuamente.

—¿Una disputa de tipo sexual?

—No, no. Yo diría que era una disputa de tipo político. Uno estaba tratando al otro de marxista. O de revolucionario. No puse mucha atención.

—Esto no está muy claro —opinó Goémond—. Vamos a verlo bien.

—¿Por qué buscan ustedes a ese Díaz? —preguntó el portero Edouard.

—Tú mete las narices en tus cosas, amigo. Nadie lo busca, ¿vale?

—He comprendido, comisario. Si vuelve, ¿he de telefonarle?

—Telefonéame, sí.

—¿No tendré complicaciones?

—Eso lo veremos luego. Tu casa es un auténtico garito.

—Pero yo le juro... Esto no es cierto... Además, ¿cómo voy a poder saber todo lo que ocurre en las habitaciones? Yo no me dedico a escuchar tras las puertas.

—De todas maneras, yo no estoy en el servicio de represión de los juegos —dijo Goémond—. Mientras actúes rectamente, no tendrás nada que temer. Y si vuelves a ver a uno de esos tipos cuyas fotografías te he enseñado, habrás de tomarte el máximo interés, telefoneándome inmediatamente, ¿vale?

—Sí, sí.

Sonó el timbre del teléfono. Atendió la llamada y pasó el auricular al comisario.

—Sí —dijo Goémond—. ¿Están seguros de ello? ¿Desde el 62? Esto explica algo... Sí, ya comprendo. Tomo nota.

El ayudante puso al alcance de su jefe un papel. Goémond anotó: André, Epaulard, la fecha de nacimiento y la fecha de la vuelta a Francia («No ha perdido el tiempo», comentó el comisario), así como las señas. Agradeció lacónicamente la información. Colgó. Se llevó al ayudante al vestíbulo.

—Acaban de identificar a otro sobre las fichas y a partir de la película, verificando la identificación mediante la encargada del local. Un viejo duro de la resistencia comunista. Perteneció al FLN durante la guerra de Argelia. Tengo su dirección. Tú vendrás con nosotros.

Calle Rouget—de—Lisle. Los policías aparcaron en doble fila, obstruyendo casi por completo el estrecho callejón. Goémond subió acompañado de dos hombres. El tercero entró en la portería y se unió después a sus compañeros en el descansillo con una llave.

Entraron en el apartamento y lo registraron todo. Descubrieron la pistola automática china en el fondo del armario.

—El ministro se va a poner contento con esto —dijo uno de los ayudantes— Una verdad grande como una casa es que con motivo del golpe volverá a hablarse, una vez más, de la existencia de un complot internacional.

Goémond lo fulminó con la mirada, y el hombre se calló al instante.

Uno de los hombres del comisario se quedó oculto en el apartamento. Goémond y sus dos agentes de OP, los más dignos de confianza, se encaminaron al XV distrito. Era ya de noche cuando llegaron a casa de Treuffais. El profesor de Filosofía en paro respondió a la segunda llamada al timbre. El hombre entreabrió la puerta.

—¿Qué es lo que...?

Goémond pegó una patada con todas sus fuerzas a la puerta. Treuffais retrocedió aparatosamente, empujado. Los tres policías se adentraron rápidamente en el apartamento. Nada más oír el ruido de la puerta al cerrarse, el comisario cogió a Treuffais por los cabellos, cuando éste iba recobrando el equilibrio, y le golpeó la cabeza contra una pared, al mismo tiempo que le descargaba un izquierdazo en el hígado y un golpe de rodilla en los genitales. Treuffais se dobló, profiriendo un gemido de angustia, cayó de rodillas y vomitó sobre el parquet. Goémond dio un salto atrás, para evitar que el otro manchara su traje, y asestó a su víctima un puntapié en la cabeza, por el lado de la sien. El joven se derrumbó pesadamente, retorciéndose contra la pared. Intentó protegerse.

Goémond le pisó una mano. Seguidamente, volvió a cogerlo por los cabellos, y se lo llevó al salón arrastrándolo por el piso.

—¿Dónde está el embajador?

Treuffais intentó escupir, pero de sus labios sólo salió una baba que se le pegó a la barbilla. Goémond golpeó inmediatamente su cabeza contra el suelo.

—¿Dónde está el embajador?

—Que te den por el culo —murmuró Treuffais.

Goémond lo soltó, incorporándose sonriente.

—No me has preguntado quién soy, ¿eh? Te has dado cuenta enseguida de que te las estabas viendo con los polis, ¿verdad? No me has preguntado a qué embajador me refería... ¿De qué quiero que me hables? Lo has comprendido todo inmediatamente. ¡Qué raro, hombre!

Treuffais miró fijamente a Goémond.

—¿Que ustedes son de la policía? —exclamó el profesor— ¡No le creo! ¡Enséñeme su carnet!

—No te las des de listo, pollo —contestó Goémond, sentándose en el sillón del padre—. Tú sabes que somos de la policía. A menos que te estés imaginando que podríamos ser miembros de la CIA lanzados a la busca de Poindexter. Pues sí, esa idea ha debido de cruzar por tu romántico y menudo cerebro. Bueno, déjate ahora de romanticismos y procura ser práctico y realista. Tenemos ya a Buenaventura Díaz y a André Epaulard. Epaulard es un duro. No quiere hablar. En cambio, tu camarada Díaz... Tú no lo has juzgado bien. Es un puerco. Personalmente, me repugna. Yo he oído cantar ya a mucha gente,

pero no a la velocidad de tu amigo. En un cuarto de hora, nos ha facilitado tu nombre y señas. Sostiene, incluso, que fuiste tú quien mató al motorista, en el momento del ataque. Pero esto no lo creo, porque sé que tú no estuviste en el lugar de los hechos. Como verás, me encuentro muy bien informado. No vale la pena que me dedique a cansarte un poco.

Goémond sonrió, esperando una respuesta. No hubo ninguna.

—¿Dónde está el embajador Poindexter? —inquirió el comisario, una vez más.

Silencio. Goémond suspiró, haciendo una seña de cabeza a sus subordinados. Éstos cogieron a Treuffais y se aplicaron con esmero a la tarea de golpearlo.

—Cuando te veas verdaderamente apurado, ya nos lo dirás —advirtió el comisario.

XXII

Delante de un rojo y susurrante fuego de leña, que crepitaba de vez en cuando, Meyer, Buenaventura, Epaulard y Cash compartían la comida en la sala. Más tarde, Buenaventura subió a relevar a D'Arcy, junto al prisionero, y el alcohólico bajó para comer y beber algo, a su vez. Estuvieron algunas horas frente al fuego. Salieron a la superficie algunos recuerdos. Todos hablaban despacio, sin prisas.

—Yo no comprendo vuestros móviles —dijo Epaulard.

“Tú comprendes los tuyos —señaló Cash—, y con eso basta.

—Si sólo hubiesen existido mis móviles, el secuestro del embajador no se habría llevado a cabo.

—A mí todo me da igual —dijo Meyer, que casi siempre estaba callado—. Yo me encontraba cansado de esta vida, tal como se lleva ahora, sí. Era necesario que se resquebrajara algo, que se viniera cualquier cosa abajo... De otro modo, quizá hubiera llegado a matar a mi mujer. Puede ser también que optara por atracar una gasolinera. Ahora bien, esto... Creo que no pensé nunca, jamás, en hacer una cosa semejante. Buenaventura y Treuffais se encargaron de idearlo todo.

—Pero políticamente esto es una estupidez —objetó Epaulard.

—¿Entonces tú piensas como Treuffais?

—No lo sé. Quizá. Ignoro qué es lo que piensa él.

—A Treuffais le dio canguelo —explicó D’Arcy—. Es un intelectual. Se pasará toda la vida comiendo mierda, dando las gracias por cualquier cosa, y votando en blanco en las elecciones. Ahora, en la historia moderna, en la que se escribe hoy, no cuentan nada estos soplonos asquerosos.

El alcohólico se sirvió vino.

—Bebo a vuestra salud —añadió con voz ronca— Bebo a la salud de los famosos «desesperados». Y a mí me importa un bledo ser justo o estúpido, políticamente hablando. La historia moderna nos ha creado, lo cual prueba que la civilización se encamina corriendo hacia su ruina, de una forma u otra, y creedme, prefiero acabar en la sangre antes que en la mierda. —Vacío el vaso que acababa de llenar—. Sois fúnebres como la muerte —dijo aún—. No habléis más. Cerrad el pico. Me reventáis.

Cash se puso en pie.

—Voy a acostarme. Tú, ven —indicó la joven a Epaulard. Epaulard soltó una risita breve y se levantó también.

—Buenas noches —dijo a los otros.

—Buenas noches, camarada —contestó Meyer.

—Que lo pasen bien los enamorados —dijo D’Arcy.

Epaulard subió las escaleras. Cash se le había adelantado, y cuando entró en la habitación la joven estaba esperándole, helada, bajo las ropas de la cama grande. Epaulard se desnudó con cierto nerviosismo, acostándose luego junto a Cash. Su nerviosismo fue intensificándose más y más, y todo terminó rápidamente. La vergüenza y la decepción hicieron que Epaulard se sintiera irritado. Al cabo de unos momentos, intentó comenzar de nuevo. Bregó

durante mucho rato. Sus esfuerzos fueron baldíos. Cash acabó por apartarlo dulcemente. Epaulard, con la cabeza sobre la almohada, resoplaba como un mulo y rechinaba los dientes. Cash lo besó en un hombro.

—No sirvo ya para nada, en ningún aspecto —declaró Epaulard.

—Eres un viejo estúpido —dijo Cash, con ternura—. Esto es efecto de la tensión, de la angustia. Ya verás cómo mañana te sientes mejor.

Ella le acarició suavemente la mejilla, pero Epaulard se daba cuenta de que la joven se sentía decepcionada, de que aquello era irreparable. Cash se equivocaba... La cosa no iría mejor al día siguiente. Al día siguiente, todos morirían.

XXIII

Treuffais estaba casi en estado de coma. Uno de los agentes de policía le daba sin convencimiento sucesivos puntapiés. El otro registraba el apartamento. Sentado en el sillón del padre, Goémond consideraba, intranquilo, a su prisionero, tendido sobre el suelo, el cual ya no reaccionaba a los golpes. Se levantó y fue a la cocina. Se unió al agente que acababa de realizar un registro sumario.

—¿No ha hablado todavía? —preguntó el hombre.

Goémond movió la cabeza, denegando.

—¿Han probado a retorcerle los testículos?

—Eso sería torturarlo —dijo Goémond—. En nuestro país no se tortura a nadie. En fin, ya veremos... Si se obstina... ¿Ha descubierto usted algo?

El agente bajó la cabeza, ordenando varias cosas sobre la mesa de la cocina: una cachiporra cargada con plomo, una docena de carnets de cheques nuevos, en los que figuraban distintos nombres, y una agenda.

—Talonarios de cheques robados —comentó.

—Nada de importancia.

—Apostaría cualquier cosa a que provienen de ese BNP que se dejó cazar por la Izquierda Proletaria, el 27 de mayo de 1970.

—Yo no acepto la apuesta —replicó Goémond—, pero es posible que esté usted en lo cierto. Esto no nos hace dar un paso adelante, sin embargo. Veamos la agenda.

La hojeó. No había ninguna anotación en sus páginas, con la excepción de las finales, en las que se hallaba un buen repertorio de direcciones. El comisario examinó con interés el librito, dando con las direcciones de André Epaulard y Buenaventura Díaz.

—Va usted a llamar a la casa grande —ordenó Goémond—.

Quiero que sea enviada gente a echar un vistazo en todas las direcciones del repertorio, viendo si ofrecen algo sospechoso, si sus gentes se encuentran en sus domicilios. Hay que evitar que desconfíen, que lleguen a sentir la mosca tras la oreja. Es preciso dar siempre con pretextos verosímiles.

—¡Pretextos verosímiles en plena noche! ¡Pues no pide usted nada! —exclamó el agente.

—Ya verá cómo se encuentran.

—¿Hacemos igual con las señas de la provincia, de fuera?

—Hay que probarlo todo. Por lo que respecta a la provincia, esperaremos a mañana. Yo me ocuparé de eso directamente, con el ministerio.

—Muy bien.

El agente se fue a la entrada para telefonar. Goémond volvió al salón, que presentaba un aspecto lamentable. No había cenado y comenzaba a sentir un gran cansancio. Treuffais continuaba tirado en el suelo. El otro policía se había quitado la americana y estaba

fumando un cigarrillo. Bajo el brazo, en un estuche, llevaba una funda de tela que contenía un Colt 38.

—¿No te decides a hablar todavía? —preguntó el comisario a Treuffais.

—Que te den por el culo, cabrón.

El agente, que se había quedado en mangas de camisa, le atizó, perezosamente, un puntapié.

—Así pues, todavía no te has dado cuenta de que tus compañeros caerán de todos modos, ya que tenemos a Díaz y a Epaulard... Si tú nos ayudas, nos permitirás ganar un poco de tiempo, eso es todo. No es nada deshonroso confesarse uno vencido cuando de veras se ha llegado a tal situación. Yo llamo a esto ser realista. Y, por otro lado, si nos ayudas podré hacer algo por ti.

—Has hecho demasiado por mí, cerdo.

«Está bien», pensó Goémond. «Ya se ha decidido a abrir algo el pico, aunque sólo sea para insultarme, para llamarme cerdo. Esto representa un progreso.»

El comisario se mordisqueó el bigote.

—Os vais a meter en un buen lío, os lo prometo —dijo débilmente Treuffais—. No habéis terminado conmigo, si verdaderamente vosotros sois de la poli. Como no he hecho nada, no estoy al corriente de nada... Y habéis entrado aquí sin un mandato judicial, además. Y me habéis torturado. Os garantizo que me quejaré legalmente, ante quien corresponda.

—¡Pobre cordero! —exclamó Goémond, burlonamente—. Ahora habla de tortura. Decididamente, no sabe lo que dice.

—Vosotros no podéis acusarme de nada, ya que nada he hecho —afirmó Treuffais, en un tono de voz que denotaba su agotamiento.

—Ocultación de cheques robados —señaló el comisario—. Con esto bastará por el momento. A continuación, hablaremos de un atentado contra la seguridad del Estado y de un delito de complicidad en un homicidio. Puedo retenerte todo el tiempo que haga falta, hasta que hables. Te retendré, desde luego, hasta que te decidas a abrir tu precioso pico.

—Pues entonces deténgame —dijo Treuffais—. Méteme en la cárcel. No tiene en cambio el derecho a permanecer en mi apartamento ni a retenerme en él.

—El derecho —contestó Goémond—: ahora lo tomo, ahora lo dejo.

—Bueno, pues usted lo ha querido —dijo Treuffais.

Y se puso a dar gritos, con toda la fuerza de sus pulmones.

Goémond saltó hacia delante, aplicando la suela de su zapato a la boca de Treuffais. Hubo un breve forcejeo. El otro agente se precipitó hacia ellos. Treuffais había logrado ponerse en pie y gritaba cuanto podía. El comisario extrajo del interior de su americana un pequeño vergajo, con el que golpeó en la cabeza al joven, que se calló, mostrándose ahora obediente. En algún lugar, en los pisos inferiores, los inquilinos, descontentos por aquel alboroto, estaban golpeando las tuberías con las escobas.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó el agente—. ¿Vamos a arrestarlo?

—Me parece que va a ser necesario. Nada oficial, ¿estamos? Nos limitaremos a custodiarlo por unos momentos en la casa grande.

—Pensando en los políticos, habría que tomar, sin embargo, algunas precauciones. Debemos desconfiar. Si más adelante formula una demanda podríamos vernos en apuros.

—Para más adelante, querido, tenga confianza en mí —repuso Goémond—. Por entonces andará ya demasiado metido en este asunto, y no podrá hacer nada.

XXIV

—¿Qué sucede?

—¿Es la casa del señor Lamour?

—Sí. Soy yo, el señor Lamour. ¿Qué pasa? ¿Se han dado ustedes cuenta de la hora que es? ¿Qué sucede?

—Pertenece al Servicio de Informaciones Generales.

—¿Son de la policía?

—Sí.

—¡Oh! ¡Entren, entren! ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El señor Lamour, muy solícito, abrió la verja del jardín. Los dos agentes le siguieron por la enarenada alameda, hasta el pabellón, en el que entraron. La señora Lamour, con bigudíes en sus cabellos, mostraba una expresión inquieta cerca de la escalera.

—¿Qué pasa, Joseph?

—Estos señores son de la policía. Sube y acuéstate.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —reiteró ella.

—Usted debe de ser la señora Lamour, sin duda... —apuntó uno de los agentes.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—¿Conocen ustedes a un tal Marcel Treuffais?

—¡Oh! Ese canalla... —dijo Huguette Lamour.

Su esposo, director de curso en Saint—Ange, tuvo a continuación una conferencia, demasiado breve para su gusto, con los dos policías. ¡Ay! Él no conocía a los amigos de Treuffais, por no frecuentar... Claro, él no se trataba con personas como aquéllas. Los nombres de Buenaventura Díaz y André Epaulard no le decían nada. Pero, ¿qué había hecho ahora el granuja de Treuffais?

—Se trata de una simple comprobación. Ahora bien, hemos de hacerla rápidamente y de un modo discreto. No hay por qué difundir el motivo, ¿comprende? No terminaremos nuestro trabajo, en todo caso, antes del lunes por la mañana. Espero que podamos contar con su discreción.

—La policía francesa podrá contar siempre conmigo —declaró el jefe del centro académico.

Unas cuantas visitas similares a la anterior fueron llevadas a cabo en otros puntos de París y de las afueras, procediendo las direcciones de la agenda de Marcel Treuffais.

XXV

Annie Meyer estaba amedrentada. Aquélla era la segunda noche que pasaba sola, y no sabía dónde estaba Meyer, ni cuántos días tardaría en regresar a casa. Dibujaba. En su dibujo se veían dos construcciones ubicadas en el desierto, separadas por un torrente de cieno y de porquería cuyo deslizamiento producía espanto. Para comunicar aquellas dos casas, Annie dibujó una pasarela que se le antojó peligrosamente frágil.

Se levantó de pronto. Le pareció oír un ruido. Cogió un cuchillo de la cocina, que también le daba miedo, pero que llevaba siempre consigo al desplazarse de un lado a otro del apartamento, con el fin de defenderse en el caso de ser agredida. Inspeccionó las dos estancias, siempre precedida por la hoja de acero. Volvió a la mesa en que dibujaba, y perfeccionó su pasarela. Hizo de ella un túnel suspendido, herméticamente cerrado. Seguidamente, se puso a dibujar los taipings, los boxers, los thugs, los Siks, los chleuhs y los mandingues, que provenientes del fondo, de la línea del horizonte, intentaban tomar por asalto la doble morada.

En este momento, alguien llamó a la puerta.

Annie se quedó inmóvil.

Permaneció así durante unos instantes, conteniendo la respiración. El timbre volvió a sonar, ahora más prolongadamente. La joven empezó a temblar; sus dientes rechinaban. Oyó, o creyó oír, unos murmullos en el descansillo, y roces de pies sobre el pavimento. Finalmente, tras otros toques del timbre, el ascensor

funcionó. ¿Se marchaban, verdaderamente, los intrusos, o sólo se trataba de una trampa?

Después de haber permanecido completamente inmóvil durante unos momentos más, Annie, caminando de puntillas, se acercó a la ventana que daba a la calle, abrió y se asomó. Dos abrigos oscuros acababan de salir del inmueble, y uno de ellos levantó hacia la fachada la mancha clara del rostro de su dueño. Extendió un brazo, señalando a Annie.

—¡Sin embargo, allí arriba hay alguien! —oyó ella decir.

La joven se echó hacia atrás. Sus dientes rechinaban terriblemente. Unos segundos después, oyó a los hombres, subiendo las escaleras rápidamente, haciendo ruido, muy seguros de sí mismos. Annie se dio cuenta entonces de que ella era una loca, una enferma mental, y de que Meyer se había ausentado con objeto de lograr que unos enfermeros se hicieran cargo de su mujer, para proceder a su traslado a un asilo.

Cuando la puerta de la entrada comenzó a ser aporreada por los desconocidos, Annie se metió en el cuarto de aseo, empuñó la gran navaja de afeitar de su marido y se abrió torpemente la garganta. A la vista de la sangre, que brotaba a chorros, se sintió aterrorizada, y lanzó un aullido. Se precipitó hacia la entrada en el momento en que los policías abrían violentamente la puerta.

—¡Socorro! —gritó la joven, llevándose ambas manos al cuello, para retener la sangre.

XXVI

Todavía era muy temprano cuando Cash se deslizó fuera de la cama en que dormía Epaulard. El cincuentón abrió los ojos.

—¿Adónde vas ahora?

—A dar de comer a mis conejitos.

—¿Vas a volver?

—Sí. Anda, duérmete.

Cash salió de la habitación. Epaulard se sentó en la cama. Hizo una mueca. Los esfuerzos realizados durante la noche se traducían ahora en un gran cansancio. Palpó los bolsillos de su pantalón, en el suelo, y sacó sus cigarrillos y las cerillas. Sumido en la grisácea penumbra del cuarto, estuvo fumando. No acertaba a adivinar qué le prepararía el futuro. No creía, desde luego, que fuese entregado el rescate; no creía que a la semana siguiente viviese en la abundancia. Ni siquiera acertaba a imaginarse siguiendo en el mundo de los vivientes.

Acabó levantándose y vistiéndose. Bajó al primer piso. La chimenea de la sala se notaba fría y negra. Buenaventura bebía café y escuchaba la radio, como con sordina.

—¡Salud! —dijo Epaulard, tosiendo sobre su cigarrillo.

—¡Salud!

—¿Has visto a Cash?

—Está dando de comer a sus conejos.

—Ya —gruñó Epaulard, con un dejo de desdén, mientras se sentaba a la mesa. Se sirvió café—. Es una chica preciosa —comentó.

—Es una chica que está bien —dijo Buenaventura.

—¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Sí, bastante.

—¿Te has acostado con ella alguna vez?

—No —replicó Buenaventura— No ha querido nunca nada conmigo.

Epaulard fijó la mirada en su taza.

—Apenas has dormido —observó.

—Cinco horas. Lo suficiente.

—¿De nuevo pegado a la radio?

—No hay más remedio. Me tienen descompuesto, pero es preciso esperar a que den una respuesta antes del último momento, para lo del rescate. Con todo, estoy nervioso.

Cash entró por la puerta del fondo; vestía una prenda de piel de cordero y tenía los rubios cabellos sobre la cara. Apartó sus mechones con una mano.

—Por lo que veo, todo el mundo va poniéndose en pie... Tomaré una taza de café con vosotros.

La joven se sentó y se sirvió café. Subió el volumen de la radio. Lamentablemente, todo se oía ahora entrecortado, de un modo defectuoso.

—¡Mierda! Las pilas.

—¿No tienes pilas de recambio?

—No.

—¡Vaya una puñeta!

—A las nueve saldré para comprar unas nuevas —anunció Cash—. Los establecimientos de Couzy abren a esa hora.

—Yo te acompañaré —indicó Buenaventura.

—¿Por qué?

—No me agrada estar sin hacer nada. Es algo que me ataca los nervios.

—Pues entonces, coge el Dauphine y vete a comprarlas. Yo prefiero seguir aquí.

—OK.

Buenaventura se puso en pie.

—Un momento —dijo Cash—. Hay que esperar, inevitablemente. Las tiendas no abren hasta las nueve.

—Bueno.

El catalán se sentó de nuevo.

XXVII

Goémond dejó a Marcel Treuffais en manos de sus ayudantes, regresó a su casa más o menos sobre las dos de la madrugada para descabezar un sueño. A las ocho lo despertó el timbre del teléfono. Saltó de la cama y fue tropezando con todo hasta que descolgó el auricular.

—¡Diga, diga! —gritó, consultando su reloj, y profirió una exclamación al descubrir la hora que era.

—¡Creo que ya lo tenemos, comisario!

La voz de su subordinado al otro extremo del hilo telefónico vibraba de entusiasmo, el entusiasmo de la juventud. El agente dio detalles. Dentro del marco de las comprobaciones relativas a las direcciones contenidas en la agenda de Marcel Treuffais, acababa de ser interrogado el encargado de un hotel, debido a una mujer llamada Verónica Cash, la cual había estado en su establecimiento, y había desaparecido hacía dos semanas.

—¿Y qué más? —inquirió Goémond, furioso.

Se sentía agotado. Las seis horas de sueño últimas parecían no haberle hecho el menor bien. Y le molestaba profundamente, le irritaba sobremanera que los acontecimientos importantes se produjeran mientras él dormía. Estaba de un humor de perros. De pie, cerca del lecho, vestido con su pijama color vino, repasó con una mirada furibunda su estudio—cocina—cuarto de baño, una

adquisición reciente. A menudo, su apartamento se le antojaba repugnante, demasiado pequeño, mal oliente y peor distribuido.

—Dada la clase de la muchacha, libre, más o menos entretenida, a lo que parece, con simpatías no disimuladas por el desorden, nuestros muchachos optaron por enseñar unas fotografías...

—¿A quién?

—Al encargado del local, claro está, comisario.

—¿Y qué?

—El hombre identificó a Díaz.

Goémond se mordisqueó el bigote, y alargó la mano izquierda en busca de sus pequeños puros holandeses. Luego, se dedicó a efectuar una gimnasia bastante complicada para encender uno sin interrumpir la escucha.

—Y esa Mónica...

—Verónica, comisario: Verónica Cash.

—Mónica o Verónica... ¡No me interrumpa! —aulló Goémond—. ¿Y no es ésta la joven que tenía dos direcciones en la agenda?

—Así es, comisario. Su otro domicilio se halla a unos sesenta kilómetros de París, en la campiña. Ahora nos planteamos unas preguntas, formulándonos ciertas respuestas...

—Mi querido Pascal —dijo Goémond, con los ojos encendidos—. No se mueva; no haga absolutamente nada... Me voy corriendo para el Interior...

—Para el interior... ¿de qué? —preguntó el subordinado, que habiendo pasado una noche en blanco no parecía estar mucho más despejado que la víspera.

—¡Voy a la plaza Beauvau, cabeza de chorlito! —rugió Goémond—. ¡Espere mis órdenes!

El comisario colgó. Se quitó el pijama, y, prescindiendo de su sesión diaria de gimnasia, se vistió como una tromba (camisa blanca de tejido sintético, traje de color castaño, corbata azul con hilillo rojo), y se pasó la máquina de afeitar eléctrica por la cara. Antes de salir, abrió la ventana para que se airease el estudio. En la planta baja del inmueble, donde había un snack—bar bien provisto e iluminado, entre una lavandería automática y un club juvenil, tomó un café solo y muy cargado. El inmueble era una construcción nueva, cercana al Sena. Allí donde no había comercios, los blancos muros aparecían cubiertos con pintarrajos de letras y dibujos frecuentemente obscenos, siempre injuriosos, y generalmente amenazadores. Goémond pagó su café y salió del bar. Subió en el Renault 15, aparcado frente a un gran graffiti rojo, en el que se leía: TEMBLAD RICOS: VUESTRO PAÍS ESTÁ CERCADO Y ARDERÁ. El vehículo enfiló el camino de la plaza Beauvau.

El jefe de gabinete del ministro del Interior estaba muy ojeroso.

—¿Y qué hay de esa suicidada? —inquirió.

—¡Se trata del mismo asunto! —exclamó Goémond—. Annie Meyer se encuentra en el hospital, en la sala de reanimación. No está en condiciones de sufrir un interrogatorio, pero se repondrá. No creo que se olvide nunca de que nos debe la vida...

—¿Tiene algo nuevo que notificarme?

—¡Por supuesto!

Goémond puso a su interlocutor al corriente de lo que acababa de saber.

—Usted no posee ninguna prueba. Sospecha únicamente —dijo el jefe de gabinete— que esa gente se encuentra en estos momentos en el campo, en casa de esa Mónica Cash.

—Verónica —corrigió el comisario maquinalmente—. Tengo suficientes y bien fundadas sospechas: como para ordenar que el lugar sea rodeado por fuerzas de la policía.

—Bien. ¿Prefiere usted a los CRS o a los gendarmes móviles?

—Prefiero a los CRS.

—Yo prefiero en cambio a los gendarmes móviles. Que no sean siempre los mismos quienes carguen con el mochuelo. Voy a llamar al Ministerio del Ejército. Y será preciso que prevenga al Prefecto de Seine—et—Marne. Querrá presentarse en el lugar de los hechos. Le avisaremos al final del asedio, si es que éste se produce.

—Me extrañaría mucho que lo hubiese —dijo Goémond—. Los izquierdistas franceses no tienen nada dentro del cuerpo. Se rendirán.

—Ya han dado muerte a dos personas, una de ellas un motorista.

—A pesar de todo, se rendirán.

—Yo opino lo contrario —manifestó el jefe de gabinete—. Estoy convencido de que opondrán resistencia.

Goémond miró de soslayo al otro, y sacó un puro pequeño de un bolsillo, que se puso a encender tranquilamente, a fin de disponer de tiempo para reflexionar.

—Por otro lado —dijo el otro—, ¿cree usted que vale la pena coger a esos sujetos con vida?

—Si eso dependiera de mí, me los llevaría al paredón, usted lo sabe bien...

—¡Yo no sé nada de eso, Goémond!

—Bueno, pues se lo digo para que lo sepa. Estaba pensando en su rehén, ¿comprende? Es un embajador...

—Sí —dijo el jefe de gabinete—. Si lo liquidasen durante el ataque, ¡qué horror! Sucede que un pequeño sector de la opinión pública experimenta por la extrema izquierda una simpatía irreflexiva, pero tal simpatía ya no es posible cuando los izquierdistas revelan su verdadera naturaleza asesinando fríamente a un prisionero indefenso.

—En efecto —contestó Goémond, meditativo—. Y en lo que respecta a esos tipos que nosotros buscamos, han dado ya pruebas de suficiente ferocidad al matar a dos policías.

—Un policía, Goémond. Un policía y un hombre a sueldo, un empleado... ¡Qué forma de despreciar la vida humana! —suspiró el jefe de gabinete.

Goémond lo miró fijamente.

—¿Tampoco se sentiría el señor ministro extrañado, de suceder eso?

—Tampoco.

—¿Y los americanos? ¿Se sentirían extrañados o no?

—Goémond: un policía disciplinado no debe ocuparse de política, especialmente de política internacional. ¿Es necesario que se lo recuerde?

—No, señor. De acuerdo, señor —repuso el comisario.

XXVIII

Treuffais estaba atado al radiador mediante unas esposas. Se hallaba sentado en el suelo, con la espalda pegada al tabique. Goémond entró con su pequeño puro en la boca.

—He venido a verte antes de ponerme en camino, pequeño. Sabemos dónde están tus compañeros, y también dónde está el embajador Poindexter.

A estas palabras del comisario, Treuffais no dijo nada.

—¿Quieres fumar?

—Estoy deseándolo.

Goémond se quitó el puro de la boca, aproximándolo a la de Treuffais.

—Si no te da reparo poner tus labios donde han estado antes los de un policía...

—¿Qué puede importarme a mí eso?

Goémond alzó los hombros, colocando el puro entre los labios del prisionero. Treuffais empezó a chuparlo con verdadero placer. Goémond se incorporó.

—Tú me eres simpático —afirmó el comisario— Voy a ser franco contigo. Te confieso que no sé nada con seguridad. Te confieso que ignoro dónde paran tus compañeros. Te confieso que no he detenido a Díaz, ni a Epaulard.

Treuffais apartó el puro de sus labios valiéndose de la mano izquierda. Temblaba un poco, a causa del frío. El radiador estaba apagado. El joven sólo llevaba encima una camisa de algodón azul claro y un pantalón de pana muy usado. Sentía dolores en el cuerpo y su aliento olía mal. Pero el rostro no mostraba ninguna señal. Todos los golpes le habían sido propinados en otras partes. Examinó pensativamente a Goémond.

—En cambio —dijo el comisario—, creo saber dónde paran tus amigos. Tú puedes confirmar mis suposiciones, con lo cual podría ganar algún tiempo, tus compañeros podrían salir menos malparados, y, en cuanto a ti, no te resultaría inútil dar pruebas de un poco de buena voluntad.

Silencio de Treuffais.

—Aparte de Díaz y Epaulard —añadió Goémond—, hay otros dos tipos, y me imagino que se encuentran en casa de Verónica Cash, en Couzy. ¿Qué dices tú a eso?

Treuffais no decía nada. Simplemente, sus tiritones aumentaron. Goémond se encogió de hombros, arrancándole de los labios el puro. Lo aplastó en su puño, formando una bola, y proyectó sobre la cabeza del interrogado una lluvia de tabaco, brasas y cenizas.

—Lo que tú quieras —dijo Goémond—. Me voy a Couzy. Si me equivoco, reanudaremos más tarde esta amena charla.

—Espere —contestó Treuffais—. Ya estoy harto de todo. Voy a decirle dónde están. ¡Se encuentran en Córcega! —exclamó Treuffais—. Utilizaron un avión privado. Pensaban ocultarse en

Córcega, pero no sé en qué parte, concretamente. ¡Le juro que estoy diciendo la verdad!

—No te canses, pequeño. ¡Oh! ¡Pobre diablo! —repuso Goémond, saliendo de la estancia.

XXIX

—¿Qué desea el señor? —preguntó con amabilidad el dependiente, o tal vez dueño, de la tienda rural.

—Seis pilas de voltio y medio.

—¿De qué tamaño, señor? Tenemos éstas de aquí..., aquéllas...

—Seis de aquéllas.

—¿Seis ha dicho?

—Sí.

El comerciante metió las pilas en una bolsa con publicidad impresa. Buenaventura pagó y se fue. No tenía ganas de volver pronto a la pequeña granja. Le irritaba permanecer inactivo. Rebasó el Dauphine, aparcado al lado de la acera, y entró en el Civette de Couzy, un bar—estanco que quedaba en un rincón de la plaza central de la villa, y desde cuyo establecimiento se divisaba la carretera comarcal.

El catalán se situó de pie frente al mostrador, y pidió una copa de aguardiente. En un extremo de la barra de zinc, unos carboneros gruesos y bien abrigados bebían vino caliente. Una cincuentona de busto inmenso, como un vientre, hacía punto de aguja detrás de la caja y frente a los paquetes de tabaco. Buenaventura, deprimido por el ambiente general, de paciencia, inconsciencia, alcoholismo y humedad, dio la espalda a su copa, apoyándose en el mostrador para contemplar la carretera a través de la puerta de cristales.

La calzada estaba mojada, pero la nieve se había fundido en ella. Sólo quedaban montoncitos grisáceos, esponjosos, sucios, en las cunetas. El catalán habría preferido que Treuffais se encontrara allí. Se imaginó a su camarada jugando una partida de póker con él, una partida de «cruz del sur», con nueve «viudas» en cruz en el centro y cinco cartas en la mano... Se trataba de un juego lento, que dejaba tiempo para charlar. Un gran coche gris cargado de gendarmes se deslizó por la carretera. Buenaventura hundió la mano en un bolsillo, sacó una moneda de un franco, la dejó sobre el mostrador, apuró su copa y salió del local a buen paso. Pasó un segundo coche. El catalán lo siguió con la mirada mientras corría hacia el Dauphine. Las aceras, húmedas, estaban un poco resbaladizas. El catalán subió al Dauphine. El motor era viejo, pero solía arrancar bien. No se había enfriado del todo aún. Él deseaba salir inmediatamente de allí, apartar su coche de la acera.

Buenaventura dio la vuelta a la pequeña plaza, y ya en la carretera se lanzó detrás de los gendarmes. El segundo coche desapareció en una curva con árboles, a unos ochocientos o novecientos metros de distancia. El catalán aceleró. El viejo coche vibraba. Uno de los guardabarros posteriores, podrido a consecuencia del óxido, hacía ruido de latas sueltas. Buenaventura llegó a la curva; retrocedió. A pocos metros, vio una carretera muy estrecha, de las clasificadas como «caminos vecinales», que se separaba de la carretera comarcal y llevaba a la pequeña granja.

Uno de los coches se había detenido a la derecha de la carretera, el otro se había quedado en el camino vecinal, bloqueando la entrada. De ambos vehículos salían a toda velocidad numerosas siluetas con cascos, cubiertas con vastos impermeables negros y armadas de mosquetones. Buenaventura se deslizó ahora a menos

velocidad, echando un vistazo a su alrededor. Los recién llegados avanzaban deprisa por el camino vecinal. La granja, a medio kilómetro de allí, era invisible por la ondulación del terreno y el hecho de hallarse éste cubierto de matorrales.

El anarquista calculó que los policías llegarían a su objetivo en cinco o diez minutos, seguramente, pero que sin duda se tomarían algún tiempo más para rodear el lugar sin dar la alarma: unos veinte minutos, quizá. Buenaventura pisó el acelerador a fondo, tratando de recordar la naturaleza del terreno y las vías de comunicación de los alrededores de la granja. Cubrió unos dos kilómetros antes de dar con una nueva carretera a la izquierda. Dobló y se deslizó a través de la nieve, en fusión.

Los neumáticos giraban sobre charcos de frío cieno, y éste saltaba sobre los costados del Dauphine, salpicando el parabrisas. Los limpiaparabrisas no funcionaban correctamente. La ruidosa parte posterior del coche daba bandazos de una parte a otra de la estrecha carretera.

Cuando juzgó que, más o menos, se encontraba entre la granja y los policías, el catalán se puso a buscar la entrada a un camino de tierra, hacia su izquierda. De pronto, lo vio, frenando demasiado bruscamente. Las ruedas del coche se quedaron bloqueadas. El Dauphine hizo una doble vuelta, abandonando la carretera por el arcén derecho. Sus ruedas delanteras alcanzaron una zanja, en la que el vehículo se quedó inmóvil. Buenaventura fue impulsado contra el volante, y el golpe le cortó el aliento. Abrió la portezuela y descendió precipitadamente.

Diez mil perlas de sudor corrían por su piel. Tenía las mandíbulas apretadas. Un sordo ronquido salía de su garganta. Se despojó del

abrigo de cuero, perforado, arrojándolo sobre la nieve. Después de colocarse detrás del Dauphine, se agachó, asiendo el parachoques. Sosteniéndose con dificultad en el barro, tiró con todas sus fuerzas del coche. Su rostro enrojeció; en sus sienes, las venas se hincharon. Bruscamente, su pie izquierdo resbaló, y el catalán fue a parar al suelo, estando a punto de romperse las narices.

Profirió una atroz blasfemia.

Después de ponerse en pie, se dirigió a la parte delantera del coche. Saltó sobre el talud, corriendo por entre las zarzas, cubiertas de nieve. Buscó un punto de apoyo; las suelas de los zapatos se clavaron en la fría arcilla. Asiendo la parte delantera del Dauphine, dio un grito, tirando hacia arriba. Las ruedas abandonaron la zanja, el vehículo retrocedió sobre el camino, y Buenaventura se quedó caído, a gatas, en el suelo, lleno de fango. Se sintió invadido entonces por una gran debilidad y vomitó angustiosamente el aguardiente ingerido poco antes. Fue la suya una náusea deliberada, útil y breve.

Salió de la zanja para coger su abrigo y colocarse tras el volante. Mediante una maniobra realizada con una gran prudencia, situó el Dauphine a la entrada del camino de tierra. Siempre en primera, Buenaventura avanzó por él. Los tractores habían abierto unos carriles enormes en el blando piso. Fue acelerando, luego, progresivamente. Aquí y allí encontraba profundos charcos que era preciso sortear con el impulso de que disponía en cada momento. Dando continuos saltos contra los flancos de las rodadas, el coche iba desplazándose a razón de unos 40 kilómetros por hora, rumbo a la granja.

Ésta aún permanecía invisible para Buenaventura. La tapaban los bosquecillos de árboles, el terreno en declive y el cruce del camino.

El catalán se aferraba con fuerza al volante. Su pálida cara aparecía deformada por la angustia y el deseo de matar. El sudor se había secado en su rostro, pero notaba su torso y sus ropas humedecidos. Rechinaba los dientes. El Dauphine llegó a un lugar despejado.

La pequeña granja se hallaba situada sobre una reducida meseta. Al oeste, quedaba el camino vecinal, el de acceso; por el este se encontraba el huerto, una extensión de nevados rastrojos, y Buenaventura.

En el momento en que llegó al borde de la meseta, el catalán vio, a su derecha, a un kilómetro de distancia, unas sombras relucientes, armadas, que se deslizaban rápidamente por una zona de matorrales. El camino de tierra se desviaba ahora, orientándose hacia aquel lado. Buenaventura paró, apeándose, para abrir una valla correspondiente a un prado. De nuevo al volante, introdujo el vehículo en aquel espacio, acelerando tanto que, por un instante, el coche pareció volar a ras de la pegadiza tierra, apuntando hacia la granja, donde por toda señal de vida se veía un poco de humo gris claro contra un cielo del mismo tono.

Abajo a la derecha, las siluetas relucientes abandonaban el refugio de los matorrales, y Buenaventura vio que eran guiadas por un pequeño grupo de hombres que vestían prendas civiles, abrigos oscuros e impermeables claros.

El Dauphine hincó de repente el morro. Las ruedas se hundieron en un bache de blando mantillo. Buenaventura dio marcha atrás y aceleró. El embrague falló. El motor rugió en vacío, en tanto que el coche se clavaba en el barro. El catalán salió de él con el abrigo bajo el brazo, echando a correr hacia la granja, a trescientos metros de

distancia. Al mismo tiempo, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

XXX

Serían las diez de la mañana del domingo cuando Buenaventura comenzó a dar gritos. El embajador Richard Poindexter estaba en aquellos momentos haciendo los honores a un plato de huevos con jamón que le habían sido llevados a la cama.

Meyer, a su lado, lo vigilaba, la pistola encima de la silla, mientras leía una novela de ciencia ficción de manoseada apariencia. Los demás estaban abajo. En la cocina, Epaulard y Cash limpiaban la vajilla sirviéndose de agua fría. Cerca de la chimenea, en la sala, D'Arcy daba cuenta de una botella de cerveza, mientras se disponía a subir a su habitación para acostarse, pues había estado vigilando al embajador desde las dos de la madrugada.

El alcohólico frunció el ceño, dejó su botella y se encaminó con pesados pasos hacia la entrada de la cocina.

—¡Eh! ¿No habéis oído nada?

Epaulard se dio la vuelta.

—No —respondió.

Pero viendo el gesto preocupado de D'Arcy, arrugó el ceño a su vez, y alargó la mano para cerrar el grifo del agua.

En el repentino silencio, oyeron los tres un prolongado aullido, un grito sostenido. Cash, todavía con las manos mojadas, abrió la ventana de la cocina, que daba a la parte posterior de la granja. Inmediatamente, descubrieron entre las negras masas de los árboles

una silueta agitada, alguien que corría entre los rastrojos gritando, acercándose cada vez más.

—Es Buen —dijo D’Arcy.

La mirada de Epaulard barrió la campiña, y el hombre experimentó un sobresalto al descubrir otras siluetas que se desplazaban hacia la izquierda, dobladas y relucientes.

—A la izquierda —dijo— Ahí están los polis.

—Voy a echar un vistazo delante —contestó D’Arcy—. Voy a sacar el Jaguar. Ocuparos de bajar al embajador.

Dejó la cocina, atravesó como una flecha la sala común y abrió la puerta con cristales de la entrada. Sobre el terreno de la parte delantera de la granja, hasta el camino vecinal, el alcohólico no vio nada inquietante, todo estaba tranquilo, desierto. Se precipitó hacia el garaje, entró en él, subió al coche y lo puso en marcha.

Cash subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

Epaulard se había quedado inmóvil frente a la ventana abierta, contemplando al catalán, que acababa de penetrar en el huerto. Buenaventura había abandonado, al paso, su abrigo, en los alambres de espino. Corría ya entre los árboles cercanos. Había dejado de gritar, le faltaba aliento para ello.

—¡Andró Epaulard! ¡Buenaventura Díaz! ¡Verónica Cash! ¡Y los otros! —gritó una voz potente y lejana como la de Zeus—. ¡Os encontráis rodeados!

El megáfono transmitió un suspiro. A doscientos metros de allí, los policías estaban también faltos de aliento. Goémond hizo una pausa, apartando el megáfono de sus labios. A su lado estaban tres agentes

de paisano, y un oficial de la gendarmería, con una radio. Carente ya de fuerzas, el comisario gesticuló en dirección al emisor—receptor. El gendarme se lo pasó. Goémond se apoyó en el tronco de un cerezo.

—Azul dos —dijo, jadeante—. ¿Está ahí, Azul dos? Aquí Goémond. Cambio.

—Azul dos al habla —dijo el aparato—. Estamos en el límite oeste de la granja, sobre el camino vecinal. Nos hallamos a unos sesenta metros, contra el talud. No avanzamos. Aguardamos sus órdenes. Alguien acaba de salir de la casa, penetrando por el ala norte. Cambio.

—Yo seré quien dé las instrucciones —indicó Goémond—. Si se inicia el fuego, tendrán que impedir que sea abandonada la casa por cualquiera de ellos. Tirarán sobre la fachada, empleando granadas. Fin de la comunicación.

Goémond entregó al gendarme el aparato, llevándose de nuevo el megáfono a los labios.

—¡Ah de la casa! ¡Atención al que corre hacia la granja! ¡Deténgase inmediatamente o disparamos! ¡Habla la policía! ¡Deténgase inmediatamente!

Buenaventura comenzó a zigzaguear entre los árboles.

—Abran fuego sobre él —ordenó el comisario.

—Pero..., comisario... —dijo el oficial.

—¡Por el amor de Dios, disparen sobre él!

El oficial hizo una mueca, volviéndose hacia sus gendarmes, desplegados hacia la derecha, a una veintena de metros.

—¡Estéve! —gritó—. ¡Abran fuego sobre ese tipo que corre por allí abajo!

El gendarme Estéve, un tirador de primera, hincó una rodilla en el suelo y colocó la carabina en posición. Buenaventura aumentaba su carrera hacia la casa.

—¡Apúntele a las piernas! —gritó el oficial de la gendarmería.

—¡Apúntele donde sea! —corrigió Goémond en el mismo tono.

Nervioso, el gendarme Estéve tiró un poco al azar. Buenaventura giró en redondo, batiendo el aire con el brazo para recobrar su equilibrio. Seguidamente, cayó de espalda. Se levantó inmediatamente, y bajó la cabeza, saliendo disparado contra la puerta de la casa. Movié las piernas frenéticamente, incorporándose para cerrar la puerta con un fuerte golpe de tacón. En aquel momento apareció un trapo blanco en la ventana de la cocina.

—Se rinden —manifestó el oficial de gendarmería, aliviado.

—Eso es una trampa —manifestó Goémond.

Desde el piso de la granja, desde un tragaluz estrecho como una aspillera, alguien comenzó a disparar con una metralleta.

Cash subió los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, precipitándose luego en la habitación del embajador. Meyer estaba de pie, con su pistola automática en la mano. La novela de ciencia—ficción había ido a parar al suelo. El camarero de la cervecería parecía sentirse inquieto.

—¿Qué ocurre? ¿Quién grita?

—¡Rápido! ¡Hay que llevar al embajador abajo! —chilló Cash, que se lanzó ahora sobre la ventana que daba a la fachada.

Vio la puerta del garaje abierta. Desde su puesto, en alto, divisó también una serie de negros cascos que se apiñaban encima de la nieve del talud, a sesenta metros de distancia, por el camino vecinal.

—¡Mierda! —exclamó, mirando a Meyer—. Ya es tarde. No te muevas de aquí. Cuida de este pez gordo. No te vayas... Vuelvo enseguida.

Salió disparada por el pasillo como una flecha, y entró en su habitación, con la cama sin hacer todavía. Metió una mano debajo de ella y sacó la Sten y los cargadores, envueltos en trapos. Inmediatamente, cargó el arma. Se oyó el disparo de un fusil. A continuación, hubo un fuerte ruido en la puerta posterior.

De pie, frente a la ventana de la cocina, Epaulard, sumido de repente en un estado de indecisión y torpeza sorprendentes, estaba viendo al catalán dando vueltas, tirándose al suelo, levantándose... El cincuentón empuñó una linterna y la agitó.

—¡Alto el f...!

Cash cruzó la habitación como una bala, hizo añicos los cristales del tragaluz con el cañón de la Sten y casi en el mismo momento apretó el gatillo, disparando todo el cargador al azar. Los proyectiles se esparcieron en las sombras, por entre las ramas de los árboles.

—¡Fuego! —gritó Goémond, con toda la fuerza de sus pulmones.

Electrizados por el grito, la ráfaga de ametralladora y las astillas que llovían sobre sus cascos, los gendarmes acataron aquella orden como un solo hombre. Los cristales estallaban alrededor de Epaulard. Asombrado por no haber sido alcanzado por las balas, el cincuentón dio la vuelta para correr hacia la puerta de la cocina. Alguien pareció darle entonces un gran golpe en la espalda. Epaulard

cerró los ojos, cayendo boca abajo sobre las losas del pavimento. Los proyectiles, por encima de él, se incrustaban en los muros y rebotaban por la cocina, destrozando un velero instalado sobre el almanaque y perforando la nevera.

—¿Dónde está mi pistola? —preguntó Epaulard, con voz pastosa.

Nadie contestó.

Simultáneamente, el fuego de los gendarmes destrozaba las conejeras que había en la parte posterior de la pequeña granja, y los animales saltaban por el aire, dando vuelta, y reventando, casi, oyéndose sus chillidos, lo cual aumentaba todavía más aquel condenado pandemonio.

Casi al mismo tiempo también, el oficial de gendarmería, pálido a causa de la ira, se desvió a un lado tres pasos, ordenando con un aullido que cesara el fuego. Entonces, llegaron hasta él los proyectiles de la mitad del segundo cargador. Algunos se estrellaron contra el chaleco protector que llevaba puesto, pero otros se incrustaron en su cabeza. Cayó de costado, comenzando a proferir gritos de dolor. Éstos originaban una terrible angustia; eran insoportables. Los gendarmes intensificaron sus disparos para no oírlos y vengar a su jefe, estimulados por el megáfono de Goémond. El comisario se replegó ligeramente con sus ayudantes, alcanzando el flanco izquierdo de los gendarmes. El encargado de la radio, sin embargo, se acercó arrastrándose al oficial herido, y lo puso boca arriba, con lo cual sus espeluznantes gritos se recrudecieron. Luego, lo cogió por debajo de los brazos a fin de ponerlo fuera del alcance de los anarquistas. El oficial terminó perdiendo el sentido, y sus terribles aullidos cesaron.

Avanzando a gatas, con el brazo izquierdo dolorido, Buenaventura consiguió llegar al pie de la escalera. Las ventanas de la fachada se vinieron abajo como lámparas colgantes. El otro destacamento de gendarmes, en la parte delantera de la granja, entraba en la danza conforme a las instrucciones recibidas. Los proyectiles acribillaron el muro del fondo y la escalera. Sobre la mesa, estalló una botella de cerveza vacía.

—¿Hay alguien aquí abajo? —chilló Buenaventura.

—Sí — respondió Epaulard, en la cocina.

Su voz era demasiado débil para que el catalán pudiera oírla.

—¡Disparen las granadas! ¡Hay que hacer salir a esas ratas de sus escondrijos! —ordenó Goémond con voz vibrante.

¡Ploc! Se oyeron los disparos de los fusiles lanzagranadas. Por el hueco de la ventana de la cocina pasaron los proyectiles, que rebotaron en el pavimento.

—Debo de tener una fractura de columna vertebral —declaró Epaulard, los labios contra el suelo— No consigo mover los brazos, ni las piernas. No vengáis a buscarme... De todas maneras, no podréis llevarme a ningún lado.

Ignoraba si le estaban escuchando o no. En aquel instante explotaron dos granadas. No eran granadas ofensivas; provocaban solamente, a corta distancia, una conmoción, originando un desprendimiento de gas CB. El cuerpo de Epaulard sufrió una sacudida, y en sus costados, en sus piernas y en la espalda se incrustaron unas astillas. Empezó a toser con dificultad. La cocina se llenó de gas, el cual iba escapándose lentamente por la ventana.

Buenaventura estaba agazapado al pie de la escalera, palpándose el brazo izquierdo. Dio con el agujero que había hecho en su ropa el proyectil al entrar. Introdujo un dedo y desgarró la tela, llegando al orificio de salida y tratando de examinar la herida. Su bíceps, atravesado, se veía hinchado, purpúreo y sanguinolento. Estaba rabiando de dolor.

Alguien empezó a bajar por la escalera.

—¡Quédate ahí! —gritó Buenaventura.

Meyer no hizo ningún caso de la indicación. Por el lado de la fachada, los policías continuaban tirando. Al alcanzar el sexto peldaño de la escalera, Meyer recibió un balazo en el corazón. Se quedó sentado, muerto, allí, y bajó deslizándose hasta el suelo, derrumbándose sobre Buenaventura.

—¿Te han alcanzado? ¡Meyer! ¿Estás herido? —preguntó el catalán al cadáver.

Arriba, en el piso, Cash había dejado de disparar. No acertaba a extraer el cargador vacío de su arma. Acababa de ver salir a Meyer, como una tromba, de la habitación del embajador.

—¡Ya está bien! —había gritado el hombre cuando pasaba— ¡Nuestra situación es desesperada! ¡Voy a rendirme! ¡Tengo una esposa que atender!

Había desaparecido. Cash inspeccionó ahora la puerta de la habitación. Se preguntó si Meyer, en su arrebató, habría dejado la pistola allí. Se preguntó dónde pararía Epaulard. Se preguntaba si estaría herido Buenaventura. Se preguntaba qué estaría haciendo D'Arcy.

Unas granadas lanzadas por el destacamento situado en la parte delantera penetraron en la sala y las tres habitaciones del piso, haciendo explosión. Cash oyó un grito del embajador, y el hombre salió, en calzoncillos, protegiéndose el rostro con una mano. En la otra no llevaba nada...

—¡No dispare usted sobre mí, se lo ruego! —pidió el diplomático, al ver que la joven le apuntaba con su Sten, inutilizable.

—¡Vamos! Tiéndete boca abajo al lado de la pared, pez gordo. Y no te muevas.

—Debiérais rendiros —dijo el embajador—. Está claro que ya no podéis hacer nada. Y esos hombres no abrigan la menor intención de negociar con vosotros.

—Cierra el pico.

Al pie de la escalera, Buenaventura quiso sacar provecho de las nubes de gas que habían invadido la sala. Cogió la pistola de Meyer y echó a correr hacia la escalera. Logró llegar hasta el piso sin ser alcanzado por ninguna bala. Cash le apuntó con la ametralladora antes de reconocerlo. El embajador estaba tendido en el suelo, boca abajo, a lo largo de la pared. Buenaventura estaba muy pálido. Su mano izquierda se encontraba cubierta de sangre, que goteaba sobre el pavimento.

—¿Qué te pasa, Buen? —preguntó Cash—. ¿Qué es lo que te propones?

El catalán la empujó a un lado, hincó una rodilla en el suelo, cerca de Richard Poindexter, y disparó una vez sobre la cabeza del hombre. Cash profirió un grito que demostraba su disconformidad. El cráneo del embajador había quedado aplastado por la nuca; sus

cabellos se veían quemados por la pólvora; la sangre rezumaba sobre el pavimento, alrededor de su rostro. Buenaventura se incorporó, y fijó su mirada en Cash, que se había quedado inmóvil, con sus grandes ojos muy abiertos y la boca torcida por unas incontenibles náuseas.

—Tiran a matar —dijo el catalán—. No han venido aquí para detenernos, sino para quitarnos de en medio, para eliminarnos.

Estaba como drogado.

—Un diplomático más o menos, ¿qué más da? —añadió Buenaventura con voz ausente.

Cash arrojó al suelo su Sten.

—Voy a rendirme.

—No hagas eso. Te van a matar.

Cash continuaba apoyada en la pared. Sentía un gran vacío interior. El catalán cogió la metralleta, extrajo el cargador encasquillado, y lo sustituyó por otro.

Las granadas continuaban entrando por las aberturas de las ventanas, haciendo explosión en las habitaciones y en la planta baja, causando un gran estrépito. El gas fue extendiéndose por el pasillo del piso, llenando de nubes las habitaciones y la escalera.

—¿Dónde está Epaulard? ¿Dónde está D’Arcy? —inquirió Buenaventura.

Tuvo que repetir sus preguntas, a causa del estruendo y de la falta de atención de Cash.

—D’Arcy está en el garaje —respondió la joven— Epaulard...
¿Dónde está Epaulard?

—¡Eso es lo que te estoy preguntando yo!

—Bajó antes... Está abajo.

Cash giró en redondo, y se dirigió a la escalera.

—¡No bajes! ¡El garaje puede alcanzarse levantando el tejado!
¡Cash!

La joven dio unos pasos rápidamente rumbo a la escalera, perdiéndose en una nube de gas. Buenaventura la perdió de vista, oyendo luego su tos.

“¡Qué mierda! —gruñó—. ¡Viva la muerte!

Metió la pistola automática en el bolsillo del pantalón, y se colocó la Sten bajo el brazo derecho, tras lo cual empezó a correr hacia el final del corredor, el extremo del cuerpo de la construcción. Hizo con el brazo izquierdo un rápido movimiento de pistón para combatir su anquilosamiento. Sentía un dolor muy fuerte y continuaba saliendo más sangre de su músculo, atravesado por la bala.

Cash llegó tosiendo constantemente al pie de la escalera. Ya habían cesado los disparos. El cadáver de Meyer se encontraba tendido junto al primer peldaño. Cash pasó por encima de su cuerpo, siempre tosiendo, y se volvió hacia la puerta de atrás, que estaba abierta. De pronto, se encontró frente a frente con Goémond, dos de sus ayudantes y un gendarme armado de una metralleta. Los cuatro hombres llevaban puestas sus máscaras antigás y la contemplaban a través de la nube verde y blanca del clorobenzalmalononitrilo (CB).

—Me rindo —dijo Cash, tosiendo una vez más y levantando los brazos por encima de la cabeza.

Goémond le disparó un balazo en el pecho. La joven retrocedió bruscamente, y cayó de espaldas sobre el pavimento de la sala.

—Tú olvidarás esto —dijo Goémond, mirando al gendarme—. Piensa en tu retiro.

Franqueó de un salto la abertura que daba entrada a la cocina, echó un vistazo al interior, y vio a Epaulard tendido de bruces en el pavimento. Hizo unas señas a los otros para que lo siguieran. Avanzando intermitentemente, los tres policías se ocultaron en la parte baja de la escalera. El gendarme lanzó una ráfaga al azar, en aquella niebla artificial. A continuación, los dos agentes subieron por la escalera a toda prisa.

Goémond entró en la cocina, y se inclinó sobre Epaulard, sacudido por continuas náuseas. Lo agarró por los cabellos para dejar su cara al descubierto. Los ojos del herido estaban enrojecidos e hinchados. Su cara tenía un tono purpúreo.

—No me toque —murmuró— Tengo una fractura en la columna vertebral.

Goémond dejó caer la cabeza del cincuentón, deslizó uno de sus pies por debajo del dorso y, con un brusco esfuerzo, le dio la vuelta. Epaulard emitió un apagado quejido y la lengua salió de su boca. Goémond le tomó el pulso. Después, se incorporó, satisfecho.

Buenaventura, en el piso, había entrado en el cuarto de aseo y echado el cerrojo, una vana precaución. Procedió a continuación a arrancar las placas de material aislante y el papel alquitranado que le separaban de las tejas de la cubierta superior. De pie encima de la

bañera, levantó suavemente una teja para observar los alrededores. Se encontraba en el extremo norte de la construcción principal, por la parte en que el tejado se unía al del ala norte (en el interior de la cual estaba el garaje). Buenaventura, de haber contado con las herramientas adecuadas, habría podido pasar directamente al garaje excavando en la pared del cuarto de aseo, por encima de la bañera.

Desde su puesto de observación, el tejado del garaje quedaba en el centro de su campo visual. Contempló, hacia la derecha, la campiña. Era una dirección por la que no venía ningún ataque, debido a que la pequeña granja no presentaba abertura alguna por ese lado. No obstante, podían divisarse unos gendarmes formando un reducido pelotón, agachados en un bosquecillo, a un centenar de metros de distancia.

A la izquierda, la mirada de Buenaventura se fijaba, entre las dos alas de la vivienda, en el terreno fangoso que se extendía hasta el camino vecinal. En éste, descubrió un nutrido grupo de gendarmes. Los hombres ya no disparaban. Debían de haber recibido la orden de alto el fuego, o bien obraban así porque nadie les contestaba desde la granja. Al parecer, aguardaban instrucciones para avanzar.

El catalán se colocó la metralleta delante, atravesada, dio un buen golpe. Alrededor de una docena de tejas se partieron, cayendo los pedazos... El joven se inclinó, y se deslizó boca abajo por la pendiente del tejado. Le detuvo una pendiente opuesta, la del tejado del garaje, y entonces, frenéticamente, se aplicó a la tarea de levantar tejas. Estaba a la vista de los gendarmes concentrados en el camino vecinal, y de los que se agachaban en el bosquecillo norte.

—¡Eh! ¡El del tejado! —gritó una voz, a través de un megáfono—. ¡Las manos arriba! ¡Y no te muevas si no quieres que hagamos fuego sobre ti!

En el interior de la granja, Goémond acababa de rematar a Epaulard, oía al oficial de gendarmería (y lo maldecía mentalmente) dando a alguien la ocasión de salir con vida de aquella aventura.

Buenaventura hizo saltar todavía tres tejas, hundiéndose así en el orificio practicado, antes de que los gendarmes tuvieran tiempo de hacer fuego sobre él. Se encontró entonces encima de la plataforma de madera que sólo ocupaba una parte del piso. El ala de la pequeña granja en que estaba había sido dedicada en otro tiempo a los útiles del campo. La superficie, en su máxima amplitud, no contaba con ninguna separación entre el piso de tierra batida y el tejado, seis metros más alto, sostenido por viejas vigas. El catalán estaba sobre una especie de henil que el propietario legal de la granja había pensado no mucho tiempo atrás convertir en una galería. Avanzó por el borde de la plataforma en la penumbra del recinto, Buenaventura vio abajo el Jaguar verde, con el motor en marcha, D'Arcy acomodado en el asiento del conductor y con las piernas colgando fuera del vehículo, dando tragos de vez en cuando a una botella de litro de vino tinto.

El alcohólico empujaba con la mano libre una pistola. Sin dejar de beber, sus ojos se fijaron en Buenaventura.

—Soy yo —dijo el catalán.

D'Arcy despegó su boca de la botella.

—Ya lo veo —contestó—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

Una escala unía el henil con el piso de tierra. Buenaventura la utilizó para bajar.

—Supongo que han muerto todos —dijo al poner los pies en el suelo—. Yo maté al embajador. Estamos cercados. Ni siquiera podemos rendirnos.

D’Arcy apuró el contenido de la botella, arrojándola luego contra un muro. La botella se hizo añicos.

—Bien —dijo luego—. ¡Adelante! ¡Arremetamos contra esa gente!

—¡Viva la muerte! —exclamó Buenaventura una vez más.

Dio la vuelta al Jaguar para abrir la portezuela opuesta y acomodarse en el asiento correspondiente. Valiéndose del cañón de la Sten, rompió el parabrisas, precediendo a raspar los trozos de vidrio adheridos a los bordes metálicos. D’Arcy cerró de un golpe la portezuela de su lado.

—Frente a la salida —dijo el alcohólico— está, precisamente, el camino de tierra por el cual llegamos aquí la otra noche. Voy a lanzarme pisando a fondo el acelerador... No se lo esperarán.

—OK.

—Adiós, viejo.

—Adiós.

El Jaguar abandonó el garaje lentamente, ya que debía virar enseguida. Giró, y a continuación se dirigió hacia la barrera de la salida.

Los gendarmes, en aquel momento, se disponían a abrirla, preparándose para avanzar. En cierto modo, fueron cogidos desprevenidos.

D'Arcy se había apalancado en su asiento, apretando el torso contra el volante, situando los ojos al nivel del salpicadero, mientras aceleraba alocadamente. Buenaventura había apoyado el cañón de la Sten en el borde metálico del parabrisas roto, sembrando el camino de balas. Los gendarmes se dispersaron rápidamente, y se lanzaron a los hoyos y zanjas, entre torbellinos de nieve y cieno. Varios gendarmes, con fusiles o metralletas, abrieron fuego sobre el Jaguar, desordenadamente, pero con eficacia. El coche salió acribillado.

—¡A los neumáticos! —aulló el oficial con todas sus fuerzas.

El Jaguar franqueó la barrera, cruzó el camino vecinal y penetró, atravesándola, en la pista para tractores que se prolongaba por el flanco de un pequeño valle cubierto de matorrales. Al paso, los vidrios laterales saltaron, pulverizados. La cortina de fuego de los gendarmes perdió altura. Ahora les llegó a los neumáticos el tumo, quedando destrozados, mientras otros proyectiles se hundían en la parte posterior de la carrocería.

D'Arcy había recibido dos proyectiles en el pecho, otro en el cuello y otro en los riñones. Dejó el volante, cayendo encima de él, con el rostro hacia adelante y los brazos colgando. La sangre salía de su carótida a borbotones, entre grandes sacudidas. Su pie se hallaba bloqueado sobre el acelerador.

El Jaguar descendió cada vez con mayor rapidez por el camino de tierra, falló en una curva, arrancó un matorral y osciló sobre un costado, cayendo a una hondonada profunda utilizada como

vertedero público. Dio tres vueltas de campana sobre las basuras, antes de estrellarse contra el fondo de la depresión y quedarse inmóvil.

De pronto, Buenaventura se encontró gateando entre las basuras, sin saber cómo había llegado hasta allí. Descubrió el vehículo, con sus portezuelas abiertas, los neumáticos aplastados, la parte superior chafada, el capó ausente, a unos veinte metros de distancia. De pronto, el coche empezó a arder. Del depósito se elevó una llama grande y sinuosa, que se extendió al motor, haciendo luego explosión, debido a lo cual salió proyectado hacia lo alto un nubarrón de humo y basuras, que cubrió la hondonada. El catalán echó a correr cuesta abajo, resbalando.

Los policías del camino vecinal, aturridos por la última escena, no divisaban ya el coche. Había desaparecido en la curva del camino de tierra, para ellos, y ahora ardía y hacía explosión en una hondonada, fuera de su campo visual. El oficial destacó a una docena de hombres para que inspeccionaran el lugar. Estos se dispusieron en marcha, a la carrera, doblados sobre sus armas.

Cuando llegaron al lugar en que estaba ardiendo el Jaguar, el catalán se había escabullido ya entre los negruzcos matorrales existentes en el extremo del torrente. Buenaventura vio un sendero que corría paralelo a la carretera comarcal que conducía a Couzy. Corría a la mayor velocidad que le permitían sus piernas. El terreno se hallaba cubierto de árboles. El fugitivo era invisible. Dio con una curva. Buenaventura desembocó en la otra carretera. Couzy quedaba a medio kilómetro, pero a menos de cien metros había una pequeña gasolinera. El catalán prosiguió su carrera sobre la última carretera. Su respiración era atropellada. Su brazo continuaba sangrando. Tenía el tobillo derecho dañado. Se sentía muy débil;

notaba no muy firme su cabeza. Pero de una manera u otra seguía corriendo.

En la gasolinera había un viejo 203 utilitario repostando combustible. Su propietario, en ropa azul de trabajo, charlaba con el que manejaba la bomba automática, un muchacho de recia complexión, aire risueño y manos ennegrecidas y grasientas. El catalán llegó hasta ellos dando continuos traspiés, sacando inmediatamente su pistola automática de un bolsillo.

—Llene del todo el depósito —ordenó—. Y no se muevan.

Los dos hombres no hicieron ningún movimiento. El empleado de la gasolinera continuó abasteciendo de gasolina el depósito del utilitario. Buenaventura se apoyó con un hombro en el 203.

—¿Desea usted llevarse mi coche? —preguntó el hombre vestido de azul, con voz inexpresiva.

—Sí.

El otro intentó una risita burlona y le faltó poco para atragantarse.

—No vale nada —manifestó— Es un viejo cacharro.

—Escuche esto —dijo Buenaventura—: yo soy el único superviviente del grupo Nada, el comando anarquista que el viernes por la noche secuestró al embajador de Estados Unidos. La policía nos localizó en una granja, no muy lejos de aquí, y sus hombres han matado a sangre fría a mis compañeros. ¿Han entendido ustedes bien lo que acabo de decir?

—¡Que son ustedes los anarquistas que secuestraron al embajador americano!

—Sigan escuchándome —añadió Buenaventura con lasitud—. Intenten recordar esto... Podrán repetir mis palabras a los periodistas, y éstos las reproducirán en los diarios, con sus fotografías... La policía nos ha pasado a cuchillo, por así decirlo. Los policías han dado muerte a cuantos hallaron dentro de la granja, a todo el mundo. Y el embajador ha sido asesinado porque aquéllos no nos permitieron rendirnos. ¿Me han comprendido?

—¿Quién fue el que dio muerte al embajador? —preguntó el dependiente de la gasolinera.

—¡Ah, cabrón! —suspiró el catalán.

El depósito estaba lleno ya. El joven de la gasolinera apartó de la abertura de aquél el extremo metálico de la manguera. Procedió a tapar el depósito.

—Ahora, los dos de espaldas —ordenó Buenaventura.

Los dos hombres obedecieron. El catalán abatió el cañón de su pistola sobre la cabeza del de azul, quien se desplomó profiriendo antes un grito de dolor. El joven echó a correr como un loco, refugiándose en un pequeño despacho. Buenaventura reprimió su deseo de disparar sobre él, y subió al asiento del 203. Arrancó, dio media vuelta y enfiló el camino de París. Plantado en el umbral del despacho, el dependiente de la gasolinera hizo algunos disparos sobre la camioneta con su Simplex, y una lluvia de plomo del número 7 se abatió sobre el vehículo. El catalán aceleró. El 203 se perdió en la primera curva. Eran las diez y veinticinco de la mañana. La carnicería había durado menos de una hora.

XXXII

A última hora de la mañana, fue dada la noticia por la radio, que emitió un breve boletín especial, y fue posteriormente desarrollada y comentada a la hora de la comida, sobre todo por la televisión, que ofreció imágenes de «la granja trágica», de cristales rotos esparcidos por el suelo, de la sangre coagulada del embajador, de los ennegrecidos restos del Jaguar...

Se redactaron comunicados y telegramas. El Estado francés envió noticias de condolencia a la viuda del embajador y al Estado americano. Hubo un comunicado del Ministerio del Interior manifestando que el orden había sido restablecido, y que sus representantes se felicitaban por ello, recomendando, no obstante, que todo el mundo se mantuviera a la expectativa, por si se volvían a repetir aquellos excesos, y no sin inclinarse respetuosamente ante la memoria de Richard Poindexter.

Telegrama del Santo Padre al presidente de la República. Mensaje del arzobispo de París. Telegrama del primer ministro a la familia del oficial de gendarmería que luchaba con la muerte en el lecho del hospital. Telegrama de felicitación del ministro del Ejército a la agrupación de Gendarmería Móvil que había actuado en Couzy. Comunicado de un grupúsculo bordighista acusando a las fuerzas del orden de haber abierto fuego sin previa advertencia sobre la granja, considerando a las mismas únicas responsables de la muerte del embajador (tal comunicado estuvo a punto de llevar al ministro del Ejército a la presentación de una demanda por difamación).

Mensaje confidencial del comandante de la agrupación de Gendarmería Móvil incriminando al director de la gendarmería y de la justicia militar, para quejarse especialmente del comisario Goémond (como consecuencia del cual, el ministro del Ejército renunciaba a la formulación de la demanda por difamación, celebrando una entrevista urgente con el ministro del Interior). Comunicado de la ORL (Organización Revolucionaria Libertaria, clandestina, doce miembros, de los cuales cuatro eran policías infiltrados), invitando a todos los revolucionarios a matar «cincuenta policías, por lo menos», para vengar a los muertos de Couzy. Comunicado del sindicato autónomo de los otorrinolaringólogos, informando al público que ellos no tenían nada que ver con la organización anterior. Etc., etc.

Un equipo de médicos preparaba una serie de informes sobre las autopsias, pero la marcha de los acontecimientos era ya clara y simple para la opinión. Los terroristas, sitiados, antes que rendirse habían preferido matar a su rehén y disparar sobre las fuerzas del orden, quienes habían tomado la casa al asalto. André Epaulard, «extraña figura de aventurero internacional», Nathan Meyer, «camarero, descrito por sus compañeros de profesión como hombre introvertido, agresivo y desequilibrado», Verónica Cash, «la Pasionaria del grupo», habían resultado muertos durante la acción, con las armas en la mano. Benito D'Arcy, «hijo de papá, alcohólico y depravado», había muerto unos momentos más tarde, cuando forzaba una barrera al volante de un costoso vehículo deportivo, a la vez que disparaba contra los policías. Buenaventura Díaz, «ciertamente, el individuo más peligroso, anarquista de dilatado historial, sin medios de existencia conocidos», había logrado escapar, siendo activamente buscado por las autoridades. La televisión difundió su fotografía. Tenía una cara delgada y pálida, de

granuja; llevaba los cabellos largos, enmarcando unos ojos que daban miedo; era, en definitiva, un sujeto cuya sola presencia ya provocaba un respingo.

XXXIII

Buenaventura miraba su imagen en la pantalla del televisor.

A bordo del 203 utilitario y vagando por carreteras desconocidas, había ido a dar al valle de Morin. Después de una hora de camino, se había adentrado con el coche en una carretera. El catalán desconocía dónde se encontraba; avanzaba viendo a uno y otro lado, constantemente, unas paredes amarillentas, arcillosas, semejantes a murallas, en torno a un espacio lleno de charcos, donde dormían camiones de carrocerías anaranjadas, y el suelo estaba cubierto de raíles, de vagonetas oxidadas.

En un rincón del lugar vio una caseta de plancha de hierro, de las utilizadas en las obras, prefabricada. Después de aparcar el 203 detrás de un camión, para que no pudiera ser visto desde el camino, Buenaventura forzó la puerta de la barraca con una pieza de acero redondo, empleada con otras parecidas para efectuar perforaciones. Estaba acalorado; tenía frío; sudaba; tiritaba. Dentro del recinto vio una litera, una mesa de despacho, unos cascos de plástico, una botella de vino mediada, varios papeles y una Velosolex. A esto se le podía llamar suerte.

Buenaventura permaneció dentro de la barraca en actitud reflexiva durante unos momentos. La cantera seguiría probablemente desierta hasta el lunes por la mañana, pero era un escondite precario. Y como en algunos lugares del valle podía haber bailes durante el fin de semana, no era de extrañar que algunas parejas cogieran sus coches para acercarse hasta allí, sin más fin que

entregarse a sus escarceos amorosos, con lo cual se exponía a que el 203 robado, cuyas señas habían divulgado suficientemente los medios de comunicación, fuese visto y luego identificado.

Como su herida empezaba de nuevo a sangrar, el catalán se hizo una compresa con un trapo no del todo limpio, que se sujetó valiéndose de un tensor. Después, volvió a ponerse un jersey con una manga rota y llena de sangre. Se sentía muy débil. Bebió un poco de vino, que vomitó inmediatamente. Vaciló... Se secó la barbilla y la frente con el dorso de la mano derecha. Muy torpemente, se enfundó en un impermeable amarillo y salió de allí con la Solex.

El motor del vehículo se negaba a arrancar. Buenaventura no conocía su manejo. Probó suerte tocando aquí y allí, donde descubría una palanca o un botón, pero el motor siguió en silencio. Pensó que podía estar averiado. El catalán se resignó a pedalear, pese a que estaba muy débil. Enfiló nuevamente la carretera, zigzagueando, sintiéndose feliz en los descensos, y muy angustiado en las pendientes a remontar. Trataba de poner la máxima distancia posible entre él y el 203.

Gracias a la nieve, al mal tiempo y a las lloviznas de aquel fin de semana, el tráfico era escaso. El catalán se cruzó con algunos vehículos, y fue adelantado por otros, pero nadie le prestó atención, de momento.

Finalmente, abandonó la carretera para encaminarse por una amplia vía hacia una casa aislada. Aquella construcción se elevaba entre unos árboles, sobre un solar de forma cuadrada, teniendo por la parte de la fachada principal una extensión de césped con rocas, cuidadosamente dispuesta y cuidada. Por la parte posterior, de lado

a lado, había unos macizos de hierbas. Se trataba, al parecer, de una casa de fin de semana, la cual ahora se encontraba cerrada.

Primeramente, Buenaventura entró en el garaje, rompiendo para ello un tragaluz de cristal. Después, forzó la puerta de comunicación entre el garaje y la vivienda. Fue a dar a un pequeño vestíbulo enlosado, abrió la primera puerta que tuvo a mano y se encontró en un saloncito acogedor, dotado de muebles imitando el estilo rústico. En un extremo de la pieza, sobre las baldosas del pavimento, alguien había dejado un televisor portátil. Buenaventura consultó su reloj. Sus agujas se habían detenido en las diez y veintitrés minutos. Se acercó al televisor y lo puso en marcha. Cuando la pantalla se iluminó, lo primero que vio en ella fue su imagen.

XXXIV

El domingo se hicieron múltiples controles durante toda la jornada en el territorio de Seine—et—Marne, al igual que en París, y también hubo nuevas redadas en los medios izquierdistas. En el bulevar de la Chapelle se originó una pequeña manifestación, más o menos espontánea, a los gritos de «¡Goémond, cerdo! ¡El pueblo te arrancará el pellejo!», siendo sus componentes dispersados, si bien los alborotos continuaron produciéndose durante toda la noche. Unos almacenes judíos fueron saqueados por las cabilas, y un proxeneta resultó herido a consecuencia de un disparo de revólver. En la plaza de l'Étoile, otros manifestantes, pertenecientes al Orden Renovado, se vieron rechazados hasta la avenida Hoche, por la que descendieron gritando: «¡Democracia: estás podrida!». Un orador de Acción Francesa Nacional Revolucionaria, que llamó curiosamente a los terroristas «nuestros camaradas extraviados», fue agredido a bastonazo limpio por los militantes de Orden Renovado.

XXXV

Buenaventura no veía la necesidad de mantenerse al acecho. Había apagado la televisión. Abrió la puerta de atrás de la casa y metió dentro su Solex, en el pasillo, eliminando así el peligro de hipotéticas miradas curiosas. Buscó el cuarto de baño y en cuanto lo encontró lo preparó todo para bañarse. La calefacción de fuel oil, puesta a poca intensidad, le permitió disponer de agua caliente. Buenaventura se desnudó, haciendo continuas contorsiones y muecas. Su brazo estaba hinchado y le dolía. Levantó la compresa, examinando la herida. Su bíceps era ahora rojo y negro. «Un hermoso bíceps de anarquista», pensó con una irónica sonrisa que torció sus labios.

Abrió un botiquín que había en el cuarto y en él encontró éter, que se echó en cantidad sobre el músculo. La estancia pareció empezar a girar a su alrededor. Se quedó sentado en la bañera, sintiéndose invadido por un intenso frío. «¿Será esto la muerte?», se preguntó, con un romanticismo desenfrenado. Aquello no era el final, la muerte; aquello era el éter. El catalán se incorporó, dando patadas en el suelo, porque tenía la sensación de que su herida ardía. Luego, el dolor se atenuó. Se metió en el agua con cuidado, para no sumergir en ella su brazo izquierdo. Valiéndose de la mano derecha, tentó sus prendas de vestir, que había colocado encima de un taburete de madera, a su lado. Mientras su cuerpo se relajaba en el cálido baño, procedió a encender un Gauloise completamente

retorcido y aplastado, que se fumó experimentando un gran placer. La ceniza del cigarrillo iba cayendo en el agua.

Se quedó un momento inmóvil, con el rostro contraído por la reflexión... o por alguna otra cosa.

Inmediatamente después, cogió su pistola automática, extrayendo de ella con torpeza el cargador. Sólo había hecho un disparo, le quedaban siete; no disponía de municiones de reserva. Puso el cargador de nuevo en su sitio, y una bala en la recámara. Salió de la bañera, inundando de agua el pavimento. Volvió a ella y sumergió la cabeza en el agua sucia, sacándola chorreando. Se secó con una sola mano, defectuosamente. Empuñó unas tijeras de peluquero y se aplicó a la tarea de mermar su chorreante pelambrera. Perfeccionó su labor mediante la utilización de una máquina de afeitar Gillette y la crema de igual aplicación sin brocha, lanzada en abundancia. Y también se divirtió lanzándola contra el espejo, en el que dibujó un círculo.

Regresó al salón descalzo y ataviado con una bata ya vieja, en uno de cuyos bolsillos llevaba la automática. Se había cortado el pelo, imitando, más o menos bien, el corte de cepillo. Se había afeitado la nuca, no sin cortarse, y las mejillas, pero conservaba una especie de bigote, algo apenas existente: unos cuantos pelos aislados en el labio. El afeitado había alcanzado a parte de las cejas, también, con la esperanza de modificar la expresión de sus ojos, pero el resultado obtenido podía calificarse simplemente de extraño, tendiendo más bien a llamar la atención. Dejó tras él, sobre las losas, las huellas de sus pies mojados. Tenía frío. Localizó en la entrada el termostato de la calefacción y lo reguló a veinte grados.

Después, procedió a explorar el resto de la casa. En el piso, dentro del armario de una habitación, halló ropas con que vestirse: un equipo de fin de semana para una talla mediana, una prenda de pana de canutillo, un jersey blanco de cuello redondo, con un punto muy elástico, lo cual le permitiría poder pasar con facilidad el brazo herido por la manga, incluso con la compresa de gasa y albugoplast que Buenaventura se había confeccionado al salir del baño. El catalán se quedó con un chaquetón de caza a cuadros verdes y azules, con las partes correspondientes a los codos reforzadas con parches de cuero. Todas aquellas prendas le estaban un poco grandes, y el pantalón flotaba algo sobre sus nalgas. Pero no es posible pedir mucho cuando se es un asesino, un fugitivo, una bestia acosada.

Cuando se trasladaba a la otra parte de la casa, la bestia acosada empezó a gruñir, y su gruñido fue convirtiéndose en canción, una vieja canción, débil e insensata, un vals.

*Il m'a dit: «Voulez—vous danser?»
J'ai dit oui presque sans y penser...*

Siempre cantando, Buenaventura bajó de nuevo a la otra planta. Iba dejando las luces encendidas por los sitios que recorría. Los postigos permanecían cerrados.

Il m'a dit: «Voulez—vous danser?»

El catalán entró en un pequeño despacho, y se detuvo frente a un espejo, que le devolvió su extraña imagen.

—¡Hay que hacer bailar a París! —rugió.

Se volvió, dando la vuelta a la mesa de trabajo, de madera oscura. Tenía los ojos encendidos.

—Esto de hacer bailar a París ha fallado, colega —declaró con una irónica inflexión de voz.

Se plantó delante de una panoplia con armas, en la que se veían dos, un fusil y una carabina. Las descolgó sucesivamente para examinarlas: un Charlin, modelo H, de dos cañones basculantes, que movió, dejándolos luego como estaban; una carabina de calibre medio, una Erma de palanca, una «Long Rifle 22».

—Los previsores del porvenir —gruñó Buenaventura, y volvió a poner las armas donde las había encontrado.

Se desentendió por completo de ellas.

—«Ya se van los pastores a Extremadura» —entonó con voz en falsete.

Al salir del pequeño despacho, echó un vistazo al espejo, comentando:

—Este pobre y falso español se ha cubierto de mierda hasta la cresta.

Estaba hambriento. Entró en la cocina y abrió una lata de «cassoulet». Probó el contenido valiéndose de una cuchara. Aquello estaba frío, grasiento, repugnante. Bebió a tragos de una botella con el cuello roto que contenía vino tinto. Sobre la etiqueta podía leerse: «Especialmente embotellado en la finca del productor para MONSIEUR VENTRÉE».

Saciada su sed, el catalán pasó al salón otra vez, y paseó por él, dando grandes zancadas. Sentía la cabeza muy pesada. Se encontraba desasosegado, presa de una gran excitación. En aquella cueva de mierda propiedad de Ali—Babá Ventrée no había un puñetero aparato de radio. Se le ocurrió una idea. Volvió a lo que

había estimado como un pequeño despacho, donde sobre la mesa había visto un aparato telefónico. Marcó en éste INF i, pero sólo recibió ruidos confusos y tonalidades que tenían poco de musicales. Debía de existir un cochino indicativo regional que marcar. Buenaventura tuvo flema suficiente: consultó el anuario. Fue de nuevo al salón y encendió el televisor. Estaban emitiendo «Los Puentes del Toko—Ri», una estúpida película sobre la guerra de Corea. El catalán se sentó en un sillón, frente al televisor, y perdió el conocimiento, a causa de la pérdida de sangre experimentada.

Cuando volvió en sí, el almirante Fredric March se disponía a hacer unas confidencias a Grace Kelly, relacionadas con su mujer, quien había recibido un duro golpe a causa de la desaparición de su hijo por los rojos.

—Ahora se pasa todo el día confeccionando jerseys... —declaró el almirante con aire apenado.

—Sería mejor que se buscara a alguien que le metiera algo dentro del cuerpo —dijo brutalmente Buenaventura, cortando el sonido.

Se encaminó otra vez al despacho, vacilando ligeramente al andar.

Sobre la mesa de madera oscura, un pequeño reloj electrónico, encajado en un bloque sólido, cristalino, verdoso (mierda solidificada, quizá), indicaba que eran las seis de la tarde, y en efecto, ya no se notaba luz al otro lado de las ventanas. Buenaventura soltó un juramento y empezó a ir de un lado a otro de la casa, a toda prisa, apagando luces. Empuñando una linterna de reducidas dimensiones, abrió un cajón, buscando papel de escribir. Así fue cómo descubrió un pequeño magnetófono, de los baratos, tipo minicassette.

—Esto es todavía mejor —declaró en la penumbra.

Hurgó en el fondo del cajón. Estaba lleno de cassettes. Cogió una al azar, que llevaba una etiqueta manuscrita: Joel a los tres meses.

—Que le den al Joél —dijo Buenaventura—. ¡Que os den a todos!

Puso la cassette en el aparato, miró si las pilas proporcionaban la corriente necesaria, desplegó el micro y oprimió el botón de grabación. Entonces, dictó un relato verbal completo sobre el secuestro del embajador y el asedio de la granja por las fuerzas policiales. Para autentificar su declaración, dio el número de la pistola automática que había servido para matar al embajador e indicó su procedencia.

Buscó y encontró un sobre, en él introdujo la cassette, y lo cerró.

Escribió en el sobre la dirección de una agencia periodística. Luego, buscó unos sellos, pero no los encontró. Bueno. Se ocuparía de esto más tarde. Se metió el sobre en uno de los bolsillos del chaquetón de cazador. Sentía grandes deseos de fumar, especialmente cigarrillos. Registró detenidamente el despacho y el salón, sin dar con ningún paquete de tabaco. Tomó asiento nuevamente en un sillón, volvió a coger el magnetófono y puso en él una nueva cassette dotada de una etiqueta en la que podía leerse: La boda de Maryse.

—Ésta, por lo que se ve, logró hacer realidad mi consejo a la esposa de Fredric March —observó Buenaventura, quien, con frecuencia, experimentaba dificultades cuando trataba de concatenar ideas.

Ahora se daba una excepción.

Empuñó el micro, oprimió el botón de grabación, y cuando la cinta comenzaba a correr se quedó por un momento inmóvil, con la boca abierta. Los músculos de su rostro se habían contraído, igual que al principio de la tarde, en la bañera.

—Me he equivocado —dijo de repente—. El terrorismo izquierdista y el terrorismo del Estado, aunque sus móviles no sean comparables, constituyen las dos mordazas de... —Aquí vaciló— de la misma trampa —remató, para continuar hablando inmediatamente—. Evidentemente, el régimen lucha contra el terrorismo, se defiende. Pero el sistema no, no se defiende, sino que lo estimula, le hace publicidad. El delincuente de este tipo es una mercancía, un valor de intercambio, un modelo de conducta, lo mismo que el poli o la santa. El Estado sueña con un fin horrible y triunfal en la muerte, en la guerra civil absolutamente generalizada entre las fuerzas policiales y mercenarias y los comandos del nihilismo. Se trata de la trampa tendida a los que se rebelan, trampa en la que he caído. Y no seré yo el único. Y esto me jode mucho.

El catalán fijó sus ojos en las sombras, frotándose maquinalmente la boca con la mano. Le pareció ver a su padre, a quien no conoció. El hombre se encontraba de pie, sobre una barricada, a punto de saltar. Ya tenía uno de los pies en el aire. Esto ocurría en la tarde del 4 de mayo de 1937, en Barcelona. El proletariado revolucionario se había sublevado contra la burguesía y los estalinianos. De pronto, el padre de Buenaventura Díaz fue alcanzado por un proyectil... Unos segundos más y el hombre estaba muerto; unos días más y la Comuna de Barcelona quedaba aplastada; algún tiempo más y quedaba enterrada bajo la calumnia.

—La condenación del terrorismo —dijo Buenaventura en el micro— no es la condenación de la insurrección, sino una llamada de ésta.

Se interrumpió. Una sonrisa burlona torció sus labios.

—En consecuencia —añadió—, yo declaro disuelto el Grupo Nada.

Pulsó la tecla de paro.

—¡Y por unanimidad, además! —exclamó en la oscuridad—. Las viejas tradiciones son siempre respetadas.

Sacó la cassette, y la metió en otro sobre que cerró, y en el que escribió en el anverso: Primera y última contribución teórica de Buenaventura Díaz a su propia historia. Guardó el sobre en otro de los bolsillos del chaquetón, pasando después al salón para seguir las noticias televisadas.

—El comisario Goémond, el hombre que ha llevado a cabo esta mañana el asalto destinado a conseguir la liberación del embajador de Estados Unidos —declaró el comentarista, antes incluso de que su imagen apareciera en la pantalla—... Y les facilito esta información con todas las reservas —añadió mientras iba surgiendo su busto—. Voy a leerles el comunicado que acabamos de recibir... Según éste, el comisario Goémond habría sido suspendido..., he dicho bien..., habría sido suspendido en sus funciones por intervención directa del Ministerio del Interior.

—¡Bien! ¡He aquí otra cosa! —exclamó Buenaventura.

XXXVI

—¡Usted no puede hacer eso! —dijo Goémond, levantando la voz.

—Por supuesto que sí puedo, Goémond. ¿Quién se ha creído usted que es? —preguntó el jefe de gabinete.

—He obrado según sus instrucciones.

—Por las calles de París se ha oído su nombre este mediodía —señaló el jefe de gabinete—. Las gentes han estado gritando: «¡Goémond, cerdo, el pueblo te arrancará el pellejo!», y también: «¡Sucio Goémond: te haremos salchichón!»...

—Ésas son amenazas de muerte.

—No diga usted tonterías, Goémond.

—Bueno, pues voy a decir ahora algo sensato —dijo el comisario, con voz inexpresiva—. ¿Cree usted verdaderamente que es éste el momento más indicado de halagar a los escandalizadores procediendo a mi liquidación?

—Usted no ha sido liquidado; ha sido suspendido en sus funciones.

—¡Conteste a mi pregunta! —gritó Goémond.

—¡Lo haré si quiero! —chilló a su vez el jefe de gabinete, poniéndose en pie, con el rostro como la grana— Le interesa a usted, Goémond, y mucho, ceder, bajar un poco sus humos. ¡Debería mostrarse más humilde! Antes de nada, ¡síntese!

Goémond se sentó en silencio. Su interlocutor comenzó a dar grandes pasos por el despacho, presa de gran irritación.

—Usted ha exagerado su propia importancia —manifestó el jefe de gabinete al cabo de unos instantes—. Pero, ¿es que se ha creído que está por encima de las leyes? Usted ha dirigido y llevado a cabo esta operación con una brutalidad que no puede ser tolerada, que no será tolerada. Conforme a su personal iniciativa...

—¿Mi personal iniciativa? —cortó Goémond.

—¡Cállese! Usted no se halla en condiciones de interrumpirme. Conforme a su personal iniciativa, dio la orden de asaltar la granja, cuando usted sabía perfectamente que tal paso podía poner en peligro la vida del embajador Poindexter. ¡Se dejó arrastrar por una pasión partidista, Goémond, por una pasión malsana! ¡Usted se encuentra al borde de una psicosis, Goémond! Recuerdo aún sus palabras: «¡Si esto fuera sólo cosa mía, los llevaría a todos al paredón!».

—Yo, en cambio, no recuerdo las tuyas —repuso el comisario, con voz ronca—, pero sé muy bien lo que con ellas me dio a entender.

—¡Ni una palabra más, Goémond! —chilló el jefe de gabinete—. ¡Yo no tengo nada que ver con sus fantasmas personales!

El comisario movió los labios; sin embargo, no llegó a pronunciar ninguna frase. Después, pareció calmarse. Hizo varias inspiraciones profundas. El jefe de gabinete se había quedado como paralizado, observándolo con aire inquisitivo.

—Perfectamente —dijo con un suspiro Goémond— Habré de ser yo quien haga de cabeza de turco.

—Le quedaría muy reconocido si se abstuviera de utilizar esa expresión absurda y tendenciosa una vez haya abandonado este despacho —respondió el otro, con aire afectado.

—Reconocido... ¿hasta qué punto?

El jefe de gabinete se deslizó tras su mesa de trabajo, sentándose. Encendió un Gitane de filtro y se dedicó a observar a Goémond a través de la nube de humo con los párpados entreabiertos.

—Probablemente, habrán de ser impuestas algunas sanciones disciplinarias, no se lo oculto —manifestó después—. Posteriormente... No le irá mal cierto período de alejamiento. Viajará para prestar asistencia técnica a los negros.

—¡A los negros! —exclamó Goémond, presa de un temblor nervioso.

—Irà a alguna parte de África, sí... No creo que sea mala solución. Si siente impulsos sádicos, allí podría desahogarse.

En fin, ya veremos. No soy yo quien ha de decidir todo esto, y usted lo sabe.

Goémond callaba. El jefe de gabinete se encogió de hombros.

—Lo siento por usted —declaró el último—. La verdad es que se han ido acumulando muchas cosas. Piense en la tentativa de suicidio de la mujer apellidada Meyer... Tenemos las protestas de los gendarmes... Ya sabe cómo son... Toda esta historia huele a brutalidad por lo que a la opinión pública respecta, y los americanos se dan cuenta de ello. La gente del Ministerio de Asuntos Extranjeros no hace más que llamarme por teléfono. Esto apesta, si me permite la expresión. Bien. He aquí lo que hay.

El jefe de gabinete se puso en pie, dando a entender que la entrevista había durado ya bastante. Goémond se levantó a su vez, con el rostro encendido y los ojos desencajados. Le temblaba el bigote. Hacía visibles esfuerzos para contenerse.

—Procure usted que caiga la mano de la justicia sobre el último anarquista —indicó roncamemente—. Si ése abre la boca, esta historia sí que va a arder, verdaderamente.

—Adiós Goémond —contestó su interlocutor—. Queda usted autorizado para pasar por su despacho, a fin de hacer entrega de los asuntos pendientes y suavizar un poco las cosas. Y luego, a casa, Goémond. ¿Me ha comprendido? No saldrá de su domicilio.

—Adiós —contestó el comisario.

Y abandonó el despacho.

El aire de la noche sobre su sudor le produjo el efecto de una ducha helada. Avanzó con paso vacilante hacia su coche. Una vez sentado en él permaneció inmóvil, con las manos crispadas sobre el volante y la mirada perdida en el vacío. El comisario se sintió como un hombre destrozado, roto, durante algo más de treinta segundos. Luego, supo ya concretamente lo que le quedaba por hacer (la idea surgió ante él como con letras de fuego) para vengarse. Puso el coche en marcha, y se dirigió a su despacho.

Cuando entró en el cuarto en el que Treuffais permanecía atado al radiador mediante unas esposas, el profesor de Filosofía levantó con un esfuerzo, ligeramente, la cabeza. Tenía los ojos hundidos. Goémond sacó un vergajo de su bolsillo interior y lo abatió sobre el cráneo de Treuffais. El hombre cerró los ojos. Le colgaba la

mandíbula inferior. Apoyado en la pared, fue deslizándose hasta el suelo.

Detrás del comisario, habían entrado allí dos ayudantes suyos.

—Sacadlo por la puerta del patio. Luego, lo dejaréis en mi coche —ordenó Goémond—. Antes de arrancar, dejaréis transcurrir de cinco a diez minutos. Esperadme delante de su casa.

El más joven de los agentes dijo al comisario:

—¿Está usted seguro de que procede bien obrando así? Quiero decir... ¿Por qué no desentenderse de él ya?

—¿Por qué? —chillo Goémond, con un rugido—. ¿Por qué? —repitió suavemente.

Salió de la estancia encogiéndose de hombros y repitiendo aquellas dos palabras una y otra vez, ya en tono divertido.

Abajo, dejó pasar unos instantes, para dar tiempo a que se concentraran los periodistas convocados mediante una indiscreción cuidadosamente planeada. A continuación, abandonó el edificio, siendo acogido en la acera por los relampagueos de los flashes, iluminando intermitentemente la noche. Fueron tendidos los micros, se formularon mil preguntas. Goémond, cegado por las luces, se abrió paso por entre aquella muchedumbre, moviendo los brazos con la energía de un remero de la época de los galeotes.

—Déjenme pasar. Por favor, apártense. Por favor...

Llegó al DS negro que había hecho estacionar frente a la entrada. Después, se volvió hacia quienes lo asediaban.

—Sólo una cosa tengo que decir. ¡Sólo una cosa tengo que decir! —repitió para dominar el alboroto—. Se pretende convertirme en la

cabeza de turco de este asunto, pero la verdad es que en el asunto del secuestro del embajador lo único que hice fue cumplir las órdenes precisas que se me habían dado.

Sonrió, burlón. La lluvia de preguntas arreció. Todos se movían alocadamente para acercársele. Se empinaban unos sobre otros. Sentíase regocijado por su poder. De su grande y malsana frente comenzaban a desprenderse gotas de sudor.

—¡Y aún hay otra cosa más! —exclamó—. Nosotros poseíamos información desde el mes pasado acerca del golpe que se proyectaba contra el embajador de Estados Unidos. Yo disponía de un informador en el seno del Grupo Nada. No participó en la preparación inmediata del golpe, pero hasta el principio de la semana fue tenido al corriente del proyecto de los anarquistas. Ignoraba la fecha de la operación... Esto era lo único que no sabía.

«Ahora a ver cómo os quitáis de encima toda la mierda que os he echado», pensó Goémond, imaginándose la sucia cabeza del jefe de gabinete.

—¡Sí, sí! —gritó a los periodistas— Mi informador vive. Se encuentra en libertad, por supuesto. No, yo no puedo revelar su identidad.

«Pero Buenaventura Díaz podrá averiguarla fácilmente», se dijo. Y satisfecho, abrió la portezuela del DS, se metió en él, y cerró después ruidosamente. Puso el motor en marcha.

—¡No, no! ¡No tengo nada más que declarar!

Subió el cristal de la ventanilla. El DS se apartó de la acera y de la pequeña muchedumbre, deslizándose por la húmeda calzada, en la que las luces de los coches se reproducían con reflejos fantasmales.

Serían casi las once de la noche cuando el comisario llegaba a la calle en que vivía Treuffais. Era una vía urbana pequeña. No se veían transeúntes por allí. El Renault 15 estaba detenido en doble fila. Goémond estacionó el DS detrás, justamente, apeándose. Un agente aguardaba al volante del Renault. El otro estaba en el asiento de atrás, al lado de Treuffais, inconsciente.

—Ayudadme a subirlo a su casa —dijo Goémond.

Ya en el apartamento, Goémond dejó a Treuffais tendido en el suelo, dentro del salón.

—Podéis iros. Ya no os necesito.

El ayudante más joven dijo:

—Permítame quedarme, jefe.

—Ni hablar de eso. ¿Queréis hacer todavía una cosa por mí?

El comisario se quitó su chaquetón, tendiéndoselo a sus subordinados.

—Llevaos mi coche. Por el lado de Bercy —dijo Goémond—, y dejadlo después en un sitio en que pueda causar molestias: en una vía de acceso a un carril rápido, por ejemplo. A continuación, dejaréis mi chaquetón sobre el asiento delantero y esparciréis mis papeles por encima, con el carnet de identidad y..., todo eso, en fin...

—Esto va a dar que hablar.

—Es lo que pretendo precisamente, tonto. Mis colegas estarán, de momento, muy ocupados —dijo el comisario de policía. —OK.

—Por lo que toca a lo demás, procurad que las cosas marchen con la mayor rapidez posible.

—OK.

—Hasta pronto, mis jóvenes amigos —dijo Goémond.

—Toquemos madera —contestó el más novato.

XXXVII

La noticia fue emitida en un telediario nocturno, en el que quedaron detalladas, con todas las reservas, las declaraciones del comisario Goémond. Buenaventura, que estaba zampando un pastel de carne y bebiendo coñac frente al televisor, precisó de unos segundos para entender qué era lo que el policía se traía entre manos. Después, exclamó con fuerza:

—¡El muy perro!

Durante unos instantes permaneció inmóvil. A continuación, apuró su vaso de coñac y descendió al garaje. Al entrar en la casa, había descubierto la existencia de un banco de trabajo. El catalán buscó entre las herramientas, encontrando aquello que, al parecer, le convenía. Con su linterna en una mano, y tres hojas de sierra en la otra, subió a la casa y se metió en el despacho. Estuvo aserrando durante cerca de dos horas. No se daba prisa. Reflexionaba. Por otro lado, se sentía débil. Procuraba que sus movimientos no fuesen demasiado enérgicos, a fin de evitar que su herida volviera a abrirse.

Al final de su trabajo, se encontró con una parte del fusil Charlin reducido a su más sencilla expresión: treinta y cinco centímetros de longitud, careciendo de culata y de cañones. Y, por otra parte, disponía de la carabina Erma, en parecido estado. Bueno, quedaba un poco más larga, y muy semejante al Winchester truncado predilecto del héroe del folletón *En nombre de la ley*.

El anarquista llenó los bolsillos de su chaqueta de cartuchos calibre 12, cargando la recámara de la carabina con un 22 Long Rifle. Subió

otra vez al piso, donde halló un enorme impermeable, de color caqui, dotado de dos bolsillos interiores. Les rompió el fondo con unos golpes de tijeras. Luego, introdujo las dos armas aserradas por una parte y otra, y éstas se hundieron perfectamente por dentro del forro, pendiendo más o menos verticalmente por los flancos de la prenda. Buenaventura se puso el impermeable encima del chaquetón de cazador. Aumentando así su peso en varios kilos, con la pistola automática en el bolsillo interior del chaquetón, fue a la planta baja, donde apagó el televisor arrojándole una silla, y salió por la parte trasera de la vivienda con su Solex.

—¡Muerte a los polis! —exclamó fervorosamente, montando en ella.

Sin más luz que la de la linterna, fue avanzando lentamente por unas carreteras de segundo o tercer orden. Llegando a una aglomeración de viviendas, en la que todo el mundo dormía, se fijó en un Fiat 128, y le rompió el cristal de una ventanilla. Montó en el coche, lo puso en marcha sin muchas dificultades y se alejó de allí.

Consiguió llegar a París sin tropezar con ningún obstáculo, sin dar con nada, aparentemente, que se opusiera a su proyecto. Se podría decir que había puesto aquello en manos del destino.

Salió del bulevar periférico hacia la puerta de la Plaine, bajó hacia París y se estacionó en el bulevar Lefebvre. Sentado en el Fiat, se tomó un rato de descanso. Empezó a tararear una cancioncilla.

—El inmueble debe de estar rodeado con el aire de Il m'a dit, «Voulez—vouz danser?». ».

Se apeó del coche. El coñac, ahora, con cierto retraso, le proporcionaba una excitación creciente. Apoyado en el Fiat, sacó con

torpeza el Erma de su forro derecho. Su brazo izquierdo le hacía sufrir constantemente, pero no más que si le hubiesen atravesado el músculo con un perno de madera...

Tomó la carabina acortada con su mano derecha, y metió el resto de la culata en la manga, sobresaliendo la mínima parte del arma. Tenía en su mano izquierda la pistola automática. Preparado así, comenzó a caminar con paso de hombre bebido. Calculaba que no tardaría en tropezar con los policías, apostados alrededor de la manzana de Treuffais, seguramente. Su delirante intención era la de matarlos a todos, abriéndose camino hasta la vivienda de su amigo. Al llegar a la línea límite de su ruta se sintió muy extrañado de no encontrarse con nadie. Evidentemente, los polis debían de hallarse en el interior del inmueble, y también, sin duda, por los tejados, aguardando el momento en que él cayera en la burda trampa que le había tendido Goémond.

XXXVIII

—Está usted loco de remate —dijo Treuffais.

—Nada de eso.

—¿Piensa estar esperando aquí mucho tiempo?

—Un par de días. Tres. El tiempo que haga falta.

Treuffais movió la cabeza. De nuevo se encontraba esposado a un radiador, sentado en el suelo, con la espalda pegada a una de las paredes de su salón, en lamentable estado. El comisario Goémond se había sentado en el sillón del padre, en mangas de camisa, llevaba un chaleco antibalas y tenía la pistola automática colgando de una correa, y un Colt Cobra sobre las rodillas.

La luz de la cocina había sido encendida, y ésta dibujaba un amarillento rectángulo sobre el suelo de salón. Treuffais y Goémond, a uno y a otro lado del rectángulo, en la penumbra de la estancia, se contemplaban mutuamente. El prisionero se encontraba muy fatigado. Una barba de tres días cubría sus hundidas mejillas. Tenía unas ojeras profundas y negras como sumideros. Su camisa estaba sucia y desgarrada; su pantalón ofrecía un aspecto repugnante. Frente a él, Goémond, aunque sudoroso, daba una impresión de hombre limpio, casi.

—Dentro de unas horas —dijo Treuffais—, sus superiores habrán puesto fin a esta broma.

—Es posible.

—Buenaventura Díaz ya no vendrá —insistió Treuffais.

—Ése vendrá a matarte, cerdo —contestó Goémond—. Conozco muy bien esta clase de tipos. Cuando empiezan a matar, no hay nada que los detenga.

—Lo más seguro es que se encuentre ya en Italia —indicó Treuffais.

—¿En Italia? ¿Por qué en Italia?

—O en Bélgica —repuso Treuffais.

—Cállate, desgraciado. No me dejas pensar.

—Tanto mejor. Mire, le voy a recitar un poema. ¿Qué estilo prefiere? ¿Le gusta lo clásico o prefiere lo barroco?

—Cierra el pico —ordenó Goémond—. Cállate de una vez. Cuando llamen a la puerta, ahora mismo, o bien mañana, te quitaré las esposas y atenderás la llamada. Abrirás la puerta. Es la única posibilidad que se te depara de salir con vida en este asunto.

—Nadie llamará a la puerta —dijo Treuffais, añadiendo a continuación: *O Rose, thoy art sick. The invisible worm that flies in the night, through the howling storm, has found out thy of crimson joy!*

[1. En inglés en el original. «¡Tú, oh Rosa, estás enferma! El gusano invisible que vuela en la noche, a través de la tormenta aullante, ha dado con tu lecho de alegre carmesí...». (N. del T.)]

—¿Vas a cerrar de una vez tu asquerosa boca de condenado granuja?

Buenaventura se levantó de su asiento y aplastó la cara a su prisionero a golpes de tacón.

XXXIX

Buenaventura entró en el inmueble de al lado. Se encontraba debajo de las buhardillas. En la vertical del último descansillo se veía una pequeña puerta que daba al tejado. Estaba cerrada, y se hubiera necesitado una herramienta para abrir lo que tenía por cerradura. El catalán trató de forzarla, pero para eso había de alcanzarla primero, y quedaba demasiado alta, no existiendo allí ningún escalón ni tarima.

El joven se deslizó por el pasillo de las habitaciones del servicio, abuhardilladas. Al paso, fue intentando abrir las puertas suavemente. La empuñadura de la tercera cedió. Buenaventura entreabrió el batiente. Vio en la sombra a alguien que dormía en una cama. Esperó a que el interruptor automático, que había accionado al subir, funcionara, apagándose la luz. A continuación, entró en el cuarto, tenuemente iluminado por los reflejos incesantes de la ciudad, a través de la abuhardillada ventana.

El ocupante del pequeño lecho roncaba. Buenaventura se acercó al desconocido para examinarlo. Se trataba de un viejo poco cuidado y económicamente débil, a juzgar por su olor rancio. Estaba profundamente dormido.

El catalán se apartó de la cama, y abrió con mucho cuidado la ventana. Empinándose sobre una cómoda de madera rústica, se plantó en el alféizar. Una vez aquí, inició una serie de movimientos gimnásticos para colocar su Erma en el forro. En torno a la ventana, se veía una cubierta en plano inclinado de pizarras, por la que se

podía acceder a la terraza. Cuando tuvo ambas manos libres, Buenaventura dejó de apoyarse en la ventana, extendiendo su delgado cuerpo sobre las húmedas losas. Aquella humedad le iba bien. La temperatura era ligeramente superior a cero, y el agua, en consecuencia, no se helaba, dándose por tanto una buena adherencia. Arrastrándose centímetro a centímetro, Buenaventura fue elevándose a todo lo largo del tejado.

Cuando alcanzó la terraza, siguió tendido, escrutando las sombras. Vio unas chimeneas, unas antenas de televisión... Ningún signo de presencia humana. El catalán se mantuvo por unos instantes indeciso; luego, se decidió a ponerse en pie. A veces, crujían ocasionales granos de arena bajo las suelas de sus zapatillas de baloncesto.

Continuaba sin ver a nadie.

Buenaventura se sintió inquieto. Se estaba imaginando que una horda de policías se hallaba en aquellos momentos observando cada uno de sus movimientos. Por otro lado, ¿se habrían apostado, quizá, en la escalera de Treuffais? O bien, ¿se habría equivocado, y en realidad no existía la trampa sospechada, ni se encontraba en aquel lugar Treuffais, ni el comisario?

Franqueó rápidamente el pequeño muro que separaba la terraza por él alcanzada de la vecina. En este instante pisaba el tejado del inmueble de Treuffais.

Nada. Seguía sin divisar a nadie. Las chimeneas y las antenas permanecían inmóviles en la sombra, y Buenaventura no tenía la impresión de que aquéllas estuviesen contemplándolo con aire burlón, malicioso. Consultó su reloj, que había puesto en marcha y a la hora en la casa de fin de semana de los Ventrée. Las cuatro de la

madrugada. El proletariado dormía con un ojo abierto en el extrarradio; los ejecutivos descansaban sus orejas de asnos en las almohadas de sus superconejeras de las orillas del Sena. Las últimas pizzerías del barrio de Saint—Germain cerraban sus puertas sobre los lánguidos y encantadores travelos. Unas hijas de papá hartas de alcohol y de kif se dejaban hacer hacia el oeste, entonando cánticos al goce para combatir la náusea. Los *clodos* se transmitían enfermedades venéreas bajo los puentes. La Coupole había cerrado, y unos intelectuales se dispersaban por la plaza de Raspail prometiéndose mutuamente una llamada telefónica. Los linotipistas se movían, activos, en las imprentas. Se componían titulares grandes referentes a la matanza de la mañana anterior. Los editoriales se titulaban de diversas maneras, de acuerdo con las posiciones adoptadas por los respectivos periódicos: ¿POR QUÉ?... ¿HASTA DÓNDE DEBE LLEGAR LA SANGRE?... UN CICLO INFERNAL... UN TIPO TEMERARIO FRENTE A UNOS ALEMANES EN SUPERFORMA..., etc.

Buenaventura se movía muy lentamente de chimenea en chimenea: esperaba no ser abatido de un disparo a la espalda.

Cuando tuvo la seguridad de que en el tejado no había ningún policía, ni siquiera un gato, se quedó perplejo. Pero esta perplejidad no le impulsó a penetrar en la escalera de Treuffais. Se pegó a las antenas de televisión, a las que fue quitando los tirantes que impedían su caída o rotura en los días en que el viento soplaba con fuerza. Empalmó aquéllos mediante fuertes nudos. El largo cabo que así consiguió resultaba terriblemente resbaladizo, por hallarse forrado de plástico.

Buenaventura lo pasó alrededor de una chimenea, y lo preparó para descender por él. Finalmente, se quedó colgado sobre el vacío, por el lado de la calle. Su mano derecha, en torno a la cual había

pasado el improvisado cable, le permitía ir bajando lentamente. Descendió como una araña, pegado a la fachada, alcanzando el piso de Treuffais. Las suelas de su calzado rozaron silenciosamente el balcón. Luego, se afirmó en éste. Se quedó de pie, tras los cristales, a través de los cuales veía el salón débilmente iluminado por las luces de la cocina, y dos siluetas que no miraban hacia donde él se encontraba.

XL

—¿Todavía no han localizado ustedes a Goémond?

—No, señor.

—¿No se les ha ocurrido hacer una visita al apartamento de ese individuo llamado... Treuffais, Marcel Treuffais?

—No, señor.

—Bueno, pues vayan allí. ¿Qué es lo que esperan ahora?

—Nada. A sus órdenes.

XLI

Buenaventura Díaz alcanzó el salón a través del cristal de la puerta, lanzando aullidos de gozo y desesperación. Tenía en la mano izquierda la carabina de cañones recortados, y cuando todavía los fragmentos de los cristales volaban a su alrededor, hincó una rodilla en el suelo y abrió fuego sobre Goémond, apretando el gatillo de la Erma con la mano derecha. Las balas 22 LR alcanzaron al comisario en la espalda. Goémond se sintió proyectado hacia adelante. Su frente fue a dar contra el marco de una puerta. Rebotó y se quedó tendido en el suelo, boca abajo, tras el sillón del padre, que los proyectiles perforaron.

Como iba protegido por un chaleco antibalas, el comisario se vio sacudido por aquel ataque, pero no sufrió ninguna herida.

El percutor de la Erma sonó en vacío, y Buenaventura lanzó su carabina al centro de la habitación, empuñando con la mano izquierda su pistola automática.

—¡Muerte a los polis! —gritó.

Goémond abrió fuego sobre él desde el sillón en que se había parapetado, destrozándole el codo.

Buenaventura lanzó un aullido, girando en redondo, dando una vuelta completa sobre sus talones. Goémond le alcanzó con un segundo balazo en el pecho, con el Colt Cobra. Un pulmón del catalán estalló, y el hombre se echó hacia atrás, dando contra la ventana y quedando tendido de espaldas. Introdujo la mano derecha

bajo su impermeable. La pistola estaba en medio de la habitación, sobre la raída moqueta.

Goémond lanzó un grito de alegría, precipitándose hacia el terrorista, con el Colt Cobra en la mano.

—¡Viva la muerte! —chilló Buenaventura, al tiempo que sacaba el Charlin aserrado del forro izquierdo de su prenda, para vaciar inmediatamente los dos cañones sobre la cara del policía.

A tan corta distancia, los plomos hicieron el efecto de una bala de cañón. La descarga arrancó la cabeza de Goémond, haciéndola estallar. Salieron volando por el aire trozos de huesos, de sesos, y mechones de cabellos, semejantes a un haz de fuegos artificiales, pegándose en forma de lluvia al techo, al suelo, a las paredes. El cuerpo decapitado del comisario saltó a pies juntillas en el aire, desplomándose de espaldas en medio de la estancia, con un ruido de cosa viscosa. Buenaventura arrojó el fusil aserrado a un lado, empezando a vomitar sangre.

—Buen —preguntó Treuffais—: ¿Estás herido?

—Creo que estoy a punto de estallar —contestó con voz gorgoteante el catalán.

Treuffais se movió frenéticamente, acercándose al cuerpo decapitado del comisario para tentar sus bolsillos. Por fin encontró las llaves de las esposas. Buenaventura permanecía inmóvil al pie de la ventana, con el mentón clavado en el pecho. Un hilo escarlata salía de su boca y de su nariz, manchando su jersey blanco, el chaquetón de cazador, el impermeable. Como se trataba de sangre pulmonar, estaba saturada de burbujas, y espumaba igual que la cerveza derramada.

—En mi chaquetón encontrarás cintas magnetofónicas —dijo el herido.

—¿A qué te refieres?

El catalán no respondió. Treuffais abrió las esposas y se lanzó hacia su amigo, pasando por encima del cuerpo de Goémond. Se arrodilló junto a Buenaventura. Éste lo miró un instante, sin decir nada, y luego expiró.

—Adiós, viejo —dijo Treuffais.

Brotaron lágrimas de sus ojos. Se sintió sacudido por unos sollozos tan violentos que llegó a experimentar unas náuseas nerviosas.

Fue a abrir la puerta del apartamento. La luz de la escalera estaba encendida. Oyó voces de personas que se llamaban de un descansillo a otro. Se hablaba de disparos, del teléfono, de ayudas policiacas. Treuffais volvió a entrar en la vivienda, echó el cerrojo a la puerta y fue hacia el teléfono. Marcó el número de una agencia de prensa extranjera, y solicitó hablar con un periodista. Le pusieron en contacto con uno.

Los cristales rotos permitían que llegara hasta el interior nítidamente el lúgubre sonido de las sirenas de los coches oficiales.

—Escuche, amigo, y tome nota de todo rápidamente —dijo Treuffais, fijando la mirada en los cadáveres— Voy a referirle, completa, la breve historia del Grupo Nada...



ACERCA DEL AUTOR

Nacido en 1942, inició antes de cumplir los treinta años un movimiento destinado a transformar la novela criminal. Su primera novela, *El caso N'Gustro*, un relato de estilo esquemático, duro, contundente, influido por el asesinato de Ben Barka, constituyó la base inaugural de un prestigio que J. P. Manchette iría consolidando inflexiblemente, a través de sus obras sucesivas: *Dejad que los cadáveres se bronceen* (1971), *La lunática del castillo* (1972), *La morgue está llena* (1973), *Un montón de huesos* (1976), *Cuerpo a tierra* (1981), etcétera. Con Manchette, la literatura policíaca ha adquirido en Francia rasgos propios: subraya la incursión en lo

cotidiano y la farsa de unos convencionalismos sociales hipócritas, a través de una crítica ácida, corrosiva incluso. El título que da forma a este volumen figura, indudablemente, en la vanguardia de la trayectoria novelística del renovador Jean Patrick Manchette.